

A cada uno...

Aníbal Leserre



A cada uno...

A cada uno...

Aníbal Leserre

 **grama**
EDICIONES

Akoglaniz



© Grama ediciones, 2013.

Av. Maipú 3511, 1° A (1636) Olivos. Pcia. de Buenos Aires.

Tel.: 5293-2275 • grama@gramaediciones.com.ar

<http://www.gramaediciones.com.ar>

© Aníbal Leserre, 2013.

Leserre, Aníbal

A cada uno.... - 1a ed. - Buenos Aires : Grama Ediciones, 2013.

270 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-1649-94-5

1. Psicoanálisis. I. Título

CDD 150.195

Diseño de tapa: KILAK | Diseño y Web

www.kilak.com

Hecho el depósito que determina la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por medios gráficos, fotostáticos, electrónico o cualquier otro sin permiso del editor.

Impreso en Argentina

Índice

Presentación	9
--------------------	---

El pase

Lo que el pase nos enseña... ¿cómo enseñarlo?.....	13
<i>Hystorización</i> del análisis	15
El principio de soledad.....	23
Consideraciones desde un cartel del pase.....	29
Sobre la temporalidad de la nominación.....	35
Posibles incidencias y principios políticos del pase.....	39
A cada uno... ..	55

La transferencia

Aislar lo terapéutico... ..	61
La transferencia motor y obstáculo	67
La oscura percepción de sí.....	79
Más allá de lo terapéutico	89
Nudo de experiencia.....	93

El deseo del analista

El deseo del analista más allá de la neutralidad.....	105
La aplicación del psicoanálisis: operar convenientemente	107
Pruebas y marcas sobre el deseo del analista.....	115

La Escuela

1964.....	121
Comentario sobre el libro: <i>Lacan. Un esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento</i> , de E. Roudinesco...	127
La verdad está a la espera.....	135
Tal vez eso sea correcto en teoría pero no sirve para la práctica	141

Niños

Algunos principios... ..	155
Acerca de "Nota sobre el niño"	167
Enseñanzas del psicoanálisis con niños.....	173
Consideraciones sobre la práctica.....	183
¿Clínica y discurso?	191
El niño y la topología.....	201

El malestar

La posición de principio.....	207
Religión y Nombre del Padre	223
Segregación	229
El futuro del psicoanálisis en el capitalismo presente	233

De a uno

Foucault	245
Rudimentos de una "teoría" para la investigación en Jacques Lacan	263
Se mantiene por... ..	269

A Juan Francisco y María Eva

Presentación

A cada uno..., título con el cual encabezamos esta publicación, remite a la frase de Lacan: *A cada uno le toca reinventar el psicoanálisis*, cuestión que tiene diversas y fundamentales implicancias, tanto para la práctica, como para lo epistémico y lo político –algunas de ellas son tratadas en los artículos que componen este libro. Además, *le toca*, a nuestro entender, resalta la relación de la acción que se lleva adelante con los *principios lógicos* que la sostienen y dan su razón de ser y estar, al psicoanálisis, en este mundo. El tema de los *principios* es examinado en varios de los desarrollos expuestos en la publicación.

No se trata de inventar sino de *reinventar*; las declinaciones de esto se encontrarán en las diferentes secciones: *El pase, La transferencia, El deseo del analista, Niños, La Escuela, El malestar y De a uno*. Justamente, el *reinventar* está íntimamente ligado al Uno.

El lector sabrá disculpar las reiteraciones, efecto de toda recopilación, y esperamos que su lectura crítica, pero benevolente, le sirva en su propio recorrido en el psicoanálisis.

Buenos Aires, enero 2013

El pase

Lo que el pase nos enseña... ¿cómo enseñarlo?*

Cada testimonio nos brinda una respuesta a la pregunta que encabeza estas líneas y que a simple vista parafrasea un escrito de J. Lacan. Cada testimonio muestra las vías de transmisión posible de lo singular. Trayectos que han concluido y así son recibidos y sancionados en un dispositivo exterior a la cura, dispositivo con el cual J. Lacan dotó al discurso analítico de un sistema de investigación colectiva sobre lo singular de una experiencia. Uno a uno, que hace serie. ¿Qué pasa del pase al discurso? ¿De qué medios se sirve el Analista de la Escuela (AE) para enseñar sobre su *hystoria*? Estas son algunas de las preguntas que se encuentran en los hilos que presentan los testimonios, un entramado que podemos situar en el contexto de enseñanzas. Enseñanza en y de la Escuela que podemos ubicar bajo la perspectiva que Lacan da en su *Proposición*: “Esta sombra espesa que recubre ese empalme del que aquí me ocupo, ese en el que el psicoanalizante pasa a psicoanalista, es aquello que nuestra Escuela puede dedicarse a disipar”. Lo espeso de la sombra no lleva a Lacan a plantear la cuestión bajo un imperativo (del tipo debe), sino a señalar el “puede dedicarse”, diferencia que destaca, por un lado, la coherencia con el carácter de proposición, y por el otro, la implicación de una posibilidad de desarrollo del concepto Escuela, en tanto disipar las sombras del pasaje no puede ser realizado a solas.

* Publicado en la revista *El Caldero de la Escuela*, N° 56.

Los testimonios nos presentan un recorrido en un entramado de sufrimientos, recuerdos, interpretaciones, sueños, etc., que nos enseñan sobre la vía regia al inconsciente y el punto de desciframiento alcanzado. Pero, a su vez, nos enseñan de lo real del inconsciente que aparece en cada una de las experiencias y que marca el más allá de lo terapéutico; transmiten el recurso al síntoma como vía regia al goce. Por lo tanto, en cada uno de ellos encontramos una respuesta a la pregunta inicial en la manera en que cada uno transforma el resto alcanzado en un saber hacer en la vida, opción que parecería banal pero que, sin embargo, no deja de tener su dignidad. La dignidad de relato, como sostiene J.-A. Miller, que traduce el rodeo, que siguiendo las determinaciones del sentido, aparece como un vacío.

*Hystorización del análisis**

“...el pase, esa puesta a prueba de la *hystorización* del análisis...” (J. Lacan, 1976)

Introducción

Quiero agradecer la invitación a participar en este trabajo sobre el pase. Siempre la ocasión de conversar sobre la práctica del pase es para mí una buena ocasión. En estos momentos cumplo una función en el Cartel; esto es una ayuda, ya que me permite repensar, si se quiere, los ejes, los parámetros, los criterios, en fin, el marco desde dónde escuchar el testimonio. Desde esta perspectiva es que no presento un trabajo acabado, sino unos puntos que el tema propuesto me ha despertado, ...unos restos. Puntos que tienen como base los dos últimos cursos de J.-A. Miller y la cita de Lacan extraída del “Prefacio a la edición inglesa del *Seminario 11*”.

1. Una consideración general sobre el tema y el título propuesto: “Del pase perfecto a los restos sintomáticos”

Se puede tomar como una modulación, una matización de lo perfecto (teóricamente hablando) por los restos sintomáticos. Esto implica, entre otras cuestiones, que la idea de resto es contraria a lo perfecto y, dar al resto una valoración negativa no me parece un buen camino, no creo productivo

* Trabajo presentado en el Seminario del Pase de 2008 organizado por el Consejo Estatutario de la EOL.

valorizar cuantitativamente la idea de resto y menos aún la de restos sintomáticos. Por lo tanto, ¿cómo considerar la cuestión? Por ejemplo, podemos tomarla como aquello no analizado que empaña el final alcanzado, o como aquello que señala que queda trayecto por recorrer, o como aquello de lo real imposible de abordar por lo simbólico. Esta última opción es la que nos permite invertir los términos y considerar: de los restos sintomáticos al pase perfecto. Así, también tenemos la idea de trayecto, no solo del análisis, sino también de qué hacer con su resultado; y creo que podemos coincidir con esta afirmación tomando en cuenta que, desde el síntoma en su singularidad, el sujeto logra su pase perfecto, el que pasa, una historia que conviene, una buena historia.

Esta perspectiva sostiene el horizonte que dio Lacan para la cura analítica, la de su fin posible y la de su verificación a través del convencimiento de una contingencia. Recordemos que Lacan sostuvo que un análisis se detiene cuando el analizante está satisfecho. Y no es lo mismo decir que se trata de una satisfacción pulsional a decir que el analizante está satisfecho; entendamos que esta afirmación de Lacan no degrada o pone un valor menos en el fin; al contrario, pone de relieve el verdadero fin, ya que el sujeto hace y sabe de su satisfacción. (*El lugar y el lazo*, 29/11/00)

2. Una buena historia

¿Cómo pensar la relación entre la historia de un análisis y la *hystorización* en el testimonio? Por ejemplo, pensando el desarrollo, el trayecto de un análisis como un proceso de forzamiento de lo real por medio de lo simbólico (y su límite, que marca lo imposible). De lo que se desprende una interpretación del analizante que adquiere un carácter fundamental, una interpretación sobre la satisfacción de lo obtenido, de la certeza sobre el saber y una nueva conjunción entre verdad y goce. Una interpretación que, cuando llega, señala el trayecto del resto al pase y la manera en que intenta el pasante resolver

el problema del *se* final (es un problema que lleva a la elección por el pase). Entonces, si al principio sostenía que la práctica del pase varía, obviamente, varía la escucha del cartel, y entonces me parece que un eje a escuchar es la articulación del resultado de ese forzamiento de lo real con... (y pongo puntos suspensivos) las variaciones o los hincapié que la *hystorización* del pasante nos presenta, por ejemplo:

...por qué puede estar inclinado a la resolución del síntoma, a la salida del sufrimiento,

...por qué pueden estar resaltadas las consecuencias de llegar a la barra sobre el Otro, al desvanecimiento de la demanda, que en realidad es la supresión del lugar a quien se le demanda,

...por qué puede estar inclinada a las transformaciones de su historia y a los resultados obtenidos,

...a una nueva relación con la pulsión,

...al esclarecimiento de las condiciones de goce,

...etc.

Me he permitido hacer esta lista incompleta (lista que nunca podría ser completa) para subrayar que escuchamos –o tratamos de hacerlo– por fuera de un esquematismo teórico, y la idea de restos sintomáticos ayuda, ya que suponer que teóricamente podríamos abordar la totalidad de la *hystorización* es como sostener que podríamos subsumir lo real a lo simbólico. Se trata de escuchar el forzamiento producido y no de forzar la escucha, ya que el pase como práctica tiende también a lo real de la experiencia, al forzamiento de lo real en sus resultados.

Resultados que, vía los pasadores, transmiten esta *hystorización*. Pero me parece una equivocación, un error considerar que esto desvaloriza el procedimiento del pase, ya que es el análisis mismo lo que constituyó la *hystorización* (Miller, 22/11/06) que da la medida del inconsciente transferencial elaborado en el análisis y que Lacan ubicó como una elucubración de saber sobre lo real (Miller, 29/11/06).

En esta línea, me aventuro a pensar que el forzamiento de un análisis implica la orientación sobre la clínica del pase, es

decir, el paso desde el inconsciente transferencial al inconsciente real y su inversa, lo que Miller llamó el Pase bis, pero allí, la transferencia, no ligada al Sujeto supuesto Saber, sino a la causa. Pasaje –y ubicación– de la historia a la *hystoria*, el proceso de *hystorización* del pasante que no solo puede despegar una lógica *sino* que transmite una iniciativa ya que no se trata de objetivación.

3. La satisfacción alcanzada

A su vez, lo que nos indican los restos sintomáticos en *la buena historia de satisfacción alcanzada* es lo que permanece resistente al descifrado. La historia da marco significativo al resto (objeto a). A su vez, si tomamos la fórmula “resolver el síntoma” (Miller, 14/5/08) la idea es que el síntoma se resuelve, se resuelve la significación inconsciente, y queda el resto como aquello resistente al descifrado, el lugar propio del síntoma. Se disuelve lo que está condensado en el síntoma, es decir, lo que fue el deseo en la historia del sujeto. Un estatuto singular, ya que el sentido dado por Lacan a la cuestión de la historia es el de una referencia a los hechos que cobran sentido a través de la palabra. Disolución a través del Sujeto supuesto Saber que el analizante encuentra bajo dos formas: -fi o (*a*), es decir castración y objeto; pero, este final tiene que ser visto desde la perspectiva de que el goce del síntoma excluye el sentido. Lo que quiero destacar con esto es que al situar el goce que excluye el sentido, veremos en la historia que nos llega si está indicado, por así decirlo, si está presente lo que en la experiencia del análisis se sitúa como la impotencia de la interpretación. (Es decir que tenemos, por parte del pasante, una interpretación sobre la impotencia de la interpretación). Y, a mi entender, es esto un indicador que sitúa al resto, ya que, en un sentido, el término resto es insuficiente porque al decir resto, estamos diciendo resto de otra cosa, de algo que precede al resto; por lo tanto, está condicionado por aquello respecto de lo cual se constituye en resto (en nuestro caso el síntoma).

4. *De la determinación a la contingencia*

El valor a dar a *una buena historia* es el de *una*, ya que, si seguimos las coordenadas de la última enseñanza que viene dando Miller, tenemos un pasaje de la determinación a la contingencia como brújula en la experiencia analítica. Contingencia y necesidad, para aislar un imposible. No tenemos el algoritmo (el pase perfecto) alcanzado por el analizante, tenemos una historia, en la cual podemos situar la pregunta ¿cómo puede demostrarse lo imposible en psicoanálisis a partir del decir analizante? Y Lacan situó que es la contingencia la que puede demostrar la imposibilidad. Entonces, una historia de final contingente, ya que, en esta línea que incluye al síntoma como acontecimiento del cuerpo, queda fuera la idea de agotar por medio del análisis una determinación, una combinatoria, toda idea de demostración perfecta; solamente queda la posibilidad de demostración de satisfacción o, para ser más preciso, un testimonio de satisfacción, y la historia que nos llega es un recorrido donde hizo su experiencia del registro de la ausencia, del vacío. Esto ubica el resto de otra manera. Resto, que, en esta línea, agota la idea de demostración perfecta (nada queda) (Miller, Curso, clase IX, 2007/8). Un testimonio de satisfacción, ya que si el síntoma es una fijación de goce, el resto es aquello del goce que pudo ser desplazado (esta sería otra manera de entender el resto).

5. *La interpretación del psicoanálisis*

Si partimos de que el psicoanálisis es del orden del hecho (Miller, Curso, clase XI, 2007/8), la enseñanza de Lacan se corresponde con el registro de la interpretación del psicoanálisis, siendo el pase también una interpretación del psicoanálisis, una interpretación que se transforma con el transcurso del tiempo, interpretación que está en función de los efectos y de las consecuencias de la práctica del psicoanálisis. Lo que vale

para el pase, como sostiene Miller, es la interpretación mayor que Lacan haya dado del psicoanálisis. Una interpretación de que hay fines posibles y no solo eso, sino que los mismos son transmisibles y, es más, podemos decir que los mismos no son una objetivación, sino subjetivación que se sostiene en restos. Interpretación que, justamente, a través de los restos, nos enseña sobre la fijación de goce que Lacan aborda, primero con el fantasma, y luego con el concepto ampliado de síntoma. Así, el resto, es un sentido, el apoyo desde donde surge la construcción del analizante; entonces, tenemos, resto solidario con incompletud, y resto solidario con empuje, si se quiere, que escuchamos en los testimonios, en el cartel, por ejemplo, y obviamente en los testimonios de los AE. Un relato desde el resto incompleto. Miller lo dice muy precisa y bellamente al final de su curso del 10 de marzo del 2008, cito: “El relato del pase, tal como Lacan lo deja ver sin dar las coordenadas, es un relato que debe estar esencialmente connotado por un carácter de alusión, de algo que no queda plenamente dicho. Se trata de un relato que traduce el rodeo de aquello que, siguiendo la determinación del sentido, aparece como un vacío”. Relato que muestra la inadecuación del significante a lo real (del espejismo de la verdad solo puede esperarse la mentira), inadecuación que implica al relato, entonces el análisis solo alcanza su fin con la satisfacción. El espejismo de la verdad desemboca en esta satisfacción. De modo que el análisis no es tanto la espera del surgimiento de una verdad, como la espera de una satisfacción que resulte conveniente. Y es más, de la satisfacción se elabora una verdad (mentirosa pero conveniente). Entonces, el pase, la práctica del pase con sus efectos, muestra el correlato de la satisfacción con el recorrido sobre la verdad. Construcción del pasante; es más, solo hay fin de análisis si el analizante construye esa condición. No hay salida del nudo, porque no hay afuera. Solo hay configuraciones de satisfacción; entonces la práctica del pase depende de una decisión del analizante, es decir, de su capacidad para asumir como un fin, sus restos como causa y decidir aludir a ella. Es decir que, desde el resto, la verdad y el goce

se juntan, una nueva pareja que nos presenta su *hystoria*. Pase, de uno, que transforma ese saber de uno solo, proveniente de la experiencia, en materia de enseñanza para todos, una enseñanza que no cesa de no escribirse.

El principio de soledad*

Introducción

Este tipo de presentaciones implica la posibilidad de transmitir algo de la riqueza de lo escuchado por el cartel durante su función; por supuesto, con el cuidado necesario para que no se reconozca a los pasantes. Esto no ocurre con los nominados, ya que a partir de su testimonio, la comunidad, y el cartel incluido, los reconocen; y, en un sentido, se verifica la apuesta hecha en cada nominación. Entonces, entre esos parámetros, intentaré exponer algo de lo escuchado, con las limitaciones propias del expositor.

En estos tres años de trabajo escuchamos diecinueve testimonios, cada uno en la dirección y con la intención de verificar su recorrido por fuera de la relación de transferencia y que, por supuesto, al presentarse al pase, tenían en la mira una nominación como AE. Testimonios: catorce mujeres y cinco de hombres, números que, más allá de su aspecto cuantitativo, merecen una reflexión. Vale para ambos, hombres y mujeres, que tal intención señala un compromiso con la causa analítica; pero, particularmente del lado femenino, se suma, la de ir más allá del silencio que el goce suplementario impone en la posición de silencio de la mujer. Una reflexión que hay que hacer caso por caso durante el proceso de escucha en el cartel. Pero también, una reflexión más general cuando se

* Elaboración sobre la experiencia en un Cartel del Pase de la EOL.

intenta transmitir a la comunidad. Sin embargo, en un sentido, siempre quedamos en deuda; por lo tanto, lo que intentaré presentar son algunas consideraciones preliminares para un informe.

1. Una clínica del pase

Pongo a consideración la expresión “clínica del pase”, ya que, a mi entender, el dispositivo es un mirador sobre el movimiento de los finales creídos o alcanzados, y posibilita la investigación sobre el abordaje de lo real desde lo simbólico.

Que el pase como dispositivo influye en la clínica de la comunidad es un hecho; pero, en sentido estricto, no hay una clínica del pase sino una escucha sobre la clínica en la función del cartel de dilucidar en cada testimonio lo que el pasante transmite sobre su inconsciente y su goce, en tanto aquello que, específicamente, sabe de lo que transmite. Y no creo que esta distinción sea un dato menor ya que, en varios casos –me permito decir– llegó al cartel, vía los pasadores, ese saber que está allí, pero el pasante no alcanzó un grado de subjetivización. Esto no es un dato menor para concluir, o no, en una nominación. Dicho de otra manera, no llega al cartel la formulación de un problema.

2. La formulación de un problema

Obviamente que cada testimonio es un problema para el cartel, en el sentido de que llama a una resolución, pero no me refiero a esta cuestión, sino a lo que Lacan señaló como lo que es necesario demostrar, y que en su curso *Vida de Lacan*, J.-A. Miller destacó del pase como la manera de hacer, del análisis, una demostración. Y bien, lo que es necesario demostrar es la solución de un problema. Lo interesante es cuando el testimonio no se ubica justamente como la solución, sino cuando el pasante transmite que retroactivamente pudo ubicar su pro-

blema, su formulación y el desarrollo alcanzado durante su análisis. A mi entender, es un signo para nominar el hecho de que el pasante haya llegado a la formulación de un problema por retroacción y por construcción a partir del desarrollo de su análisis. Y, en este sentido, es que se hace necesario demostrar. Demostración viva que convence a pasadores, y se transmite al cartel, y allí se vislumbra una nominación.

3. Terminar y concluir

Se desprende del punto anterior que el recorrido de un análisis no es lineal y que tampoco se puede presentar como una sumatoria de ganancia de saber, sino que el cartel necesita escuchar en qué y cómo el pasante da testimonio de los límites despejados; por ejemplo, en cuanto al goce invariable y al síntoma como límites inmodificables. Cuestión que ubica ya en el cartel el problema de dilucidar aquello que en la experiencia del pasante, de su recorrido particular, limita con lo incomunicable. ¿Pero, si es incomunicable, cómo se transmite? Un índice –a mi entender– es la posición del pasante como analizante y el sostener estar analizado tanto como fue posible que se escucha en las transformaciones que responden a ciertos rasgos, a cierto estado subjetivo. Recién me refería, como marco, al goce invariable y al límite inmodificable del síntoma, que se escuchan en la repetición en tanto resistencia del goce a la interpretación. Y me parece que podemos sostener como indicador que la aparición de lo no interpretable es, en cierto modo, el tiempo último, el tiempo donde aparece la formulación del problema al que hacíamos referencia en el punto anterior, el tiempo último que podemos ubicar como el momento de concluir el análisis. Claro que no se trata de revelación, de iluminación, sino de la modalidad de satisfacción que el pasante transmite. Al decir de J.-A. Miller, tenemos allí la impotencia del significante respecto del síntoma. Y, entiendo que permite captar la reducción de la repetición en una formulación. En algunos casos bajo una fórmula que aclara

los vaivenes de una vida en curso. Fórmula que nos lleva al cuarto punto.

Pero antes...

En este apartado, quisiera agregar una impresión: se trata, en varios casos, de un cierto apresuramiento en el terminar sin alcanzar la conclusión. Es verdad que, en un sentido, esta conclusión, en algunos casos, se puede lograr fuera del vínculo transferencial; pero, a lo que me refiero, es al índice de que se percibe, vía los pasadores, el saber subjetivo, pero se transmite esa prisa en el no convencimiento a los pasadores. Dudé en presentar esta observación, pero me decido a que sean ustedes los que evalúen su pertinencia ya que pensé que si es escuchado por alguno y lo toma en su propio trayecto, vale la pena haberlo presentado.

4. El principio de soledad

En general, los testimonios escuchados demuestran que, a nivel del uno, el principio de soledad es ubicado en la historización, y en las vueltas del análisis alrededor de él –como venimos sosteniendo– se llega al límite de lo transmisible. Y en este sentido, la nominación es un invitar a la exploración, con la comunidad, de ese límite. En tanto, en otros recorridos donde no se nomina, se observa que la relación uno a uno, la relación con el partenaire, taponan como síntoma o como estrago dicha posibilidad. A su vez, está también el uno a los otros, es decir, la dimensión política. Se percibe en algunos testimonios que esta dimensión aparece en la posición sostenida de ser uno entre y con los otros. Mientras que en otros, el principio de soledad no es anudado al otro sino que obtura esta dimensión bajo la modalidad del conflicto o la rivalidad narcisista.

5. La cuestión de la transferencia

En algunos pasantes se escuchó con cierta claridad cómo se han nutrido de y en transferencia hasta vaciar el lugar ocupado por el analista en el Otro. Lo que nos indica la relación entre un tiempo de enlace (bajo lo que antes situamos como la formulación del problema) y un tiempo de desenlace (que no siempre concuerda con la terminación del análisis) en donde el sujeto queda ligado a sus determinaciones e identificaciones y a su goce, y que nos enseña sobre el final de análisis mostrándonos que este no depende de criterios exteriores a cumplimentar, sino de la situación misma, de aquello que la transferencia misma genera; los nominados, en sus diferentes testimonios, coinciden en este punto. Entonces, en este sentido, un más allá de la transferencia (que no es liquidación) es posible, pero a condición de servirse de ella, y del resto, en el saber hacer particular sobre lo singular. El resto se juega ante los pasadores, tanto sea como desenlace o como continuidad; me explico: en el uso que hacen los pasantes de los pasadores, por ejemplo, se incorporan sueños recientes, se toman las preguntas como interpretaciones, etc. En algún caso, el pasante lleva su texto escrito; en este caso lo que hay que discernir es si el pasante lee su texto o si lee entre líneas, si da a leer más allá de lo que él mismo interpreta, y si pasa algo que dice de la singularidad que está en juego aquí, si el pasante se sirve del resto en el mismo dispositivo, o si no lo hace.

6. Sobre la sexualidad femenina

Es un tema que me ha permitido agrupar ciertas particularidades escuchadas, ya que varios testimonios femeninos apuntan al saldo de apaciguamiento con respecto al estrago materno y sus consecuencias sobre su propia maternidad. Explícitamente, ser una mujer distinta a su madre. Sin embargo, este camino, que si bien se inscribe en el volverse mujer y bordea la pregunta, no llega a la formulación del deseo bajo

el “¿Qué quiere una mujer?” Ya que en algunos casos la separación del goce mortífero toma el carácter de goce fálico. En otros, la referencia a la sexualidad femenina está articulada a las coordenadas edípicas, a las dificultades del amor. Pero lo que quiero destacar, tratando de seguir el trayecto de estas impresiones, es cuando en el testimonio se confirma la falta de saber sobre el empalme de “lo suplementario” en la transferencia. Cuestión que, por lo tanto, se presenta en el desenlace, como una separación del analista, pero no un servirse de él para ir más allá. En las nominaciones, o por lo menos en una de ellas, vimos claramente el empalme significativo y de goce y, en su desenlace, un servirse de ello y, por consiguiente, se llegó a la nominación. Otros caminos de pasantes ubican la posición femenina en la vía de la devoción al amor y se vislumbra como ese camino, muchas veces plagado de sufrimiento, mantiene lo suplementario y la satisfacción pulsional sin que el análisis llegue al punto de imposibilidad sobre el deseo de la mujer.

Consideraciones desde un cartel del pase

1. Aclaración

Esta presentación no se enmarca como un informe final, sino como un intento de transmitir algunas reflexiones sobre una enseñanza recibida durante mis funciones en uno de los carteles del pase de la EOL, estando allí a título de AE. Estas consideraciones reflejan un punto de elaboración en marcha sobre la experiencia en el cartel, y sus conclusiones (tomando aquí ‘conclusiones’ desde el punto de vista lógico, es decir, para ubicar la posible elaboración sobre las proposiciones que se pretende probar y transmitir). Por lo tanto, presentaré un estado de convicción sin poder dar las pruebas suficientes.

2. Marco

Partir de lo obvio nunca está de más cuando se trata de interrogar nuestra práctica, nuestros conceptos y nuestro lazo asociativo. En esa línea, mi punto de partida será el de tomar algo de aquello en lo que he sido enseñado. El marco de esta perspectiva es la pregunta: ¿qué llega al cartel, vía los pasadores? No nos llega un resumen o una síntesis, sino una reducción temporal y discursiva. Variaciones subjetivas de la temporalidad de un análisis (pueden ser de varios análisis, pero de un solo analizante). También, llega el efecto de que

dicha reducción es ubicada como conclusión, e implica una decisión tomada, y esto vale tanto para la vía del pase a la entrada como para el pedido de nominación de AE. Una conclusión, la de presentarse al dispositivo, que es uno solo para ambos tipos de pedidos. Sobre este marco, el primer punto que quiero destacar es que no toda conclusión implica una nominación, pero sí toda nominación implica una conclusión.

3. *Algunas vías de esta conclusión*

Como efecto de la repetición: bajo una formulación desde la cual el sujeto ordena los sucesos de una vida, su historia y su posición de analizante, o su interpretación de lo que ha sido como objeto en el deseo del Otro. Pero, también, a veces, nos llega la necesidad de hablar del análisis sin la presencia del analista, en tanto hay una diferencia entre la enunciación de los significantes bajo transferencia, es decir, dentro del marco de la sesión analítica, y el testimonio ante los pasadores, donde se retoman esos significantes y esas formulaciones por fuera de la transferencia al analista. Lo que hay que discernir es si este *por fuera de la transferencia al analista* implica el pasaje a la transferencia al psicoanálisis. Sintetizo este punto: cómo de una trama del análisis (la trama de la transferencia y de la repetición) nos llegan acontecimientos; es decir, aquello que el pasante destaca, subraya, en tanto allí fundamenta los elementos de la lógica de su cura que quiere transmitir. Acontecimiento que implica un cimbronazo para el sujeto en su comodidad fantasmática y de la cual se tiene que hacer responsable. De esta manera, anticipo, podemos tomar la clínica del pase como una clínica de la responsabilidad.

4. *¿Hay algo específico del AE en la función del cartel?*

Presentar este punto bajo la forma interrogativa es una manera de no dar por sentado que toda nominación implica –en el sentido de algo innato a la misma– pasar a ser parte del

cartel del pase. También, la pregunta intenta no dar, o encontrar, una sola respuesta, sino poner a discusión el tema bajo las siguientes coordenadas: si la experiencia singular que lo ha llevado a ser nominado ayuda u obtura su función en el cartel. Por ejemplo, en mi testimonio como AE, he subrayado y resaltado el valor del tiempo lógico entre las entrevistas preliminares y la última sesión, donde lo preliminar se completa en la última pero, no ya como saber supuesto, sino como saber expuesto como analizante. Reducción en la cadena de elaboración de sentido; lo que se ve desde el final, sobre el inicio, es algo que no veía en el inicio: la ubicación de la respuesta fantasmática del sujeto en la construcción del Otro para poder gozar de él.

Ahora bien, ¿es lícito escuchar desde la comparación?, no lo creo; sin embargo, tampoco se trata de que uno se desprenda de la experiencia por decreto (sobre todo si es temporalmente simultánea la función en el cartel y el testimonio a la comunidad); por lo tanto, hay un trabajo para escuchar desde lo singular, pero sin hacer de esto (lo particular) una norma universal, un modelo. Mi consideración, hoy, apunta a que la brújula –si se me permite el término– es dejarse enseñar por la manera que el sujeto tiene de gozar del inconsciente. Pero, con la salvedad de que el dispositivo del pase no puede sostener que tiene un completo dominio sobre el juicio a emitir basado en el testimonio que le llega, en tanto no se puede tener un completo dominio sobre lo real. Lo que implica que la dimensión de apuesta (calculada y no totalmente azarosa) debe incluirse en las conclusiones del cartel, en sus dictámenes.

5. No toda conclusión implica una nominación

Retomo el tema, en tanto se comprueba en la experiencia que también llegan al cartel precipitaciones de las cuales la clínica del pase no es ajena, jugadas que, si bien, son jaque al inconsciente y, hasta jaque a lo real, no son las que terminan la partida. Precipitaciones que, sin embargo, no excluyen las

modificaciones que el proceso analítico condujo sobre la castración, el goce, las identificaciones y la relación del sujeto al saber. Aquí, creo que conviene distinguir que no se trata de una cuestión de grados, y esta distinción –entre otras– hace que los informes finales de los carteles sean necesarios y no contingentes; informes que vehiculizan esa enseñanza recibida en el cartel a la comunidad. Es decir, se trata de que lo que el pase nos enseña, cómo el cartel lo transmite.

Participar en un cartel del pase es una ocasión única para constatar lo que el pase nos enseña con respecto a los puntos cruciales del discurso analítico y cómo estos pueden y son ubicados en un recorrido analítico que nos llega por la vía del testimonio. Cada caso enseña al cartel; sin embargo, no homologa enseñanza a nominación –pero, obviamente, no la excluye– sino que sostengo que cada uno de los testimonios enseña al cartel y este tiene que hacer un trabajo de transmisión sobre ellos. No se trata de repetir los testimonios, ni de dar a conocer simplemente resultados. El problema a discernir es qué tipo de conclusión pone en juego el testimonio, en tanto la misma también puede ser un punto de detención (que no excluya la decisión implícita en el pasante) y que, por lo tanto, el proceso analítico esté inconcluso. El cartel ha recibido varios ejemplos de detención analítica y ha tratado en la medida de sus posibilidades de relanzarlos con su dictamen. Puedo formular de una manera general estas detenciones señalando que nos han enseñado, en su diversidad, que transmiten, no una resolución de la neurosis de transferencia, sino la ilusión de una liquidación de la transferencia. No el pasaje del síntoma analítico a la identificación al síntoma, sino la detención en un punto de goce en el síntoma. (Por supuesto que esta afirmación requiere de una demostración mayor).

Insisto, entonces, en que, sí, la propuesta del pase no subsume sus resultados a supuestos prefijados de un modelo de analista, y en cambio posibilita la aparición del caso por caso, de la serie, de lo heterogéneo que el discurso analítico sostiene. En esta línea, la transmisión que los informes de los carteles deben realizar, no solo los parciales, sino que me refiero

fundamentalmente a los finales, no es contingente sino necesaria. Cuestión –a mi gusto– fundamental, porque permite situar el tema de qué uso hace la Escuela de ellos.

6. *Una clínica del pase*

Una clínica del pase incluye los informes, y precede, en un sentido, a los testimonios de los pasantes. En ellos constatamos que la experiencia del análisis no solo conduce al fin de un trayecto personal, sino que se relaciona y acompaña de un compromiso con la comunidad analítica, con el discurso analítico. Sin embargo, esta anterioridad no necesariamente implica una garantía de final; hemos constatado también un *empuje* a terminar los análisis, no solo a finalizarlos. Así, el cartel se ha encontrado en más de una ocasión con “precipitaciones” de salidas, las cuales sitúo en un tiempo entre el terminar y concluir. Sobre este punto –en el cual estoy trabajando– no puedo dar una descripción fenoménica de las precipitaciones, pero estas no dejan de estar ligadas al desenlace de la transferencia, y me atrevo a señalar, como punto de investigación, a una consolidación –no sé si este es el término apropiado– de la defensa del sujeto contra lo real.

Así, por ejemplo, un punto problemático de los informes de los carteles (medio de enseñanza) es discernir si se trata de una modificación de la defensa del sujeto contra lo real o si se trata de una lógica que nos enseña lo singular de una incidencia sobre lo real. Discernir si se trata de que el destino dado por el sujeto a la pulsión se ubica ligado a la identificación primaria (S_1). Discernir si se trata de una posición de endurecimiento de la defensa, o si, por el contrario lleva al sujeto a una relación diferente al goce y a una plasticidad que muestra un saber hacer con el resto incurable. En los casos de nominación, puedo atestiguar de un convencimiento: el de ser enseñado por el pasaje de la neurosis a la pasión, es decir por el pasaje de lo que se padece a lo que posibilita el acto, afirmación que pienso que el cartel ha tenido en cuenta im-

plícitamente –esto sin haberlo discutido específicamente, seguramente mis colegas tendrán la oportunidad de ratificar o rectificar esta aseveración que, pido, la tomen como una marca de enseñanza del cartel sobre quien, hoy, habla.

Entonces, la conclusión que implica una nominación está ligada a una convicción, la del sujeto, respecto de las modificaciones que el proceso analítico condujo sobre su castración, sobre el goce, así como las identificaciones y su relación al saber. Mientras que las conclusiones bajo el signo de lo que señalé como precipitaciones están –a mi entender– ligadas, entre otras cuestiones, a que esa trayectoria singular –en tanto solo hay excepciones– está en un impasse, con respecto al trabajo de la transferencia. En esta línea, tomo una afirmación de E. Laurent que sostiene la idea de que nuestra experiencia implica: *Una aproximación realista de la clínica del pase*. Si los informes se inscriben en esta perspectiva, me parece que responden a su necesidad y no a su contingencia y, además, comprometen a cada uno de los integrantes con la devolución de algo sobre una experiencia que es un privilegio. Sobre él, he testimoniado como AE, ubicando el deseo del analista como una cuestión de horizonte; desde el cartel del pase he constatado que los testimonios nos presentan una mirada sobre ese horizonte que cada caso nos acerca en su singularidad.

Octubre 2000

Sobre la temporalidad de la nominación

Sin el ánimo de presentar una argumentación exhaustiva con respecto al tema, no excluyo que la misma implica una posición, aquella que he presentado en julio del año pasado en mi intervención en el relato de la EOL sobre la autoridad analítica para el Congreso de la AMP. Dicha posición no desconoce que el carácter transitorio implica ir en contra de la posibilidad de identificación cristalizada en identidad. “Sin embargo, no podemos dejar de señalar la pregunta sobre los efectos en la autoridad del pase que la limitación temporal produce en relación a los otros discursos y los saberes contemporáneos”.¹ Tema de debate que como tal lo sitúo bajo la siguiente pregunta: en las coordenadas del mundo actual, ¿no toma nuevamente su fundamento la propuesta inicial de Lacan sobre una nominación sin duración?² Manteniendo la pregunta, la incluyo en el debate sobre la *Escuela Una*, junto a los siguientes puntos:

1) Tomar la perspectiva de la autoridad analítica ligada al concepto de Escuela implica, después de Barcelona, la Escuela Una como respuesta a una situación política. Es decir que nos ubicamos en un proceso y no en el fin de la historia. Por lo tanto, ubicar el tema en este debate es ubicarlo en la transformación de la AMP.

1 Informes al Primer Congreso de la AMP, Barcelona, 1998. Inédito.

2 *Ibíd.*

2) Ver esta transformación desde los tiempos lógicos propuestos por J.-A. Miller,³ implica la articulación entre la comunidad de trabajo y la “Proposición” de Lacan (1967). Dos tiempos que, lejos de ser cronológicos, subsisten en la necesidad uno del otro. Si bien J.-A. Miller desarrolló esta lógica articulando “El acto de Fundación” y la “Proposición” para ubicar al AE, las coordenadas actuales sostienen esta lógica y esta inscripción de la “Proposición en la Escuela Una”.

3) Por ejemplo, si en la “Proposición”, Lacan ubica la tarea de la Escuela como un “disipar la sombra espesa que recubre el empalme en que el psicoanalizante pasa a psicoanalista”,⁴ dicha tarea será *Una* en oposición al llamado “formateado de los AE”, que escuchamos en el Congreso de la AMP. Además, y en íntima relación a la serie de las diferencias que las nominaciones presentan, está la cuestión del título y la función del AE, ¿es posible separarlas? Si las separamos, y pensamos la función del testimonio a la comunidad por tres años, y el título permanente, en un sentido estaríamos favoreciendo la posibilidad de la casta y el formato. Si no separamos función y tiempo, el testimonio puede ser permanente. No habría problema en sostener un testimonio permanente si lo pensamos en la perspectiva de la formación permanente. Y de esta manera, que sea para la *Escuela Una* una herramienta para hacer su trabajo sobre las consecuencias del principio que sostiene su posición

4) Del punto anterior podemos mencionar que la nominación implica una doble responsabilidad, del AE y de la Escuela. ¿Se la favorece con una duración x? ¿O el momento actual implica favorecerla en su apuesta tal como la propone Lacan originariamente? Recientemente, Hugo Freda, en una exposi-

3 Miller, J.-A., *El banquete de los analistas*, Paidós, Bs. As., 2000.

4 Lacan, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, en: *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Bs. As., 1987.

ción sobre el tema⁵ enmarcó diferentes momentos en la enseñanza de Lacan respecto a la nominación de AE; entre ellos, el AE como permanente ligado a la "Proposición" y el AE como transitorio ligado a la "Disolución". Pienso que la propuesta *Escuela Una* es un tiempo de "Proposición" y no de "Disolución". Y que, justamente, la permanencia del título y la función mantendrán dentro de la forma Escuela el espíritu de la disolución permanente, si así podemos expresarnos. ¿Por qué suponer que una duración limitada es una garantía de responsabilidad? La pregunta puede ser formulada respecto de las consecuencias de esa responsabilidad. La misma encuentra sus respuestas en relación a los efectos. En esta línea, planteo que estos efectos del pase en la AMP no se ubican en lo que Lacan, en el '57, llamó "...el nivel de rutinas portadoras de secreto".

El peligro de la casta, hoy por hoy, me parece más cercano a la paradoja que implica que al intentar evitarla, burocratizamos el pase, que para evitar un "nosotros que haría casta", no hablemos de la experiencia, no discutamos los testimonios, alteremos su funcionamiento, etc.; que paradójicamente, al tratar de evitar la casta, la constituyamos. Una casta del silencio del no intercambio, una casta de la pulsión de muerte –si queremos extremar la cuestión.

5) Si bien el pase está en lo más "íntimo de la Escuela como experiencia inaugural, está al mismo tiempo hecho para abrir las puertas al matema y al 'para todos'".⁶ Esta perspectiva me parece que tiene que ir acompañada de la nominación permanente, en tanto esté ligada a la causa analítica. Si la experiencia misma lleva al para algunos y si el efecto casta se reinstala, entonces la Escuela, para mantener viva la "Propuesta", sabrá remediarlo y volver sobre la cuestión de la temporalidad de la nominación.

5 Conferencia de Hugo Freda en el Centro Descartes, Buenos Aires, septiembre, 1998.

6 Ver en este punto, El informe de la EOL, *op. cit.*, sobre "La autoridad analítica". Inédito.

6) Por último, sitúo el tema de la temporalidad en relación a la siguiente articulación: si el analista forma parte del concepto del inconsciente y a su vez, el AE forma parte del concepto de Escuela, la cuestión de la temporalidad limitada o permanente es un medio para situar los efectos de lo real del inconsciente en la *Escuela Una*, y esta podrá interpretar esos efectos, en la vía de sostener que “hacer un psicoanálisis sigue siendo una vía subjetiva esencial en la época de la ciencia”.⁷ La *Escuela Una* tomará este desafío para llevar el psicoanálisis al siglo venidero, que no está tan lejos. La cuestión será cómo mantenerlo.

Buenos Aires, 1999

⁷ Miller, J.-A., “Entrevista sobre la causa analítica”, Revista *Uno por Uno*, N° 11, Barcelona, junio de 1990.

Posibles incidencias y principios políticos del pase¹

Introducción

Lo primero que quiero considerar con ustedes es el título mismo. Al decir posibles indicamos prudentemente que las incidencias dependen de los efectos y/o resultados de la experiencia misma del pase, y de las consecuencias que se extraen de ella.

Para formular incidencias y/o consecuencias, podemos simplemente escribirlas:

$X + 1$

En donde,

X = Incidencias, consecuencias y principios.

+ 1: indica que siempre podríamos extraer uno en más, en tanto la experiencia no cese.

En cuanto a principios, aclaremos que tomo el término en su sentido lógico, es decir como aquello que funda y fundamenta una acción. Se trata de una práctica, en este caso la del pase, pero también la de los principios políticos del psicoanálisis y lo planteamos en plural ya que no se trata de pre-

1 Trabajo presentado en el Coloquio “El psicoanálisis en la época del no-todo”, organizado por el Departamento de Psicoanálisis & Política del Centro de Investigaciones y Estudios Clínicos (Córdoba).

sentar un todo o La política (con mayúscula) ya que entre el psicoanálisis y la “política” no hay un campo común, sino disyunción. Entonces políticas es ubicarse en esa disyunción y buscar una y otra vez lo que conviene al psicoanálisis. Recordemos que Lacan ubica la indiferencia como la mayor de las imprudencias.

Considero además, que no todos los presentes conocen el procedimiento, así que brevemente daré un simple esquema reducido del mismo. Esquema del desarrollo del proceso:

Pasante (quien pide) → Secretariado del Pase (recibe) → Pasadores → Cartel más Éxtimo (respuesta: Nominación) → AE → Testimonio a la comunidad por tres años.

Lo primero a destacar es que esta posible verificación se realiza por fuera del lazo transferencial entre analista y analizante. La existencia del procedimiento hace que la experiencia misma del análisis no solo conduzca al fin de un trayecto personal, sino que se relaciona y se acompaña de un compromiso con la comunidad analítica, con el discurso analítico, sosteniendo así una inscripción del Pase en el discurso analítico. Las múltiples incidencias derivadas del procedimiento, se pueden agrupar en tres dimensiones: la clínica, lo epistémico y la política, siendo la dimensión política la que nos indica el pasaje de lo privado a lo público.

Tenemos precisiones muy claras por parte de Lacan, quien no pensaba que el final implicaba una liquidación total de la transferencia, sino que consideraba que la misma se ubicaba más allá del pase. Tenemos su indicación al respecto cuando sostiene el pasaje del trabajo de la transferencia a la transferencia de trabajo, ubicando el resto de la transferencia en una vertiente institucional. Pero, a mi entender, este trabajo no se limita al marco de la Escuela, a los efectos sobre el grupo; creo que podemos ubicar allí también un principio que podemos llamar transferencia de trabajo político. Claro que aquí hay que ser muy específicos sobre cómo entendemos la política: no como política partidista.

1. El Pase parte de su historia

Al decir parte, estamos utilizando el término, por lo menos, en dos sentidos: uno, que está íntimamente ligado a la historia y acontecimientos del psicoanálisis; y el otro, que tiene un inicio, una puesta en marcha, una experiencia, si tomamos la fecha de la “Proposición” de Lacan. Estamos en los 45 años de marchas y contramarchas de experiencia y de contra experiencia sobre su funcionamiento y sus resultados.

El pase es totalmente solidario con la idea de Escuela, fundada por Lacan en 1964, y a la cual ubico bajo los términos de experiencia inaugural. ¿Qué quiere decir esto?, que la idea de Lacan se diferenciaba totalmente en la historia del psicoanálisis de la forma de nuclear llevada adelante primero, por Freud, y después por la IPA; por lo tanto, hay en Lacan una política clara y precisa de ruptura con la continuidad freudiana, ya que Freud toma la sociedad basada en “Tótem y tabú” como ligada a un padre vivo y que luego de su muerte se conforma en una fraternidad de hermanos, es decir bajo una lógica edípica, basada en un universal en donde “vale para todo x”. Mientras que Lacan, con su idea de Escuela, sigue una lógica inconsistente, una lógica del no-todo, y la presenta en la forma de la posible serie, pero donde falta la ley universal de formación.

En este no-todo podemos pensar la pregunta: ¿cómo el pase crea y sostiene su autoridad y su razón de ser? Tener respuestas a esta pregunta es de total importancia, y su búsqueda parte de la relación planteada como Escuela del pase, relación de absoluta implicación, ya que la una no va sin la otra.

Acto con prudencia, pero no excesiva, porque la excesiva prudencia lleva a la detención y borra la dimensión de apuesta crucial en su razón de ser. Apuesta que implica mantener lo contingente en la dinámica institucional que tiende a reproducir con normas y reglas su existir: es decir, toda institución tiende a reproducir las condiciones de su existencia.

¿En que autoridad sostiene Lacan este principio de acción totalmente inédito en sí mismo pero no como supuesto, sino

como expuesto, es decir en su enseñanza, puesto que él mismo se coloca en el centro de La Escuela del pase?

Sin embargo, Lacan no se escapa ni niega la cuestión del grupo; sino que lo trata, y su estilo de grupo no es el de la conformación de una elite, sino más bien el de masas, y transmitir el psicoanálisis más allá de los psicoanalistas también a aquellos que no lo son.

2. Incidencias en la relación grupo-discurso

Definamos grupo, en su acepción más general, como un conjunto con un cierto fin particular que nuclea y asocia, bajo la tendencia de estar entre iguales. Mientras que discurso lo tomamos como el vínculo que constituye la práctica analítica y el imposible que este delimita. Con sus cuatro discursos, Lacan retoma los imposibles freudianos de gobernar (discurso del amo), educar (discurso universitario) y analizar (discurso analítico), más el discurso histérico (que lleva adelante el imposible de hacer desear). Siempre hay una tensión real entre grupo y discurso analítico. Entonces, tenemos un real del lado del grupo y un real del lado del discurso analítico: se trata de ver sus tensiones y posibles relaciones, que siempre están en juego. Ubico estas relaciones en el plano del encuentro y del desencuentro, sin olvidar que la práctica empuja al analista al grupo, a los otros, pero no bajo una armonía sino todo lo contrario. Y Lacan, cuando sitúa a la Escuela como corte, está sosteniendo la posibilidad de tratar ese real sin ritos, de mantener al grupo analítico sin apoyarse en la tradición y de basar sus experiencias en la transmisión. De esta manera, podemos deducir cuál era su deseo y que este prevalecía sobre lo grupal, aunque ello no invalida que podemos extraer el principio que Lacan ponía en juego, el principio de lo posible, ya que desde allí mantenía una política grupal o, mejor dicho, hacia lo real del grupo analítico. Me parece que al introducir su "Proposición", Lacan hace estallar el grupo analítico, en el sentido de llevarlo al límite. En relación al estar entre iguales,

como sostiene Miller, Lacan produjo un verdadero “escándalo institucional” con la distinción entre grados y jerarquías. El escándalo es que Lacan, con esta diferenciación, desplaza el título de titular, para ubicarlo en relación al final de análisis. Pero, además, sienta, con su “Proposición”, un principio político que va en contra de lo que Bentham, en su *Tratado de los sofismas políticos*, ubica como el sofisma de autoridad, es decir que la opinión de tal o cual individuo (leamos aquí analistas consagrados) es presentada como suficiente por sí misma, independiente de toda prueba, para, con esta, servirse de base para una decisión. (La diferencia entre error y sofisma es que mientras el error implica una opinión falsa, equivocada, el sofisma hace de la misma un medio para un fin). Además, establece una autoridad basada en la experiencia misma del análisis, al decir en su “Proposición” que el AE: “debe volverse responsable del progreso de la Escuela, volverse psicoanalista de su experiencia misma”. Es decir que la posición política en la Escuela estaría basada, para su progreso, en la experiencia analítica recorrida y testimoniada. Por lo tanto, Lacan nos lleva a sostener que la política lacaniana se anuda y se sostiene en la política del pase. Es verdad que cuando Lacan propone en el '67, el pase, la recepción negativa no se produce en torno a la cuestión clínica, sino que el rechazo que hace postergar dos años su aprobación está, fundamentalmente, en el aspecto del orden político institucional; y, como se sabe, produce una escisión en el grupo cuando es aprobada. Esto refleja que la cuestión de fondo en el grupo estaba en el poder institucional, en la pérdida del poder institucional. De esta manera, podemos sostener que Lacan va en la dirección de Bentham, quien propone el “Sofisma del veto universal”, que se argumenta contra una nueva medida o propuesta, sosteniendo que no hay, sobre ese punto, cuestión antecedente o ejemplo según el cual sea posible conducirse. Como se ve, es netamente un sofisma basado en la tradición y su argumento principal es no innovar y respetar el poder tradicional.

No se trata del practicante consumado por los años sino del analizante que puede dar las marcas del deseo del analista

y desde allí hacerse cargo del progreso de la experiencia Escuela. Entonces, vemos que el problema en el grupo no fue un problema clínico o teórico, sino el desplazamiento de poder en la institución misma.

3. *La experiencia del pase*

Lacan sostiene en “Televisión”: “El discurso analítico no puede sostenerse en uno solo. Tengo la suerte de que hay quienes me siguen. El discurso tiene entonces su oportunidad”. Afirmación que, sumada a lo expuesto, nos permite extraer el principio de experiencia (agregando: siempre en curso). Depende de cómo se conforme el grupo para tratar y transitar su imposible y esto hará, o no, lugar al discurso analítico. Por lo tanto, el pase, es un elemento fundamental para generar las condiciones de posibilidad del encuentro, de la *Tyche* entre ambos.

Hay un texto de Lacan en el cual toma la experiencia del pase en curso, se trata de “Sobre la experiencia del pase. Acerca de la experiencia del pase y de su transmisión”, de 1973. Allí se examina la puesta en marcha y la experiencia del pase y los resultados obtenidos en la Escuela Freudiana de París. Tanto los acontecimientos como los resultados allí examinados nos sirven, a mi entender, en esta búsqueda de extraer los principios de la política lacaniana (o política del pase). Ustedes pueden obviamente realizar su propia lectura, pero les comento algunos ejes que yo extraje de ella, para la construcción de una matriz investigativa:

- 1.- La “Proposición” se sostiene en la prudencia.
- 2.- La misma presenta una diferencia radical de las formas asociativas entre sociedad y Escuela.
- 3.- Produce una selección, pero no se limita a ella. Refuerza lo heterogéneo, no trata de homogeneizar sus resultados en una clase: “El hecho de que esa clase, conservando el mismo nombre esté habitado por una especie muy diferente de indi-

viduos, es susceptible de trasformar enteramente, no ciertas estructuras fundamentales, sino la naturaleza del discurso”.

4.- La “Proposición” no se sostuvo, ni se sostiene en un acto o ejercicio de poder, sino en la generación de la propia autoridad analítica.

5.- Asegura el principio de que el analista solo se autoriza a sí mismo y por algunos otros.

6.- Mantiene una investigación permanente sobre el goce y lo real. Y de esta manera asegura el vínculo abierto por Freud, la función histórica ligada a la ciencia. No se trata de un debate académico, sino de un profundo debate sobre la subjetividad de la época y sobre los efectos de la ciencia en el sujeto contemporáneo. Aún más, implica mantener viva la problemática del inconsciente en tanto esta sitúa que lo singular no debe ser borrado por el efecto de diversas técnicas inventadas por la ciencia sobre la vida de las personas.

7.- Mantiene la experiencia, no del lado de la competencia y la tradición, sino del de la innovación y transmisión.

8.- Pone sus resultados en un horizonte.

En un sentido, me parece que la perspectiva que nos presenta sitúa lo mismo que en su texto de “Función y campo...” (1953) cuando dice que la experiencia del análisis no es una dialéctica individual y “...que la terminación de un análisis es la del momento en que la satisfacción del sujeto encuentra cómo realizarse en la satisfacción de cada uno, es decir, de todos aquellos con los que se asocia en la realización de una obra humana”. O sea, nos plantea que el analista debe reunirse con la subjetividad de la época, que el final de análisis implica la íntima relación entre lo singular y lo universal (o lo particular) de un conjunto.

Con este punto presento, entonces, a consideración, el principio de continuidad que es la posibilidad de transformar ese saber de uno solo proveniente de la experiencia, en materia de enseñanza para todos, una enseñanza que no cesa de no escribirse.

4. *Universal, particular, singular*

Podemos localizar los campos simplemente:

- Universal: para todo ser de lenguaje
- Particular: ser de familia
- Singular: Concepto que no posee extensión y que definimos como *sinthome*, para nombrar lo que hay de singular en cada individuo.

Una vez establecido este marco podemos ubicar la siguiente pregunta: ¿es posible fundamentar lo político desde lo singular?

Lo primero a precisar es que ya al testimoniar de una experiencia particular como la de un análisis, estamos en la vertiente del pasaje de lo privado a lo público, ya que la práctica implica un espacio privado, mientras que la Escuela y la comunidad establecen un estar por fuera del campo identificatorio de un grupo. Es decir que la entrada en lo público se hace desde lo más privado.

No estoy tomando particular y singular como equivalentes, sino que propongo que lo particular puede llevar a la condición de corte con la identificación universal. Y que, el sujeto que testimonia de su separación del Otro, encuentra o reencontra con el objeto *a*, el camino singular que lo liga a la comunidad y a la posible conversación pública. Ya, esta conversación, tiene por supuesto, una dimensión política, pero bajo una cierta tensión, porque, en relación a la política, lo singular nos presenta, si se quiere, una paradoja, un problema, pues singular implica una cierta distancia no solo de clasificaciones sino de cualquier tipo de comunidad. No hay nada en común. No es lo particular que comparte con algunos otros. Entonces, aquí podemos plantear que el testimonio parte de que el sujeto ha encontrado su interpretación en el imposible, en el punto de basta del desciframiento, que el acontecimiento del cuerpo se detenga en el fuera de sentido como consistencia de goce. Entonces, ese testimonio nos presenta la solidaridad entre la teoría lacaniana del goce y el no-todo, en tanto el goce es sustituto –si así podemos expresarnos– de la no relación

sexual. Entonces, tenemos que si la interpretación sobre lo particular alcanza la revelación sobre la novela familiar, la singular, sitúa esta revelación en el analizante, en un saber hacer desde el soy lo que soy. Quizás valga aquí recordar un refrán catalán que Lacan utiliza en un par de ocasiones: para un hombre nada es imposible; lo que no puede hacer lo deja de lado, que es una manera de decir, no-todo y lo contrario a la publicidad de Nike, "Nada es imposible". Por lo tanto, podemos ver, por ejemplo, que la elección por la Escuela se sostiene tanto en lo particular como en lo singular; pero, en un grupo, no podemos negar que también hay una elección desde lo universal; nos referimos sucintamente a la cuestión del lazo desde una identificación, por ejemplo, la identificación al padre como función simbólica, y de esta manera, se lo ubica como sostén de lo universal y las consecuencias que este tipo de lazo genera entre los otros (es decir, los miembros de la comunidad).

Claro que el tema está en cómo, desde la contingencia singular del encuentro con el goce y las caídas de la identificación primordial para un sujeto que elige, hacer serie de esto. Cómo ha podido aislar en su singularidad las bases neuróticas y el empalme singular entre deseo y goce.

De lo expuesto sostengo lo que podemos llamar el principio de soledad.

En general, los testimonios escuchados comprueban que a nivel del uno, el principio de soledad es localizado en la historización, y es el punto sobre el cual las vueltas del análisis, como venimos sosteniendo, llegan al límite de lo transmisible. En este sentido, la nominación es un invitar a la exploración de ese límite con la comunidad.

A su vez, está también el uno a los otros, es decir la dimensión política. Se percibe en algunos testimonios que esta dimensión aparece en el ubicarse sostenida de ser uno entre y con los otros. Mientras en otros, donde el principio de soledad no es anudado al otro, se obtura esta dimensión bajo la modalidad del conflicto o la rivalidad narcisista (lo he constatado como integrante del cartel del pase).

5. *El deseo del analista, una cuestión de horizonte*

Partimos de la diferencia de que el deseo del analista no es el deseo de ser analista. Y el pase propuesto por Lacan es un intento de ubicar el deseo del analista a partir de la experiencia analítica.

A través de la experiencia en el psicoanálisis me he formado la impresión, la idea, de que cada vez que hablamos del deseo del analista tendemos al universal, a buscar el rasgo que defina el para todos, y esto no solo es imposible, sino que además nos ubica en la pérdida del horizonte, siempre presente en la cuestión del deseo. En esta línea, Lacan toma la cuestión del deseo del analista acentuando el impersonal *del* para diferenciar el deseo del sujeto, del deseo que opera en tanto psicoanalista. Un deseo que se corresponde con un lugar que no apunta a la eficacia social. Un lugar que no encontramos en nuestras sociedades capitalistas y científicas. A diferencia del discurso del amo que promueve (más allá de las consecuencias) un derecho para todos, el discurso analítico promueve el derecho del uno solo, de la diferencia (y de hacerse cargo de las consecuencias). Es el deseo del analista el que da lugar a la existencia singular del Uno, el derecho a la singularidad.

Podemos investigar lo operatorio del deseo del analista como un principio político que da marco a la cura, pero del que también se pueden extraer sus incidencias sobre el grupo analítico y el posicionamiento con respecto al Estado en particular y a la sociedad en general. Principio que define al deseo del analista como hacer existir el psicoanálisis.

Se puede desprender de estas apreciaciones que el deseo del analista está íntimamente ligado al principio de posibilidad (no exclusivamente, por supuesto), es decir a generar las condiciones de posibilidad para la práctica del psicoanálisis, ya que es una práctica incompatible con ciertos estados totalitarios, por ejemplo. Es decir que el psicoanalista está en el mundo para hacer psicoanálisis, para hacer avanzar el psicoanálisis, y su intervención en lo público nunca debe olvidar

su política, es decir, adecuar su táctica y su estrategia a su política no revolucionaria, sino subversiva (el psicoanálisis no es ni progresista ni reaccionario) en tanto no solo va en contra de las identificaciones, sino también de los ideales y también de su falta.

Extraer el deseo del analista como un principio de la política del psicoanálisis –como recién lo definíamos– implica que en su acto no se trata de ajustar el sujeto a una realidad ni a un bienestar, sino que está basado –si así podemos expresarnos– en lo más singular de lo que constituye el ser del sujeto, y que apunta a que uno sea capaz de delimitar lo que lo diferencia como tal y de asumirlo, y de no presentarlo como un Ideal.

6. El pase en la contemporaneidad

Tiene su complejidad caracterizar la contemporaneidad, ya que vivimos inmersos en sus consecuencias. Entre ellas, las generadas por la caída de Ideales. Esto puede explicar en gran parte, la crisis contemporánea de la identificación y sus efectos, que nos presenta un mundo en metamorfosis, donde la inserción social ya no es producto de la identificación, sino del camino del consumo y bajo el estilo adictivo, tanto que varios autores señalan a la época con el título de “adicción generalizada” o globalizada. Intento de paliar una insatisfacción –también producida por la falta– de objetos que propone el mercado, en el sentido de que siempre se está a la espera de lo que va a salir. Objetos tecnológicos cuya promesa de felicidad está sostenida en el plus de goce. Consumo acelerado ya que el valor de uso es cada vez menor y transitorio. Otro social inconsistente, pero que no deja de producir, de proveer los objetos para que cada uno cultive su goce particular. Entonces, como sostiene J.-A. Miller, tenemos una sociedad regida por el imperativo superyoico del consumo, y esto obviamente repercute en el lazo social y, además, no deja de tener consecuencias en la política y consecuencias políticas. Consecuencias que son producto de las identificaciones

débiles, consecuencias de la pluralización de comunidades alternativas, fragmentación de los discursos, aumento del relativismo, del cinismo, del pragmatismo y de la desconfianza en la política y en lo social; el individuo queda un tanto desorientado, desamparado, pero recubierto del cinismo contemporáneo, ideología de la época. Desamparo sobre el cual la publicidad, que es una industria esencial para el consumo, estudia y propone los falsos espejismos de satisfacción. También, el marketing político tiene su tremenda importancia en la actualidad a través de encuestas y la proliferación de términos y opiniones. Sin embargo, no se trata de un simple maquillaje, sino de un instrumento de transformación sobre las opiniones políticas, y tiene tal fuerza que se ha convertido en la más importante y poderosa arma de información y desinformación masiva, y generadora de contenido político en sí misma, construyendo un reino de la opinión donde se transforma el debate público bajo un fondo de increencia y, por qué no decirlo, de engaño y de manipulación. La posición analítica se contrapone o lo intenta, tanto al consumo como a las evaluaciones que intentan ubicar en categorías a los desorientados. Se trata de medir que el psicoanálisis no opera sobre la masa, retira de la misma al uno por uno y lo sumerge en una experiencia privada. Esto produce influencias (no las midamos cuantitativamente sino cualitativamente) que se expanden de una manera sutil. Hace poco más de un siglo, las ideas freudianas comenzaron así.

¿Cómo localizar este movimiento en relación al psicoanálisis? J.-A. Miller, en su curso *Sutilezas analíticas*, sitúa la cuestión: el movimiento del mundo arrastra al psicoanálisis, ¿debemos consentir? Si uno considera el psicoanálisis como un fenómeno de la civilización, la respuesta es afirmativa. Pero si la orientación de nuestra práctica es una cuestión de deseo, y Lacan, al crear su Escuela y el pase va en la línea de mantener ese deseo, la respuesta es no al consentimiento de dejarse arrastrar. Y pienso que el pase sostiene hoy en el siglo XXI una oposición a la civilización que empuja al psicoanálisis a que sus fines sean utilitarios, a la reducción del análisis a un ejer-

cicio profesional reglamentado y evaluado por criterios exteriores a su razón de existir.

Hemos sostenido en este desarrollo que los resultados del pase, su experiencia, su transmisión, se implican en nuestro vínculo social, es decir, en nuestra vida y en el transcurrir de lo institucional, y en la construcción permanente de la Escuela. El pase, entonces, aporta a la comunidad de experiencia los trayectos particulares como analizantes, del hacer de los practicantes, de la escucha de los carteles y de su enseñanza, etc., en el sentido de asumir las consecuencias del procedimiento. Pero, además, estos resultados se transmiten a la comunidad, se proyectan a la ciudad, o, por lo menos, esta vía tendría que estar vigente, pues sigue la línea freudiana del incremento de autoridad y la de realizar una política del psicoanálisis. Recordemos que Lacan presenta al discurso analítico como uno de los cuatro en relación al malestar en la cultura, pero sostiene que sus incidencias están a la altura de interpretarla. Tenemos aparentemente dos cuestiones que, sin ser antagónicas, no se presentan en la misma dirección, y esta cuestión nos posibilita extraer otro principio político: se trata del principio de ubicación. Me explico: Lacan no se rindió aun cuando entrevistara que el psicoanálisis (podemos matizar: parte del psicoanálisis) depondría sus armas ante los embates de la civilización, y estableció la Escuela, no solo como un refugio, sino también, como sostiene Miller, como la base de operaciones contra el malestar en la cultura. Un refugio abierto y en plena dialéctica con ese malestar, aunque preservando el discurso analítico, no dejando que sus resultados y su práctica se diluyan en el beneficio supuesto de hablar la lengua del Otro (por ejemplo, la reducción del psicoanálisis a un ejercicio profesional, o la preocupación por el bienestar de los contemporáneos). El pase, aquí, toma esta dimensión de principio de ubicación que llamaba antes, ya que no solo y simplemente se espera de los AE que cuenten su trayecto, sino también que actúen contra los obstáculos de la cultura que intentan arrastrar al psicoanálisis.

Este actuar, para mí, implica la necesidad, en este momento, en este tiempo caracterizado por la transitoriedad de todo,

de oponer, ante estos obstáculos (sostengo esto como una opinión personal) una comunidad de AE, es decir, mantener la función después de los tres años de testimonio. Y, justamente, en este punto es donde veo la actual tensión entre discurso y grupo, ya que llama la atención que ante algunos intentos de instalar la cuestión por parte de Miller, obtuvo como respuesta una resistencia del grupo a tal propósito. Podemos decir que los argumentos esgrimidos en contra de esta propuesta se sostienen en el sofisma que postula el principio de no innovar cuando, justamente, el pase, por principio, es innovación.

Entonces, retomando las cuestiones que estoy planteando, si el “movimiento del mundo (...) arrastra al psicoanálisis tras sus pasos”, cuestión que implica la disyuntiva de caer ante el canto de sirenas que dice al psicoanálisis sean agentes de la salud mental, camino plagado de “buenas intenciones” pero que desvirtúa la esencia de la práctica analítica (absolutismo terapéutico), mantener abierta la oscura percepción de sí, que es como Freud introducía lo singular, y transmitir sus resultados. Cito a Miller: “Pero, en vista del presente fenómeno, llamar al mayor número de ex AE (...) los necesitaríamos no simplemente para narrar su pase, sino también para actuar sobre los atolladeros de la cultura, donde la cultura, el movimiento del mundo, arrastra al psicoanálisis. Quizás se necesite restablecer en las escuelas del Campo Freudiano una comunidad de AE donde los ex AE reencuentren su título; estarían los AE en vigor y, como lo previó Lacan, también los analistas de AE”. Extraigo la cita de su curso *Sutilezas analíticas*, pero no es en el único lugar donde lo sostiene; sin embargo, la misma se encontró, por parte del grupo, con un “eso es imposible”, “va contra el espíritu del pase” (el sofisma de no innovar). Hay que recordar que, inicialmente, en la “Proposición” de Lacan, la cuestión del AE era permanente y lo fue de 1967 a 1981. Poner tres años fue una innovación de la Escuela de la Causa Freudiana. Y fue por la cuestión señalada por Lacan de que los AE no se volvieran una casta.

Bien, no estamos en el fin de la historia, y la “Proposición” del pase se vuelve cada vez más un acto en tanto vuelve a

inspirar a un número creciente de practicantes a intentar el procedimiento. Lo político es cómo mantener el acto y sus consecuencias. Y juzgar al acto por sus consecuencias es un principio fundamental de la política lacaniana. No se trata de buenas o malas intenciones sino de las consecuencias, y me parece que no estamos tomando todas las consecuencias que se desprenden de la experiencia del pase. Tener una política realista, es decir, hacer entrar al Otro en el cálculo implica, en este tema, ver las consecuencias que podemos ubicar, no en hablar su lengua (la del Otro), ni encerrarnos en nuestro código, sino incluir en el Otro social los significantes de la singularidad y de nuestro discurso. Mantenerlo en existencia es hacer avanzar las cosas con los medios que contamos para el interés del psicoanálisis. Siempre, el significante que nos interesa es el de horizonte. Podemos tener tácticas, pero manteniendo la estrategia y la política del principio fundamental: el de no ceder en la línea del horizonte del deseo.

Destacamos esta perspectiva (AE permanente) como una vía posible, no absoluta, ya que todo practicante del psicoanálisis puede acercar –si vale el término– su subjetividad al deseo del analista, es decir, a hacer existir el psicoanálisis y generar las políticas necesarias para tal fin. Tomar lo que Lacan sostuvo al decir que a cada uno le toca reinventar el psicoanálisis. Concluyo entonces con el principio de reinventar.

Noviembre del 2012

Bibliografía

- Bentham, J., *Tratado de los sofismas políticos*, Leviatán, Bs. As., 1986.
Lacan, J., “Proposición del 9 de octubre de 1967”, en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Bs. As., 1987.
Lacan, J., *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*, Anagrama, Barcelona, 1977.
Lacan, J., “Sobre la experiencia del pase. Acerca de la experiencia

del pase y de su transmisión", en Revista *Ornicar?* N° 1, Petrel, Barcelona, 1981.

Lacan, J., "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", en *Escritos 1*, Siglo XXI, Bs. As., 1984.

Miller, J.-A., *Sutilezas analíticas*, Paidós, Bs. As., 2011.

Miller, J.-A., *Política lacaniana*, Colección Diva, Bs. As., 1999.

Tudanca, L., *Una política del síntoma*, Grama ediciones, Bs. As., 2012.

A cada uno...

La introducción del post-analítico por parte de J.-A. Miller,¹ a mi entender, se inscribe en el curso de la incidencia y la transmisión de la enseñanza de Lacan. Esta idea organiza un problema y abre una amplia investigación. Problema que según cómo se lo presente, puede establecerse en el orden de problema-problema o en el de problema-solución. En la segunda perspectiva, me inclino a pensarlo en plural, es decir, problemas-soluciones, ya que las repuestas mismas nos ubican en el plural de una serie siempre incompleta de singularidades. Soluciones dadas, perspectivas presentadas que se inscriben en un orden; me refiero a la práctica del psicoanálisis, a sus resultados, a la duración de los mismos, al saber hacer, a los restos, etc. Pero, tanto las soluciones como las perspectivas se inscriben en una época con cierto dominio de lo efímero, y bajo el gran peso de lo descartable. Sin embargo, la enseñanza de Lacan y su correlato político de Escuela se mantiene y, en este marco, el post-analítico abre a la comunidad la experiencia siempre aporética (incertidumbre y duda) del sujeto, de los resultados sobre tratamientos dados a las conjunciones y disyunciones entre “el sentido y el goce”, y da testimonio de cómo cada uno se las arregla (no completamente) con su subjetividad.

En este marco de transmisión de la experiencia de un análisis, situamos el post-analítico en el después del enlace y del

1 Miller, J.-A., “Introducción al post-analítico”, en *El peso de los ideales*, EOL-Paidós, Colección Orientación Lacaniana, Bs. As., 1999.

desenlace del sujeto en el dispositivo analítico. Esto no implica necesariamente que, atravesada la experiencia, el “después” sea definitivo, más bien lo ubico en lo permanente del análisis de la subjetividad. Al decir permanente marco una diferencia tanto con interminable, como con fin de análisis. Entiendo que el post-analítico puede incluir el fin de análisis, pero como problema e investigación colectiva no se limita a este caso. Perspectiva de investigación que no se presenta como campo conceptual cerrado sino que, justamente, da marco al inventar -lo subrayo- y, por el momento, lo diferencio de la simple ocurrencia, y lo encuadro en la construcción de saber desde lo heterogéneo, planteando la pregunta con la cual J.-A. Miller enmarcó el tema: ¿qué es lo que pasa con el sujeto después del análisis? Hoy, y aquí, nos colocamos en esta perspectiva con el agregado de ver qué pasa con el sujeto después del análisis y después del pase; es decir, después de una conclusión y de una verificación exterior al dispositivo analítico y que implica un trasladar estos resultados como enseñanza a la Escuela, a la comunidad. Pero, aún más, nos encuentra en la mayoría de los casos aquí presentes, en un después de años terminado el análisis y atravesado el pase; por lo tanto, nos ubica en un análisis permanente desde el post, tal como lo hemos planteado.

En mi experiencia de análisis, el último tramo del mismo, más allá de la duración, implicó las vueltas dadas alrededor de la diferencia entre terminar y concluir. Estaba el análisis, en un sentido, terminado, pero la conclusión llegó a partir de enunciar el desenlace del vínculo transferencial: “ya no espero nada”; no se escapa a la escucha la negación, que afirma espero nada. Podríamos intentar decir algunas cuestiones sobre el objeto nada, aunque, a los fines que hoy perseguimos, tomo el sesgo de que el sujeto es nombrado como esperado antes de nacer por una contingencia peligrosa, pero, además, lo que se espera es una mujer; y, al nacer, vira la nominación al retrasado que no quería nacer y a la elección del nombre, que el malentendido entre los padres dará, y será un nombre que cae bajo la significación de su ausencia en el libro de los

santos. Un destino que encuentra en el final del análisis, en la conclusión, una apertura para otra elaboración diferente al tratamiento dado por la neurosis, una transformación, un viraje al inventar en el sentido de no quedarme en lo conocido de la repetición cuya matriz podemos formular así: "Siempre empezar de nuevo". Un viraje a la determinación de esperar que la neurosis ubicó, como dijimos, en el libro de los santos y, luego, sucesiva y militantemente en la religión, la política y el psicoanálisis. La conclusión anteriormente señalada y la apertura al post-analítico me permiten testimoniar hoy, cuando ya pasaron algunos años, que las cosas están un poco diferentes: ya no espero ese más allá. Tomo la frase de Artaud, quien expresó: "Al más allá lo quiero acá"; acuerdo con ella y la presento un poco matizada, diciendo: "al más allá trato de inventarlo acá", eligiendo por dónde en el psicoanálisis y en la vida, y donde el estar con una mujer y la paternidad ocupan bastante de mi tiempo; no todo, como solemos decir, y, por eso, estoy hoy aquí, virando del esperar a lo permanente del análisis abierto luego de la conclusión.

Cuando me invitaron a participar, lo primero que se me ocurrió fue un título, luego empecé a escribir lo que acabo de decir; por lo tanto, me quedó el título como final. Se trata de una variación de la frase de Lacan: "A cada uno le toca reinventar el psicoanálisis"; sobre ella pensé: "A cada uno le toca inventar el post-analítico", me parece una buena frase para mantener abiertos los problemas y las soluciones logradas.

Noviembre 2009

La transferencia

Aislar lo terapéutico...

Ubicar entre el psicoanálisis puro y el aplicado la idea de tensión nos permite abordar el tema desde ángulos más interesantes que situarla como diferencia, sobre todo si esta se plantea como antinómica, ya que esa vía nos llevaría ante cada caso a tener que optar y tendríamos, en un sentido, otra versión de la diferencia didáctico – terapéutico¹.

A su vez, la idea de tensión indica que el tema está un poco tironeado por fuerzas que lo solicitan y que nos presentan un campo tenso. Sobre dicho campo, el pase nos enseña como un mirador privilegiado; sin embargo, no nos ubica como observadores imparciales. Y al considerar el pase como investigación colectiva podemos tratar de ubicar algunas consideraciones sobre la tensión mencionada entre el psicoanálisis puro y el aplicado. Lo primero que podemos destacar es que, desde el pase, se borra la diferencia. Afirmación que lleva nuestra atención al psicoanálisis como práctica pero anudada al desa-

1 Diferencia que ya Ferenczi cuestionó: “A menudo he señalado en el pasado que no veía ninguna diferencia de principio entre análisis terapéutico y análisis didáctico. Quisiera completar esta proposición en el sentido que no es siempre necesario, en la práctica clínica, profundizar el tratamiento hasta el punto en que consideremos el fin completo del análisis; sin embargo, el analista, de quien dependen tantos seres, debe conocer y dominar las debilidades más sutiles de su propia personalidad, lo que resulta imposible sin un análisis perfectamente terminado”. Sandor Ferenczi, “El problema del fin de análisis”, O.C., Tomo IV, Espasa Calpe, Madrid, 1981.

rollo y movimiento conceptual y a su política. Por lo tanto, ubicarnos en la tensión implica la posibilidad de situarnos en los principios de nuestra acción, apoyarnos en los principios de la práctica lacaniana para, desde allí, ubicar el uno por uno.

Mencioné que abordar el tema por el lado de la tensión permite diferentes ángulos; trataré entonces de traer a esta mesa la cuestión terapéutica con relación a la identidad psicoanalítica y algunas consideraciones sobre lo que el pase nos enseña en esta dirección, una dirección que si se lleva hasta sus últimas consecuencias uno se encuentra con un punto de detención y en el mismo lo que se produce es un resultado de saber y, por lo tanto, una construcción.²

Entonces, algunas consideraciones sobre lo terapéutico.

La primera. Creo que obvia, pero no está de más destacarla, la de no equiparar, igualar, homologar psicoterapia a terapéutico, en tanto esta equivalencia ha conducido en la historia del psicoanálisis tanto en la práctica como en los desarrollos conceptuales, justamente, a la pérdida de la identidad psicoanalítica. (Aunque siempre es conveniente aclarar qué es hoy la identidad psicoanalítica).

La segunda consideración, correlativa a la anterior, es la constatación de la existencia del inconsciente en un saber que se verifica (se confirma) porque su lectura tiene efectos terapéuticos, especialmente efectos terapéuticos. Ahora bien, desde el pase podemos pensar un más allá de estos efectos pero a condición de haberse servido de ellos. Cuestión que nos permite considerar un argumento más sobre la afirmación de Lacan de que el psicoanálisis no es una terapéutica

2 J.-A. Miller ha situado como orientación que la diferencia entre psicoanálisis y psicoterapia es un problema de la práctica. En su curso del año 2000-2001, *El lugar y el lazo* (clases del 10 y 17 de enero del 2001) donde desarrolla esta diferencia y donde divide las aguas entre el psicoanálisis puro y el psicoanálisis aplicado (a la terapéutica) por un lado, y la psicoterapia por otro. Esta escritura es destacada diciendo que la cuestión es que el psicoanálisis aplicado a la terapéutica siga siendo psicoanálisis y que se preocupe por su identidad psicoanalítica.

como las demás. De esta manera subrayo que la dimensión terapéutica y su más allá se constata en la práctica del psicoanálisis y nos llega vía el pase, tanto en las presentaciones de los pasadores, en las enseñanzas de los carteles, como en los testimonios de los AE. Vías que enseñan, reitero, que la dimensión terapéutica no es antagónica con el psicoanálisis puro, y que la misma es una dimensión imposible de eliminar, ya que es la que permite constatar que el desciframiento del inconsciente tiene efectos sobre el síntoma y/o sobre el sujeto. Que el desciframiento sea lógicamente infinito no anula la importancia de que los efectos terapéuticos sean lo que, por ejemplo, nos permiten distinguir el desciframiento del inconsciente de los delirios. Ahora bien, cabe también destacar en esta línea cuál es la posible relación entre lo terapéutico y, por ejemplo, el punto de conclusión o el pase clínico. No tomo como condición de verificación a las resoluciones terapéuticas sobre lo sintomático, si bien el alivio es un afecto presente en la mayoría de los testimonios que he escuchado. Es el más allá del alivio lo que nos muestra la manera en cómo el sujeto se las arregla con lo que resta. Es decir que el saldo, si así podemos expresarnos, es, no solo la identificación al síntoma, sino el manejo a partir del saber alcanzado, y esto también es posible a condición de que el sujeto se haya servido de lo terapéutico como cesión de goce. Dicho de otra manera, el pase como exploración sobre la identificación al síntoma, permite cierta verificación de la relación del sujeto con el funcionamiento del goce que se sirve del síntoma. Por supuesto que hay muchos síntomas (mejor dicho, versiones metafóricas del síntoma) que desaparecen en y con el análisis. Sin embargo, el resto que perdura (relación síntoma – real – goce) cuando conduce al pase, nos permite ver si la cura ha llevado al sujeto a una posición que podemos llamar endurecimiento de la defensa (fortalecimiento del yo o fortalecimiento identificatorio) o si, por el contrario, lo ha llevado a una relación diferente a la pulsión (a la tendencia de satisfacción de la pulsión) con el goce, y a una plasticidad del sujeto que muestra un saber hacer con lo incurable.

Estas cuestiones me llevan a presentar la tercera consideración. Se trata, justamente, de que no negar lo terapéutico implica encuadrarlo en el campo de la tensión, es decir, que no cierre la puerta ni en su fin ni en su finalidad, sino que mantenga la vía del deseo y al goce en su estatuto singular y radical. El goce no tiene una utilidad directa ni puede ser globalizado, pese a todos los intentos por neutralizarlo. J.-A. Miller ha señalado que la provocación de Lacan llegó hasta la definición del goce como aquello que no sirve para nada, aquello que no hace el bien, que no se inscribe en la armonía de las funciones vitales. Por lo tanto, el pase como verificación y transmisión, nos enseña que el psicoanálisis no trabaja para la homeostasis terapéutica, ni se enrola en un progresismo que deje de lado la incidencia del goce de lo real porque, si ese es el caso, tendremos un psicoanálisis *aggiornado* pero que cierra la vía abierta por Freud y, por supuesto, tendremos un psicoanálisis que será consumido, pero en su doble acepción.

La última consideración. En otras ocasiones he planteado el deseo del analista como aquello que permite el trayecto del Otro al S (A), hoy quisiera agregar que el pase nos enseña, en este más allá de lo terapéutico, al deseo del analista como el hacer existir el psicoanálisis, y me atrevo a poner en correspondencia esta cuestión con la afirmación de Lacan: “Le toca a cada uno reinventar el psicoanálisis”. Reinventar es un más allá de la neutralidad, es una posición del practicante en clara disimetría con el analizante, ya que su interlocutor no es el paciente sino el psicoanálisis. Y lo que he podido constatar en mi experiencia en los carteles del pase es que en algunos casos donde el psicoanálisis mismo, puro si se quiere, parte de una indeterminación (tanto a nivel significativo como a nivel libidinal) es la experiencia misma de la cura la que posibilita que ese sea el lugar en donde emerge la determinación. El pase no solo da el resultado sino también los trayectos, y la Escuela el poder servirnos de ellos. Y con ellos mantener políticamente la vía terapéutica como una invitación que se podría formular así: “Dime de qué sufres y podrás llegar a saber de qué gozas y qué hacer con ello”.

He titulado estas notas “Aislar lo terapéutico” tomando la expresión de la “Proposición del 9 de octubre de 1967 acerca del psicoanalista de la Escuela”, ya que allí Lacan la utiliza para decir que aislar lo terapéutico es la condición para que un análisis pueda tener un fin. ¿Cómo entender este aislar?, es una pregunta que me pareció interesante traer a esta mesa, y mi primera respuesta es lo que he planteado como más allá de la neutralidad homeostática de esperar resultados...

La transferencia como motor y obstáculo en la cura analítica

I

Sobre la transferencia, nadie duda que se trata de un concepto fundamental, del resorte y motor de la cura analítica, pero tampoco que en torno a ella giran los obstáculos en el proceso analítico. En ella descansan los efectos terapéuticos, pero también, un más allá de los mismos en la amplitud que va desde las interrupciones hasta el fin de análisis.

Sobre ella hay un gran consenso entre los practicantes del psicoanálisis, y no solo en la orientación lacaniana, sino en el lacanismo en general y también en la IPA y, además, entre las psicoterapias de orientación psicoanalítica, como se las denomina. Claro está que tan amplio consenso sobre este concepto implica, justamente, diferentes conceptualizaciones y, en un sentido, podemos llevar esta afirmación al extremo de decir: “Dime cómo piensas la transferencia y te diré cómo practicas el psicoanálisis”; pero también, su inversa: “Dime cómo practicas el psicoanálisis y se podrá extraer qué concepción de la transferencia está en juego”. De esta forma, lo que resaltamos es que, en último sentido, lo que se pone en juego es la relación entre los conceptos y la práctica, ya que, como practicantes del psicoanálisis, nos referimos a la consistencia de los textos, pero también, como analistas, es necesario conocer aquello de lo que somos producto. Nuestras afirmaciones anteriores señalan, entonces, tanto el carácter activo como el pasivo con respecto a la transferencia. En cuanto agente acti-

vo, para ubicarse en el encuentro, en lo que ocurre y no en el supuesto de lo que debería ocurrir: tomar cada caso en particular (vía de acceso a la singularidad) y, en este sentido, la formación analítica implica un cierto olvido de lo aprendido para posibilitar lo inédito en cada ligazón transferencial, dar el lugar a la novedad. Quedan así introducidas las coordenadas para situarnos, entonces, en la concepción teórica en que nos apoyamos y, desde allí, nos remontamos al proceso de Freud y su conceptualización sobre la dinámica de la transferencia; pero también, a los cambios que introduce Lacan en una doble vertiente: los cambios con respecto a Freud y los cambios en el transcurso mismo de su enseñanza; sin embargo, dichos cambios –como ha señalado J.-A. Miller– son, al mismo tiempo, “estrictamente freudianos”.

II

La transferencia motor y obstáculo, dos vertientes que surgen en toda cura analítica. Así lo ubicó Freud en su texto “La dinámica de la transferencia” que, junto a desarrollos de la década de 1910-1920, Lacan, en su retorno a Freud, agrupó no por su temática técnica, sino porque se ordenan entre la llamada “experiencia germinal” de Freud (construcción conceptual) y el desarrollo de la teoría de las instancias o metapsicología (donde Freud aísla los problemas de la práctica, tales como compulsión a la repetición, masoquismo primario, etc.)

1904-1909 -----> 1920	
Experiencia original	Metapsicología
	Teoría Estructural
	Dinámica de la transferencia

La dinámica de la transferencia sitúa los desarrollos sobre los problemas y las ganancias que traen el descubrimiento de la transferencia por parte de Freud, ya que él no parte de ella

sino, que se encontrará con sus efectos de desplazamiento. Pero, rápidamente, el motor se liga al obstáculo apareciendo la resistencia, entonces Freud se hace al menos dos preguntas:

1. ¿Por qué la transferencia es más intensa en los neuróticos en el análisis?

2. ¿Por qué en el análisis la transferencia sale al paso como la más fuerte resistencia?

Sus respuestas no solo apuntan a la introversión de la libido y a la frustración de la satisfacción, sino que ubican una represión constitutiva que obstaculiza el proceso de la asociación libre: "Desfiguración por transferencia intensa y tenaz" (son términos freudianos). Entonces, verifica en las curas que esta tenacidad e intensidad implican lo que denomina sentimientos tiernos (positivos) y hostiles (negativos). Y, a su vez, que los tiernos también se dividen en amistosos susceptibles de conciencia y los sexuales (ligados a deseos inconscientes). Por lo tanto, la resistencia, en este sentido de obstáculo, es la aparición de la hostilidad combinada con los deseos inconscientes, y el motor sería: "...aprovechar la sugestión para hacerle cumplir un trabajo psíquico que tiene por consecuencia necesaria una mejoría duradera de su situación psíquica",¹ enlazando motor a sugestión.

III

Lo que destacamos es que, tanto las cuestiones ligadas al motor como al obstáculo, ambas se dirigen, se enlazan a la figura y a la presencia del analista. Así aparece la transferencia en los inicios y continúa vigente en cada análisis. En cada análisis se presenta la cuestión del enlace, una lucha (es un término de Freud) que podemos graficar así:

1 Freud, S., "Dinámica de la transferencia", *Obras completas*, t. XII, Amorrortu, Bs. As., 1986.

Lucha

Intelecto-----> Transferencia <-----Vida pulsional

Discernir-----> <----- Querer actuar

Veremos hasta dónde es conveniente mantener el término de lucha; pero lo que es seguro es que en cada proceso analítico se da como condición necesaria para llegar a un desenlace, para que se produzca el enlace. La cuestión es cómo responder del lado del analista, o si solo le queda el recurso, después de todo, de la sugestión.

IV

Entonces, sin preámbulos, tomaré la relación entre transferencia y deseo del analista como eje, situando esta relación como un nudo de experiencia. Si bien podemos afirmar que la generalidad que mencionamos en el apartado primero con respecto al concepto de la transferencia no sería aplicable al deseo del analista, sostenemos, por el contrario, que toda práctica que, por supuesto, tenga por fin el psicoanálisis, pone en juego el deseo del analista ya que justamente la definición más simple sobre el mismo es hacer existir el psicoanálisis. Claro está que hay que ver qué se entiende por hacer existir el psicoanálisis y este es el problema –si así podemos expresarnos– de experiencia y en donde la transferencia, como motor y obstáculo, juega su partida. En cuanto a hacer existir, en un nivel general, podemos decir que el psicoanálisis no es un universal cuya existencia está garantizada para todos los tiempos. A nuestros fines, es a su nivel particular en donde situamos la cuestión. A este nivel es donde encontramos diferentes maneras de practicarlo, diferentes maneras de manejo de la transferencia, como concepto y como función. Lo que me parece apropiado sostener es que, al ser el deseo del analista también un concepto y una función, se vuelve interesante a nuestra práctica ver sus posibles articulaciones. En esta línea, recordemos que Lacan sostuvo que el deseo del analista es un deseo impuro; lo sostuvo para señalar que no se

trata de un operador puro (que se supone conoce el concepto) sino que la práctica obviamente no es ajena al practicante (con sus deseos, pulsiones, fantasma, etc.). Se trata de que la función misma permite poner entre paréntesis las pasiones del analista. Cuestión que relacionamos con la afirmación de Lacan al decir que “a cada uno le toca reinventar el psicoanálisis”. No se trata de inventar sino reinventar y esto no es un matiz, ya que reinventar implica apoyarnos en la relación teoría-práctica, relación de nudo entre un deseo de existencia del psicoanálisis y un desplazamiento que lleva a un sujeto al análisis. Por lo tanto, pongo a consideración de ustedes la hipótesis de que reinventar es, en un sentido, el nudo mismo entre transferencia y deseo del analista.

V

Ubiquemos la primera cita de apoyo a nuestra hipótesis: “La espera del advenimiento de ese ser en su relación con lo que designamos como el deseo del analista en lo que tiene de inadvertido, por lo menos hasta la fecha, por su propia posición, tal es el resorte verdadero y último de lo que constituye la transferencia”.²

1.- ¿A qué fecha se refiere Lacan? Si bien es una presentación de 1960, el texto fue redactado en 1964 y –a nuestro entender– es uno de los que conforman el nudo del 64 en su enseñanza.

2.- Cuando dice: “La espera del advenimiento de ese ser”, se refiere a que el sujeto se construye en el análisis y que esta construcción implica la intervención del analista, escandiendo el discurso. Refiere a la pulsación de borde que remite a la apertura y cierre del inconsciente. Esto implica diferenciar al

2 Lacan, J., “Posición del inconsciente”, *Escritos 2*, Siglo Veintiuno, Bs. As., 1984, p. 823.

inconsciente como saber de esta fenomenología de la pulsación. Por un lado tenemos la estructura y por otro el mensaje que aparece en el corte, en la irrupción de la sorpresa, etc.

3.- Luego, tomemos la frase, “en su relación con lo que designamos como el deseo del analista”, que sitúa la idea de nudo que señalamos anteriormente.

4.- “...tal es el resorte verdadero y último de lo que constituye la transferencia”. Es claro, ubica al deseo del analista como el resorte que constituye la transferencia. Es interesante ver a qué remite resorte, ya que nos lleva a la idea de fuelle, de fuerza elástica, al medio del que uno se vale para lograr un fin; es decir, está la idea de dinámica. Lograr un fin; la instalación, pero también su fin; es decir, una dinámica entre enlace y desenlace (podemos situar bajo esos términos la neurosis de transferencia). Un desenlace de aquello que el deseo de existencia enlaza. Y que, en su horizonte, nos plantea el fin de la transferencia bajo la pregunta de su destino.

Obviamente, no podemos comentar en extensión el texto de Lacan de donde extraemos esta cita y que es acompañado del seminario sobre *Los cuatro conceptos...* (nudo del '64); pero, a nuestros fines, destaquemos algunas coordenadas del mismo. Por ejemplo, las cuestiones relativas a la concepción del inconsciente, ya que, en el escrito, Lacan habla de “nuestra doctrina del inconsciente” y en el *Seminario 11* desarrolla la idea, y diferencia “El inconsciente freudiano y el nuestro”. Nuestra, nuestro, remite, entre otras cuestiones, a la tesis radical de que “el analista forma parte del concepto de inconsciente” bajo la cuestión de la transferencia; lo podemos esquematizar simplemente:

Inc. <-----> \$
Transferencia

Entonces, ese formar parte implica la noción de enlace

(motor), y el obstáculo, los impedimentos sobre el mismo, ya que se juega la elección por parte del analizante de un otro a quien instituye como Otro (elección por rasgos imaginarios, simbólicos y reales). Tenemos implicada en la tesis: “los psicoanalistas forman parte del concepto de inconsciente”, la presencia del inconsciente por situarse en el lugar del Otro, “posición” en relación a las intervenciones que apuntan a la enunciación de todo discurso:

\$ -----> A (analista)

El nudo de la transferencia como enlace, como empalme, implica una operación que es homóloga a la constitución del sujeto en el campo del lenguaje, o si se quiere, al sujeto como discontinuidad de lo real. Y este efecto inicial de ubicar la división en el campo del Otro, de ubicar el inconsciente, trae, como ustedes saben, efectos de apaciguamiento, de que las cosas marchan más o menos bien. Tenemos el motor a toda marcha allí, bajo la cuestión de la sugestión. Recordemos la cita de Freud que tomamos en la introducción: “Aprovechar la sugestión para hacerle cumplir un trabajo psíquico que tiene por consecuencia necesaria una mejoría duradera de su situación psíquica”. Lo cual liga motor a sugestión. Y Lacan toma esta cuestión en varios momentos de su enseñanza, por ejemplo, en el capítulo “Transferencia y sugestión”,³ donde retoma la idea de que, para Freud, la transferencia es sugestión; pero, la pregunta y la vuelta que da Lacan es que la transferencia es análisis de la sugestión.

Se ve la diferencia:

- la transferencia es sugestión;
- la transferencia es análisis de la sugestión.

Es el análisis mismo el que da una segunda articulación sobre lo que la sugestión impone al sujeto, ya que toda deman-

3 Lacan, J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As., 1998, p. 435.

da implica la sugestión; instituir la relación analítica es una respuesta a los efectos de la sugestión. Dicho de otra manera, para relacionar más claramente con lo anterior, al dejar instituir (ser tomado como Otro) el lazo transferencial que sitúa las vías del inconsciente (lo que denominamos actualmente inconsciente transferencial) estamos haciendo un uso de la sugestión. Y dependerá sobre el uso que le demos, que caigamos del lado del motor, o del obstáculo. A este circuito o círculo, Lacan lo llama “Círculo infernal” entre transferencia y sugestión, y su tratamiento implica hacer uso sin cristalizar un poder, sin dar sentido que cierre, ya que, a su vez, esta relación o círculo infernal pone en juego una cuestión crucial: se trata de la identificación primaria (rasgo), es decir, las identificaciones a las insignias del Otro. Relación transferencia-sugestión que presenta a la práctica una permanente ambigüedad en el campo delimitando entre uno y otro, el campo del deseo, y allí justamente Lacan sostiene que es donde puede operar la función del deseo del analista; en principio, simplemente, no favoreciendo la confusión entre uno y otro, con nuestra presencia como Otro. En esta línea es que el análisis tenderá, justamente, a un proceso de desenlace del inconsciente transferencial.

VI

Pasemos ahora a examinar brevemente algunos puntos del seminario *Los cuatro conceptos...*, que marca el fin del retorno a Freud. Allí, la transferencia, junto a la repetición, la pulsión y el inconsciente, señalan los cuatro conceptos básicos del psicoanálisis. Pero, la transferencia tiene una particularidad que los otros tres no tienen; me refiero a que es el único concepto apto para estructurar la relación misma de la experiencia analítica ya que permite estructurar la relación al Otro. Entonces, Lacan, en este seminario, desde la transferencia, ubica el vínculo analítico y, desde allí, revisa los otros tres:

T-----> Inconsciente
 T-----> Pulsión
 T-----> Repetición

A su vez, esta revisión sobre la familiaridad del concepto de la transferencia implicó un despertar en la comunidad analítica con la formulación:

Sujeto Saber
Supuesto

En la línea del despertar, los desarrollos de Lacan que ubican la experiencia analítica como praxis implican necesariamente la cuestión del operador. Y si el nacimiento del análisis didáctico implicó el intento de conseguir la pureza del operador, Lacan gira ciento ochenta grados, ubicando la impureza del deseo del analista.

VII

Si antes llegamos al punto de que toda demanda es sugestión, lo que se formula en transferencia no escapa a esta regla; la cuestión es cómo responde el deseo del analista, “hacha de doble filo”,⁴ función esencial en tanto la relación transferencia-demanda se articula al deseo como punto nodal del sujeto supuesto saber. En tanto instalado, no implica, de por sí, su existencia y duración, no se trata de un automatismo. Se trata de que posibilita la vía de acceso al deseo inconsciente y, el doble filo, entre otras cuestiones, es en tanto pone en juego el motor y el obstáculo. Dicho de otro modo, el deseo del ana-

⁴ Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As, 1987, p. 243. “Allí es donde está citado el analista (...) que el deseo, es el eje, el pivote el martillo (...). El eje, el punto en común de esta hacha de doble filo, es el deseo del analista, que designo aquí como una función esencial”.

lista puesto en juego en transferencia queda limitado; de allí que Lacan no dude en equipararlo a la figura del esclavo.⁵ Sin embargo, a un esclavo que apunta a la liberación de la inercia que se formula en la demanda inicial; por lo tanto, es una función activa que dirige al sujeto a liberarse de la demanda, a liberarse de la posición de demanda. Es decir que la perspectiva del desenlace de la transferencia implica que desaparezca la esperanza de que un otro le de lo que le falta, que colme su castración. En tanto desenlace implica que desaparece la consistencia del Otro, $S(A)$, dejando al sujeto con el problema de qué hacer con el saber que está en el lugar donde antes operaban las identificaciones.

VIII

Por último, es conocido el aforismo de Lacan: “La transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente”,⁶ en donde encontramos una definición de la transferencia un tanto sorprendente y que implícitamente pone en juego y necesita del concepto y de la función del deseo del analista. Por un lado, al decir “realidad del inconsciente”, no se trata de la determinación significativa sino de la realidad sexual, de la pulsión, en el sentido de lo que siempre se satisface.

Además, opone a “realidad” la idea de transferencia como ilusión. Diciendo “la puesta en acto” (repetición) no se refiere al aquí y ahora, actualización del pasado en el presente, sino que, la pulsión, que no cesa nunca de presentarse una y otra vez, es lo constante e insistente, y por lo tanto, siempre está actualizada. Pero vale la aclaración de que no se trata de lo que luego formalizará como acto analítico, sino que se trata de la puesta en acción en el sentido de poner en posición de causa lo que es el deseo sexual, es decir, como causa del decir analizante. Y, fundamentalmente, con este aforismo, formula

5 Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, op. cit.*, p. 263.

6 Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, op. cit.*

la pregunta de a quién le corresponde la puesta en acto de la realidad del inconsciente. Podemos responder: al analizante ya que todo su decir es demanda. Sin embargo, Lacan sorprende diciendo que le corresponde al analista o, más precisamente, al deseo del analista.

Deseo del analista en el hacer existir el psicoanálisis, en cada nudo de transferencia, reinventando, en cada caso, el psicoanálisis.

La oscura percepción de sí*

Introducción

La pregunta sobre el destino del psicoanálisis en el siglo ^{xxi} incluye, entre otros temas, el estatuto de los sueños en lo vertiginoso del transcurrir contemporáneo. Si nos remitimos a los comienzos del siglo ^{xx}, este fue marcado por Freud con “La interpretación de los sueños”. Siglo que alumbró la asociación entre los nombres de Freud y J. Lacan, y en el que, en sus finales, transcurrió la concreción de la Orientación Lacaniana con la creación de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, impulsada por J.-A. Miller, la cual entre sus razones, no solo apunta a la reconquista del Campo freudiano, y a dilucidar las respuestas al sujeto de la ciencia, sino también, fundamentalmente, a mantener el psicoanálisis en la contemporaneidad. Es decir, mantener el invento freudiano del analista como respuesta al malestar en sus nuevas formas. Entre estas nuevas modalidades, destaquemos el empuje al descarte, a la eficacia, a la evaluación, que generan declinaciones nuevas sobre la eficacia y el fin del psicoanálisis. Es un hecho que esta pregunta se le “impone” desde afuera al analizante que recurre a la experiencia de un análisis, es él mismo quien se

* Publicado en *Brisas clínicas: Sueño y final de análisis*, Compiladoras: Liliana Ávola, Andrea Cucagna y Alicia Yacoi, Grama ediciones, Bs. As., 2012.

pregunta en algún momento –a veces ni bien comienzan su recorrido–, ¿esto tendrá un fin?, formulación que remite, por lo menos, a dos posibilidades de sentido, una si tendrá un final, la otra, obtendré finalidad, utilidad, beneficio.

Primer recorrido freudiano

El descubrimiento freudiano para el tratamiento del padecimiento humano fue siempre, por parte de su creador, objeto de permanente discusión y de elaboración; su correspondencia así lo atestigua. Un simple recorrido por su obra nos presenta esta constante desde 1895, con los informes sobre los casos incluidos en “Estudios sobre la histeria”, hasta 1937 con los artículos “Análisis terminable e interminable”, “Construcciones en el análisis” y “Conclusiones, ideas y problemas”. De esta manera, señalamos que Freud, con respecto a los resultados terapéuticos, fue, al decir de Peter Gay: “Fáustico en sus ambiciones pero normalmente modesto es sus expectativas terapéuticas. Freud nunca quedó totalmente satisfecho, ni se entregó al descanso”.¹ A nuestro entender, la incansable insatisfacción de Freud resalta su posición de carácter investigativo permanente que se refleja hasta el final de su vida. Una posición que le permitió tratar el malestar en la civilización y los ataques al psicoanálisis. Así, en “Conclusiones, ideas y problemas”, Freud, en 1938, escribió una serie de párrafos que fueron publicados en 1941. El título dado por él es muy ilustrativo de la posición que venimos subrayando, es decir que nos deja, como último texto, la perspectiva de algunas conclusiones, no la conclusión definitiva (podemos correlacionar con su decidido trabajo de toda una vida), ideas (que podemos vincular con el deseo que es lo que trasciende a la duración biológica o a la cercanía de la muerte) y problemas, es decir que dejó abierto, a partir de las conclusiones y de las ideas, nuevas perspectivas, en tanto y en cuanto el

1 Gay, P., Freud. *Una vida de nuestro tiempo*, Paidós, Bs. As., 1989.

psicoanálisis sostenga su posición con respecto a la subjetividad de la época. No está de más en este punto afirmar que el *Retorno a Freud* por parte de J. Lacan es un claro ejemplo de la renovación de la perspectiva freudiana.

Las notas de “Contribuciones...” están fechadas desde el 16 de junio de 1938 hasta el 22 de agosto del mismo año. Sería muy pretensioso de nuestra parte; abarcar en nuestro comentario los diez párrafos solamente a nuestros fines tomaremos el último párrafo de las perspectivas, que dice así: “Mística, la oscura percepción de sí del reino que está fuera del yo, del ello”. Una primera interpretación ubicaría esta oscura percepción de sí por fuera del yo, es decir en el ello; pero no parece la explicación adecuada, en tanto tenemos que el yo y el ello delimitan esa oscura percepción, que entendemos como lo inconsciente. Por lo tanto, el reino referido por Freud no es del orden del oscurantismo, y nos presenta la relación, en perspectiva, entre inconsciente y mística. Esto no nos deja de asombrar, pero para aclararnos, debemos ver a qué se refiere Freud con “mística” y por qué correlacionarlo con lo inconsciente. No parece que el término “mística” sea considerado por Freud como una parte de la teología que trata de la vida espiritual y contemplativa, sino que nos parece que es usado como adjetivo, lo que implica que incluye el misterio, la razón oculta. El misterio, lo enigmático, baste pensar en cómo se nos presentan los sueños, vía regia a lo inconsciente, con su carácter de enigma, para situar al misticismo (de acuerdo a la expresión de la frase comentada). No se trata de una actividad espiritual que aspira a llevar a cabo la unión del alma con la divinidad por diversos medios, como el ascetismo, devoción, amor o contemplación. Con respecto a la primera referencia del término, por parte de Freud, la ubicamos tempranamente en “Psicopatología de la vida cotidiana” (1901). Allí, toma distancia del supersticioso, en tanto este último busca lo oculto en el azar exterior a sí, en un significado que se le manifestará en la realidad, es decir, busca la motivación en una proyección. Freud, en cambio, reconduce ese acaecer de la realidad a un pensamiento; sin embargo, aclara: “Lo oscuro

en él corresponde a lo inconsciente mío”.² Y años más tarde, en 1924, agregará en una nota a pie de página, a través de una anécdota, la diferencia entre superstición, psicoanálisis y mística, que recomendamos al lector. En el mismo año, escribe “El malestar en la cultura”, en donde, al final del primer capítulo, rastreando el origen de la actitud religiosa (desvalimiento infantil), no deja de interrogar la posibilidad de un más allá de este origen y da la siguiente fórmula, de raíces neoplatónicas: “ser-Uno con el Todo”.

Segundo recorrido freudiano

En las “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” (1932-1936), encontramos en la referida a “Sueño y ocultismo”, que Freud considera al sueño como la puerta de acceso al mundo de la mística, pero no deja de diferenciar a lo inconsciente de lo oculto. Pasemos ahora a la conferencia “La descomposición de la personalidad psíquica”. En sus últimas páginas encontramos el gráfico “modesto” –así lo titula Freud– del famoso huevo donde ubica todas las instancias: Pre-cc (sistema), el superyó, el yo, lo reprimido, el inconsciente y el ello. Sin embargo, Freud utiliza la metáfora de la pintura para aclarar que no se trata de instancias nítidamente separadas (pintura primitiva) sino, de campos coloreados que se entrecruzan unos con otros (pintura moderna), y sostiene: “Tras haber separado, tenemos que hacer converger de nuevo lo separado”. Indicación que podemos ubicar, también, en torno a la experiencia analítica, es decir, separar las determinaciones significantes de las condiciones de goce, la nueva unión implica la diferencia en torno al saber y a la posición subjetiva. Parece esta cuestión, un tanto alejada del tema de la mística; sin embargo, recordemos la afirmación: “Mística, la oscura percepción de sí del reino que está fuera del yo, del

2 Freud, S., “Psicopatología de la vida cotidiana”, en *Obras Completas*, t. VI, Amorrortu, Bs. As., 1989, p. 250.

ello". Y podemos, entonces inferir que la "percepción de sí" es una ganancia de saber sobre el inconsciente en su dinámica de apertura y cierre.

Algunas perspectivas

1.- Mantener el psicoanálisis, a nuestro entender, implica entre otras cuestiones, la posibilidad de transmisión sobre "la oscura percepción de sí", es decir, sobre lo desconocido para cada uno, a propósito de sí mismo del enigma que produce al sujeto la percepción del inconsciente, vía sus formaciones. Claro está que este decir es uno ubicado bajo transferencia y adquiere otras formas ante los otros. Otros del psicoanálisis, pero también, los otros en las manifestaciones actuales del malestar en la cultura. Esta vía, la consideramos pertinente para mantener el psicoanálisis, y además afirmamos que es un decir que abarca a los practicantes en su condición de tales, pero también en su condición de analizantes, más allá del fin de análisis y sirviéndose de él.

2.- ¿Es posible completar un saber sobre la represión –sobre la mística tal como es señalada por Freud? Entendamos represión simplemente, no como la coacción de una instancia, sino como algo más misterioso, es decir, la atracción que ejerce el inconsciente sobre ideas, palabras, etc., y, al mismo tiempo, hace que el sujeto olvide. Entonces, ¿sería posible que, en el análisis, el saber obtenido alcance a develar la totalidad del misterio –en términos de Lacan– bajo una reescritura de la escritura perdida que implica la represión originaria? Dicho de otra manera, ¿es posible que la ganancia de saber producto del final de análisis cubra –si así podemos expresarnos– la oscura percepción de sí?³

3 Miller, J.-A., "Freud y la teoría de la cultura", en *Elucidación de Lacan*, EOL-Paidós, Bs. As., 1998, p. 285.

3.- Vigencia del psicoanálisis y transmisión de sus resultados están íntimamente ligados y no se limitan a la cuestión sintomática, sino a mantener presente que la práctica analítica pone de relieve, en primer plano, un tipo de goce que se encuentra en la palabra misma, ya que el concepto de sexualidad en Freud no está a nivel de la naturaleza (el lenguaje marca el exilio irremediable del ser-hablante con la naturaleza, conceptualizado por Lacan con el “no hay relación sexual”).⁴ Por lo tanto, la luz que se puede arrojar sobre la oscura percepción de sí, también implica la metaforización adquirida singularmente sobre el sexo. Entonces, animamos una respuesta a los interrogantes del punto anterior. Si la división del sujeto marca el exilio irremediable con la naturaleza, el fin de análisis no pone fin al mismo sino que sostiene una respuesta alcanzada, una respuesta que deja al sujeto frente a su inconsciente y a su goce en la línea de un saber hacer.

4.- “Análisis terminable e interminable”

Si hemos ubicado la labor de Freud bajo la expresión “infatigable trabajo”, resalta el asunto de los resultados del análisis como un tema de constante preocupación. Así, a los ochenta años, Freud, con su extenso artículo “Análisis terminable e interminable”, nos deja un profundo pronunciamiento al respecto; no se limita a las finalidades terapéuticas, sino a las perspectivas y límites del fin de análisis, es decir, a los obstáculos con que el fin choca en su eficacia. El texto citado es un punto de Arquímedes donde apoyarnos. Y sobre el cual Lacan, con su “Proposición de 1967”, da una respuesta a los interrogantes freudianos, pero sobre la base de su afirmación de que el psicoanálisis tiene consistencia por los textos freudianos y esto es un hecho irrefutable. El texto de Freud es presentado por James Strachey, quien recuerda que Freud había escrito el 16 de abril de 1900 a Wilhem Fliess sobre un paciente, lo siguiente: “E. concluyó, por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar a mi casa. Su enigma

4 Miller, J.-A., *Sutilezas analíticas*, Paidós, Bs. As., 2011.

está casi totalmente resuelto; se siente perfectamente bien y su manera de ser ha cambiado por completo; de los síntomas subsiste un resto. Comienzo a comprender que el carácter en apariencia interminable de la cura es algo acorde a la ley y depende de la transferencia. Espero que el resto no menoscabe el éxito práctico. En mis manos estaba continuar la cura, pero vislumbré que ese es un compromiso entre salud y enfermedad, compromiso que los propios enfermos desean y por eso mismo el médico no debe entrar en él. La conclusión asintótica de la cura a mí me resulta en esencia indiferente; decepciona más bien a los profanos. En todo caso, mantendré un ojo vigilante sobre este hombre..."⁵

Es extraordinaria la condensación anticipatoria del problema que encontramos en estas palabras contemporáneas a "La interpretación de los sueños". Extraordinarias, en tanto podemos decir que Freud mantuvo su ojo vigilante no solo sobre ese paciente, como lo dice sino, fundamentalmente, sobre el carácter problemático del fin y la finalidad de la cura. El subrayado por Freud: "su enigma está casi totalmente resuelto", nos indica un límite a tener en cuenta respecto de la posibilidad de aclarar totalmente "la oscura percepción de sí". A su vez, señala que la resolución deja un resto sintomático, cuestión que Lacan tomará en su última enseñanza con la idea de lo incurable ligado al *sínthoma*. Un resto con el cual tiene que arreglárselas el sujeto que ha llegado a un fin de la experiencia analítica, un resto que insiste y que hace de la experiencia del pase, el marco posible para ser alojado, pero también investigado colectivamente. Además, en esta línea, también podemos ubicar que el "carácter aparentemente interminable" está ligado a la resolución transferencial; pero agreguemos: sin aspirar a alcanzar un punto cero de la transferencia, sino a una continuación más allá de la caída del Sujeto Supuesto Saber. Para Lacan, la experiencia de un análisis, es la experiencia de un fin (particular al psicoanálisis y de orden singular para

5 Freud, S., "Análisis terminable e interminable", en *Obras Completas*, t. XXIII, Amorrortu, Bs. As., 1989, p.217.

el sujeto), en tanto se trata de una conclusión que no dispone de la última palabra, de un decir que clausure totalmente la experiencia. Por lo tanto, podemos ligar lo interminable, pero no sin fin (en el sentido de conclusión) que nos plantea la pregunta: ¿después del fin, cómo seguir? Lo interesante de esta pregunta es que la misma es, en cierto sentido, el retornar a la lógica freudiana por parte de Lacan (recordemos que Freud recomendaba a los practicantes retornar al análisis cada cinco años). Más allá de las fechas, la lógica implica que interminable está ligado a ser analizante, más allá del fin y no solo extraer resultados de la experiencia sino también a transmitirlos. ¿Pero es solo eso? No, no es solo esa la cuestión, ya que la apuesta de Lacan con la “Proposición” es nutrir al discurso analítico con y desde la experiencia del fin de análisis, lo que no es el fin del inconsciente. Ubicar el fin y el resto en relación a “la oscura percepción de sí”, es un fin que se ubica relativo a una experiencia, una respuesta al enigma que lo hace definitivo, en el sentido de pérdida de la ilusión de que sería posible la reconciliación con la naturaleza.

5.- El psicoanálisis mantendrá su razón de ser en tanto y en cuanto no se deje seducir por el canto de sirenas del discurso amo y sus variantes exitistas. Lo que no descarta la relación discursiva con la época. El poner en consideración la actualidad de la frase freudiana: “Mística, la oscura percepción de sí del reino que está fuera del yo, del ello”, reino del inconsciente, nos abre una puerta a lo que la enseñanza de Lacan ubica como “creencia en el inconsciente”; en particular el fin de análisis me ha posibilitado ubicarme en el “reducirse a su inconsciente”.

6.- La referencia a la mística no es para recorrer el camino del oscurantismo, sino muy por el contrario, ésta no es para nada ajena a la perspectiva científica con la que el psicoanálisis hoy se ve confrontado en torno a la época, claro está que sosteniendo y ubicando la particularidad del psicoanálisis en torno a lo real. Y, en esta línea, reside la autoridad del psicoa-

nálisis y también su desafío, en demostrar, después de más de un siglo de existencia, que no ha agotado su virtualidad. Es demostrar que hacer un análisis sigue siendo una vía subjetiva esencial en la época de la ciencia.

7.- Mantener la perspectiva de que un analista siga aprendiendo de su inconsciente es la fórmula con la cual entendemos la posición freudiana, señalada en estas líneas, ya que esa oscuridad es que uno nunca está en armonía con su inconsciente, ni con “en sí”, es decir, con su goce. Por lo tanto, simplemente sostenemos como una posible interpretación del legado freudiano, que luego del final de análisis, uno, como analizante, sigue en relación a su inconsciente, a sus formaciones. ¿Podemos calificar esto de autoanálisis? Sí, en el sentido que lo planteamos. Y es más, sostenemos que los sueños son la vía regia para este autoanálisis permanente y para la posible transmisión que mantenga abierto el psicoanálisis a la subjetividad de la época.

8.- Por último, nos parece sumamente adecuado para el fin de estas notas, resaltar la caracterización que establece J.-A. Miller en “Sutilezas analíticas” cuando advierte que el “movimiento del mundo (...) arrastra al psicoanálisis tras sus pasos”.⁶ Cuestión que implica, como ya sostuvimos, la disyuntiva de caer ante el canto de sirenas que dice al psicoanálisis “sean agentes de la salud mental”; este camino que está plagado de “buenas intenciones” desvirtúa la esencia de la para práctica analítica en el camino del absolutismo terapéutico. Por lo tanto, sostenemos que mantener abierta “la oscura percepción de sí” y transmitir los resultados nos lleva a sostener una teoría de lo incurable del *sinthoma*. En esta línea es que ubicamos la propuesta que sostiene Miller: “Pero, en vista del presente fenómeno, llamar al mayor número de ex AE (...) los necesitaríamos no simplemente para narrar su pase, sino también para actuar sobre los atollade-

6 Miller, J.-A., *Sutilezas analíticas*, op. cit.

ros de la cultura, donde la cultura, el movimiento del mundo, arrastra al psicoanálisis. Quizás se necesite restablecer en las escuelas del Campo freudiano una comunidad de AE donde los ex-AE reencuentren su título; estarían los AE en vigor y, como lo previó Lacan, también los analistas de AE".⁷ Destacamos esta perspectiva como una vía posible, no absoluta, ya que todo practicante del psicoanálisis puede acercar –si vale el término– su subjetividad al deseo del analista, es decir, a hacer existir el psicoanálisis.

7 *Ibíd.*

Más allá de lo terapéutico

Dentro de las variaciones que la cura analítica nos presenta, se destaca la relación entre el efecto terapéutico y su más allá. No se trata de una consideración metafísica ni mística, sino que, en un sentido fuerte, el más allá del efecto es lo terapéutico mismo; de esta manera nos queda aislado lo terapéutico. Llegamos así a una formulación de J. Lacan, en su “Proposición”;¹ allí ubica que aislar lo terapéutico es la condición para que un análisis pueda tener un fin. ¿Cómo entender este aislar? Es una pregunta que nos lleva a considerar un deseo en posición opuesta a la “neutralidad” homeostática de esperar resultados. Así, Lacan sitúa tempranamente en su enseñanza que la posición de Freud con respecto al tema está marcada por una experiencia original (nunca antes se había analizado a alguien). Principio original, que funda. En esta línea cada cura es original e inaugural y, a su vez, cada una implica el pasar por el tema de aislar lo terapéutico. Además, Lacan sostiene que Freud en su ir más allá, por ejemplo, de la resistencia (recordemos que Lacan precisa que la misma se encuentra del lado del analista), establece un resorte de la terapéutica y, justamente, ubica la sugestión, en primera instancia, como renuncia. Renuncia habilitante que permite una integración del sujeto a aquello de lo que está separado (por

1 Lacan, J., «Proposición del 9 de octubre de 1967 acerca del psicoanalista de la Escuela», en *Momentos cruciales de la experiencia analítica*, Manantial, Bs. As., 1987.

la resistencia). Entonces, en la ligazón sugestión-resistencia, el más allá se sitúa en la vía de integración del inconsciente. O, dicho en otros términos, el inconsciente transferencial (expresión desarrollada por J.-A. Miller) es ya una condición de principio para aislar lo terapéutico en el sentido dado por Lacan en su "Proposición".

Lo duradero

Consideremos ahora la perspectiva de los efectos terapéuticos bajo la pregunta de su duración. Efectos del análisis, en su inicio, duración y terminación. Cabe sostener la relación entre efecto y un saber hacer con él, un saber hacer en la vida que no anula la posibilidad traumática que, de por sí, sería o es un límite a lo duradero.

Exploremos esta cuestión desde dos polos: uno de mínima, y, otro, de máxima. Por el lado inicial tenemos que, cuando se logran (no son automáticos), estos no son ajenos a la sugestión, pero son producto de que el analizante ubica su división en relación al Otro (movimiento homólogo a la discontinuidad del sujeto en lo real), apaciguamiento, efecto terapéutico de la construcción de un otro en Otro donde se aloja. Pero vale la pena preguntarse qué se aloja.

Volvé sugestión, te perdonamos

Para pensar la consideración señalada en el punto anterior, recurramos nuevamente a Lacan, quien en su Seminario sobre *Las formaciones del inconsciente*, más precisamente en su clase titulada "Transferencia y sugestión",² sostiene que para Freud la transferencia es sugestión. La pregunta es qué hace el analista con ella, ya que justamente la transferencia es análisis de

2 Lacan, J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As., 1999, p. 435.

la sugestión. En este sentido, el análisis mismo implica una segunda articulación de lo que la sugestión impone al sujeto, ya que toda demanda implica la sugestión. Instituir la relación analítica es una respuesta a los efectos de sugestión, a los efectos terapéuticos. Dicho en otras palabras, al dejar instituir (ser tomado como Otro) el lazo transferencial que sitúa las vías del inconsciente, estamos haciendo un uso de la sugestión. Círculo infernal, así denominado por Lacan, entre transferencia y sugestión, y su tratamiento implica las maneras de hacer uso, sin cristalizar un poder. A su vez, esta relación o círculo infernal pone en juego una cuestión crucial, se trata de la identificación primaria, es decir, las identificaciones a las insignias del Otro.

Relación transferencia-sugestión que presenta a la práctica una permanente ambigüedad en el campo delimitado entre uno y otro, campo del deseo, en donde puede operar la función del deseo del analista; en principio, simplemente no favoreciendo la confusión entre uno y el otro, con nuestra presencia como Otro, tal como lo resalta Lacan. Un enlace no sin dificultades, pero que, a su vez, implica la articulación a los signos de goce que la presencia del analista (como real) presenta. Real en la experiencia que también ubica las comillas en lo duradero, ya que justamente para que tenga un fin tendrá que aislarse lo terapéutico, pero en el sentido de un desenlace del inconsciente transferencial. Cuestión que, en un sentido, delimita pensar lo terapéutico como una consideración de máxima, que no aísla los efectos, sino su temporalidad, situación un poco fastidiosa, para decirlo con un término que señala Lacan en 1975: "Lo fastidioso, es que todos sabemos que el análisis tiene buenos efectos –que solo duran un tiempo. Esto no impide que sea una tregua y que es mejor 'es el caso decirlo' que no hacer nada. Es un poco fastidioso, un fastidio contra el cual podríamos tratar de ir a pesar de la corriente".³ Tenemos así ubicado un ir más allá, pero de la corriente.

3 Lacan, J., *RSI*, Clase del 8 de abril de 1975.

¿Curamos?

J.-A. Miller subrayó muy acertadamente la diferencia entre considerar el análisis como una experiencia intelectual y el sufrimiento.⁴ Sufrimiento como condición por parte del analizante para obtener una cura y, es más, como condición para llevar adelante un análisis. Pero lo que conlleva esta afirmación es que el analista, entonces, está en posición terapéutica, que implícitamente está la promesa de curación en juego. Tanto Freud como Lacan nunca renegaron de que el psicoanálisis cura, de su condición de terapia, pero justamente situaron la pregunta sobre lo que cura el psicoanálisis, ya que la noción misma de cura crea un problema al psicoanálisis, un problema que se aborda haciendo solidaria la noción de curación con la de síntoma. Y justamente, para que sea viable la cura, el síntoma sufre una transformación, la de constituirse en síntoma analítico; en esta línea, aislar lo terapéutico es condición y, a su vez, posibilidad de la curación de aquello mismo que se genera bajo transferencia.

No para concluir, sino justamente para continuar contra la corriente, es que afirmamos que aislar lo terapéutico es condición de existencia del psicoanálisis en la contemporaneidad.

4 Miller, J.-A., «La ética del psicoanálisis», en *Lógicas de la vida amorosa*, Manantial, Bs. As., 1991.

Nudo de experiencia*

Introducción

El recorrido presentado tiene como referencias principales los escritos de J. Lacan “Posición del inconsciente” y “Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista”, ambos se articulan con los desarrollos del seminario *Los cuatro conceptos fundamentales*. En dichos textos encontramos ubicado el nudo entre transferencia y deseo del analista. Nudo de experiencia que se define en cada análisis. Recorrido que nos sitúa en un momento particular de la enseñanza de Lacan, y que nos permite sostener que la relación entre ambos conceptos se juega en cada análisis. Referencia ineludible en la puesta en marcha del dispositivo analítico, da al practicante el marco para sostener una función que sitúa, en cada caso, el camino de reinventar el psicoanálisis.

Sobre la transferencia

De la transferencia, nadie dudaría en afirmar que se trata de un concepto fundamental del resorte, del motor de la cura analítica, y que sobre ella descansan los efectos terapéuticos, pero también su más allá. A su vez, podemos afirmar que hay

* Publicado en la Revista *Lacaniana* N° 8, bajo el título “Hacer existir el psicoanálisis”.

un consenso generalizado en los practicantes del psicoanálisis, no solo los de la orientación lacaniana, sobre su dinámica de posibilidad pero también de obturación –claro está que en este consenso se difiere tanto en su conceptualización, como en su puesta en acto. En un sentido, podemos afirmar: “dime cómo piensas la transferencia y te diré cómo practicas”. Freud precisó su dinámica y es un hecho que Lacan introdujo variaciones; sin embargo, tal como subraya J.-A. Miller, este cambio de, y en, la conceptualización de la transferencia es, al mismo tiempo, estrictamente freudiano.¹

Sobre el deseo del analista. Concepto y función

Con respecto al deseo del analista, no vale lo dicho sobre la transferencia en cuanto a su amplitud de aceptación. Sin embargo, podemos matizar la afirmación precedente sosteniendo que en toda práctica analítica se pone en juego la cuestión del deseo, claro está que las diferencias estriban en orientarse, o no, con la función. Nuestra afirmación no supone la idea de la pureza del operador, sino simplemente la de que la práctica misma no es ajena al practicante. Y sostenemos que su lazo a la misma –vía el deseo del analista– permite tomar una posición de principio, no solo en la manera de poner en marcha el dispositivo, la experiencia, sino a la vez, en su sentido de fundamentar su acción.

Nudo de experiencia

Los textos citados en la introducción contienen claros pasajes con respecto a lo que aquí situamos como nudo de experiencia. Lo que agregamos es que el mismo se define en cada caso; cuestión solidaria, a nuestro entender, con la afirmación de Lacan de que a cada uno le toca reinventar el psicoanálisis.

1 Miller, J.A., “La transferencia de Freud a Lacan”, en *Recorrido de Lacan*, Ed. Hacia el tercer encuentro del Campo freudiano, Bs. As., 1984.

No se trata de creación sino de anudar un deseo de existencia del psicoanálisis a una demanda transferencial.

En síntesis, podemos sostener que reinventar es el nudo mismo. Claro está que su instalación no asegura de por sí el desarrollo de la cura, se tendrán que procesar las inercias de la repetición, los efectos de verdad, el goce del inconsciente, etc. Lo que sostenemos en estas líneas es que es condición de posibilidad, ya que, sin la producción de empalme, no sería posible el desenlace que llamamos fin de análisis, conclusión de la relación de transferencia. Conclusión que no lleva al analizante a un punto cero, sino a lo singular de un desenlace alcanzado, donde el resto, el cómo vivir la pulsión, y su ubicación, pueden dar cuenta de la conclusión arribada.

En los Escritos

La primera de las referencias tomada para fundamentar nuestros comentarios se encuentra en "Posición del inconsciente" y dice así: "La espera del advenimiento de ese ser en su relación con lo que designamos como el deseo del analista en lo que tiene, de inadvertido, por lo menos hasta la fecha, por su propia posición, tal es el resorte verdadero y último de lo que constituye la transferencia".²

La segunda referencia se encuentra en un escrito breve, de extrema condensación, pero central para ubicar la particularidad del momento de la enseñanza de Lacan al que él mismo identificó como la Excomunió. Se trata del texto "Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista", y dice así: "Pues, lo hemos dicho sin entrar en el resorte de la transferencia, es el deseo del analista el que en último término opera en el psicoanálisis".³

2 Lacan, J., "Posición del inconsciente", *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, Bs. As., 1975, p. 823.

3 Lacan, J., "Del *Trieb* de Freud y el deseo del psicoanalista" en *Escritos 2*, op. cit., p. 833.

Se observa a simple lectura que en ambas citas Lacan coloca el término último, en primer lugar, para referirse a que la transferencia es constituida como efecto del deseo del analista, y en segundo lugar, para ubicar lo que opera en una conceptualización que va más allá de la constitución de la transferencia, es decir, para situar toda operación ligada al psicoanálisis. El segundo término común a ambas citas es el de resorte. Entendemos su significación en varios sentidos; por un lado, como muelle, fuerza elástica, dándonos la idea de plasticidad, pero también como un medio para lograr un fin. Ambos términos refieren a la relación entre transferencia y deseo del analista, y en ambas citas encontramos y resaltamos la idea de nudo que sostenemos. Idea de nudo que es posible verificar en las coordenadas desarrolladas por Lacan en cada uno de los escritos citados. Comentarlas en profundidad excede la intención de estas notas; solamente señalamos que Lacan ubica el concepto de inconsciente como aquello que se valida en la experiencia misma de la transferencia como nudo (el analista forma parte del concepto). Y a su vez, en los desarrollos encontramos el deseo como aquello que articula. Nudo del sujeto al Otro que implica una operación homóloga a la de la constitución subjetiva. Proceso donde la demanda del analizante toma a un semejante (otro) a partir de sus rasgos imaginarios, simbólicos y reales (presencia) y lo sitúa como un Otro a quien demanda que le de aquello que le falta. Claro está que el deseo del analista como X es justamente no presentar, ni dar sentido a estos rasgos (ni ideal ni personal) e implica, si así podemos expresarnos, la docilidad a la demanda de dejarse instituir como Otro. Así, el Sujeto supuesto Saber es la estructura de apertura, de entrada, de enlace que, en un sentido –repetimos– permitirá el trayecto hacia un desenlace ubicado como final de análisis. Trayecto de la verdad al saber, pero de una verdad variable, que no es más que un semblante respecto de lo real⁴ y que, por lo tanto, supone considerar

4 Miller, J.-A., Curso 2006-2007 Inédito. Clase del 22 de noviembre del 2006.

la operación del psicoanálisis desde la perspectiva de que lo verdadero se inscribe en el inconsciente transferencial, en el sentido de que la transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente (tal como es definida en el *Seminario 11*); por lo tanto, las condiciones del nudo con el deseo del analista implican la constitución de una situación artificial donde se repiten las condiciones mismas de la constitución de la historia para el sujeto. Por tanto, sin el ánimo de concluir –ya que las cuestiones aquí planteadas serán retomadas en el próximo apartado– subrayemos que el nudo entre transferencia y deseo del analista se encuentra planteado como una relación constituyente en “Posición del inconsciente”, mientras que, el “*Del Trieb...*”, si bien mantiene la relación constituyente, ubica al deseo del analista no solo como operador sino como aquello que en último término opera en el psicoanálisis, es decir, tanto en su práctica, como en el desarrollo de los conceptos y en lo institucional.⁵ Es decir que, afirma la relación constituyente, pero además su más allá.

*La transferencia es la puesta en acto
de la realidad del inconsciente*

El conocido aforismo de Lacan nos indica en su formulación explícita dos de los cuatro conceptos fundamentales (transferencia e inconsciente); pero en él también se encuentran implícitos los restantes, ya que al decir “es la puesta en acto” se está refiriendo a la repetición, y, al sostener que hay una realidad del inconsciente, no solo está la conexión con la sexualidad, sino también con la pulsión. Es un aforismo que sorprende, y nuestra hipótesis de lectura es que esta definición sobre la transferencia se sostiene y se explica en tanto Lacan conceptualiza el deseo del analista como concepto y

5 Hemos desarrollado este punto con más amplitud en *El deseo del analista una cuestión de horizonte*. Cuadernos del Instituto Clínico de Buenos Aires, 2005.

función. En qué sentido decimos que sorprende: por un lado, al decir “realidad del inconsciente” incluye en la determinación significativa, la realidad sexual, y además, con realidad se opone a pensar la transferencia como ilusión o como repetición. En relación a “la puesta en acto” tenemos la actualización constante (satisfacción) de la inercia pulsional. Y con acto se refiere a poner en acción, es decir, en posición de causa, al deseo sexual del analizante implícito en su demanda. Pero, lo que destacamos como sorpresa, es que corresponde al analista, más precisamente, al deseo del analista, el poner en acto la realidad del inconsciente, cuestión fundamental para pensar la relación de nudo entre transferencia y deseo del analista.

Cuatro referencias al nudo

Las referencias que, a nuestro entender, fundamentan el nudo entre transferencia y deseo del analista en el seminario *Los cuatro conceptos...*, son:

- Capítulo 12, “La sexualidad en los desfiladeros del significante”, págs. 163, 166-167.

- Capítulo 18, “Del sujeto que se le supone saber”, págs. 239, 243.

- Capítulo 19, “De la interpretación a la transferencia”, págs. 261, 263.

- Capítulo 20, “En ti más que tú”, págs. 281, 282, 284.

La primera de nuestras citas (remitimos al lector a la pág. 163 del seminario) ubica el deseo del analista bajo una complicación: la relación entre deseos (analista-analizante); más precisamente, se ubica al deseo como empalme en el campo de la demanda, es decir, por un lado, la realidad del inconsciente a través de la demanda que dirige el sujeto, y por el otro, la respuesta en acto, posibilidad de anudar ese deseo implícito al deseo del analista. Operación de empalme en transferencia; dice Lacan: “es un poco más complicado”, en tanto la constitución del sujeto supuesto saber, implica que el analista no va a retroceder frente al deseo. Por un lado, no

retroceder ante el resto metonímico que circula articulado a los significantes de la demanda, resto de lo insatisfecho. Y por otro, no presentar un ideal, un valor, un rasgo de identificación. Allí es donde se articula (en la respuesta) deseo y psicoanálisis, que posibilitará conducir al sujeto a la construcción de saber como respuesta singular. Por lo tanto, de esta primera referencia, subrayamos la idea de empalme como el nudo que inicia y que posibilitará el desenlace, y el deseo del analista como el operador de posibilidad para incidir en lo real desde lo simbólico.

Pasemos ahora a la segunda de nuestras referencias (pág. 239). La misma ubica la cuestión de la formación del analista y, sobre ella, Lacan sostiene que el analista debe saber en torno al movimiento de la cura “el proceso por donde conduce a su paciente”, y que el punto axial que produce este movimiento es el deseo del analista. Este saber del analista, obtenido por la vía de la experiencia (el análisis) y la transmisión. Se trata de un saber operar convenientemente sobre, y en, el nudo del deseo del analista como siendo aquello que relaciona (en el sentido fuerte del término) la práctica, el desarrollo conceptual y lo institucional. Creemos leer aquí lo que años más tarde culminará en su propuesta del pase, como mecanismo exterior a la relación de transferencia que permite verificar la relación entre experiencia y transmisión. Ahora bien, Lacan partirá de la fenomenología de la transferencia para ubicar el “hacha de doble filo” (pág. 243) con la que denomina al deseo del analista. Desarrollo que no es ajeno –creemos– a la intención de Lacan de despertar a los analistas de la familiaridad a la transferencia, ubicando el deseo como el punto nodal del fenómeno y advirtiéndolo que la constitución del sujeto supuesto saber no es garantía, de por sí, ya que el analizante no le concede el lugar de ser objeto de la transferencia de entrada.

A lo expuesto, agregamos la cuestión señalada por Lacan: “la inercia de lo que hay detrás de lo que se formula primero” (pág. 243). Uno puede pensar en la inercia de la pulsión (y esta seguramente está en juego), pero se trata de la inercia de las identificaciones, la inercia de que el sujeto busca en el Otro

lo que le falta. Hay una falta que nadie ni nada puede colmar; en este sentido, la desaparición de la demanda es homóloga al asumir la castración o lo que Lacan ubica como destitución subjetiva.

A partir de los desarrollos señalados, podemos entender más claramente lo que Lacan sitúa en “De la interpretación a la transferencia” (capítulo 19), cuando reanuda la discusión sobre la transferencia diciendo que esta solo puede pensarse a partir del sujeto a quien se le supone saber; efecto de alienación en el que se articula la relación del sujeto con el Otro. Pero, en tanto es articulación de la división del sujeto al deseo del analista, a pesar del engaño del amor, la respuesta del analista (sostenida en hacer existir el psicoanálisis) enmarca las posibilidades, aunque “...deberíamos fijarnos en el esclavo cuando se trata de delimitar lo concerniente al deseo del analista” (pág. 263).

Para terminar, ubiquemos nuestros comentarios en la última clase del seminario. Allí, Lacan sitúa su enseñanza, desde los inicios, bajo la pregunta: ¿qué orden de verdad genera nuestra praxis? Praxis sostenida en los conceptos fundamentales, pero abierta. Y en el movimiento que sostiene su exploración sobre la transferencia, agreguemos: es su nudo con el deseo del analista, lo que lleva a tener que incluir la cuestión de la pulsión. Incluirla en tanto la relación permanente de verificación desde lo simbólico sobre lo real. ¿Qué seguridad tenemos de que no estamos en la impostura?, es la pregunta articulada por Lacan junto a la anterior. Ambas se mantendrán constantes en su enseñanza. A nuestro entender, ambas preguntas se presentan ante cada cura y es en estas líneas que articulamos el nudo entre transferencia y deseo del analista bajo el axioma: a cada uno le toca reinventar el psicoanálisis.

Ahora bien, en su exploración sobre la transferencia, continúa con el cuestionamiento a la idea de liquidación de la misma al final del análisis, y plantea que se puede pensar la liquidación del sujeto supuesto al saber, ya que el analizante queda él mismo, ya sin supuestos, con un problema frente al saber, efecto de un trayecto: “...si la transferencia es aquello

que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión" (pág. 281).⁶ Trayecto que, en esos momentos de su enseñanza, es del orden de la transformación de la verdad generada por la práctica y responde a la inquietud por la impostura.

Deseo del analista que no es un deseo puro, entre otras razones, porque se anuda a la transferencia con el objetivo de obtener la diferencia absoluta, aquella en la que el sujeto llega a enfrentarse con el saber sobre su determinación significativa primordial y con sus condiciones de goce. Y, en este punto, tenemos la última referencia al deseo del analista, con la cual Lacan da sus palabras de cierre al seminario. "Solo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir". (pág. 284). Sin el ánimo de cerrar la afirmación de Lacan, solo diremos que ese lugar, es el del saber hacer con el síntoma, ya que la afirmación de Lacan se corresponde con la pregunta de cómo vivir la pulsión después del final del análisis. Si no hay pulsión sin síntoma, no hay amor que la anule, por lo tanto, queda el cómo vivirla. La elección por vivir la pulsión arreglándose con su insistencia de satisfacer el goce. Un amor sin el límite del goce.

Hacer existir el psicoanálisis

Tal como sostiene J.-A. Miller en su curso actual,⁷ la existencia del psicoanálisis es un hecho, su práctica ha cumplido un siglo, existe su historia, sus instituciones, los psicoanalistas y los analizantes y aquellos que anhelan entrar en análisis. Es un hecho y su interpretación varía, se transforma, con el transcurso del tiempo. Pensamos que, en este tiempo, el

6 Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1986.

7 Miller, J.-A., *La Orientación Lacaniana*, curso del miércoles 19 de marzo del 2008. Inédito.

deseo del analista, como aquello que permite operar convenientemente, es un recurso para que lo preliminar del hecho se torne principio, hacer existir el psicoanálisis. Después de todo, los efectos y las consecuencias de la práctica del psicoanálisis son las bases de su condición de posibilidad en lo contemporáneo, y así, a cada uno le toca, como sostuvo Lacan, reinventar el psicoanálisis; es en esta línea que afirmamos que en cada nudo de la transferencia con el deseo del analista está su condición de hecho y su condición de posibilidad. Que en cada nudo se gesta la posibilidad de que la demanda inicial se transforme en su desaparición, que el sujeto salga de la misma y no espere nada del Otro. Se trata de la desaparición del propio lugar de la demanda, efecto del desenlace del nudo entre transferencia y deseo del analista.

El deseo del analista

El deseo del analista más allá de la neutralidad*

El tema de “Más allá de la neutralidad analítica” nos presenta más de una vía para su consideración. Trataré, simplemente, en estas líneas, de presentar una de ellas: la relación entre el campo delimitado por el “más allá” y el deseo del analista. Relación que consiste en el saber-hacer existir el psicoanálisis –y no la limito a la práctica del análisis ya que esta relación implica la existencia misma del discurso analítico.

Para ir hacia “el más allá” (obviamente sin esoterismos) conviene ver de dónde viene. Un recorrido sobre el tema en Freud nos indica que las cuestiones relativas a la neutralidad aparecen como una consecuencia lógica de su experiencia y en íntima conexión con la dinámica de la transferencia y las posibilidades que esta brinda a la interpretación. Será a través de la transferencia que verá en la figura de la neutralidad la “garantía” de su instalación, cuestión que puede malograrse por una “actitud moralizadora o comportándose como el representante o mandatario de un tercero”.¹

Señalando esto, y excusándonos de mostrar exhaustivamente tal recorrido; el mismo nos indica “de dónde viene”, y como fue tomada la idea en la historia del psicoanálisis, ya que luego, la idea misma de neutralidad, fue ligada (no por Freud) al término “benevolente”, en tanto implica el supuesto

* Publicado en la revista *El Caldero de la Escuela*, N° 91. Bs. As., 2003.

1 Freud, S., “La iniciación del tratamiento” (1913), en *Obras Completas*, t. XII, Amorrortu, Bs. As., 1989.

de una garantía técnica de objetividad, cuando en realidad, la mayoría de las veces encubre valores morales presentes en su estándar. Sus efectos de identificación permiten encuadrarla en una concepción dual de la cura, que dejaría sin recursos al analizante frente al Otro. Será Lacan quien cuestione esta línea, y quien lleve la noción a otro plano, tanto en sus escritos anteriores al '53, como con posterioridad. Así, al ubicar que la única neutralidad posible es la del deseo del analista, Lacan reubica el tema de la garantía (en el sentido antes planteado) y nos presenta un problema siempre a resolver. Lo sitúa simplemente bajo la conveniencia de delimitar el campo de intervención. En la formulación misma de deseo del analista tenemos la contracción "del": por un lado la proposición "de" que remite al objeto del deseo siempre evanescente, y por otro, el artículo "el", que remite a quien encarna la función, aquel que toma o implica su ser en la causa sin confundirse con ella.

Ubiquemos esta consideración que Lacan presenta en 1964: "...sin entrar en el resorte de la transferencia, es el deseo del analista el que en último término opera en el psicoanálisis".² Se trata entonces de no presentar un deseo (acorde al ideal del practicante) o de neutralizarlo, sino de ubicar allí el acto, a la par que el que opera está ubicado en el discurso en su existencia y no en su identificación o en una nostalgia por la "época" de oro del inconsciente. Claro está que nos queda como horizonte y como problema siempre a resolver qué entendemos por "en el psicoanálisis", por su acción y cómo se opera convenientemente. Tanto el tiempo de preparación como la realización de las Jornadas de la Escuela son la ocasión de poner al día nuestras perspectivas sobre el psicoanálisis.

2 Lacan, J., "Del Trieb de Freud y del deseo del psicoanalista" (1964), en: *Escritos II*, Siglo Veintiuno, Bs. As., 1975.

La aplicación del psicoanálisis: operar convenientemente*

1. El tema

El tema de nuestras XIII Jornadas nos convoca a considerar, a relacionar, síntomas y angustia, con lo nuevo, subrayando lo distinto, lo diferente, de lo conocido y de lo sabido. Empuje que constatamos y que resumimos simplemente, para esta presentación, en el hecho de cómo la época que nos toca vivir nos sitúa en función de las respuestas que demos. J.-A. Miller lo dice claramente: “El psicoanálisis no existe en el cielo de las ideas, existe por nosotros, con nosotros”.¹ Ahora bien, el dar respuestas trae aparejada la alternativa entre operar sobre lo nuevo o refugiarnos en nuestras tradiciones. Tomando la primera de las opciones, ubicamos las nuevas aplicaciones del psicoanálisis; considerando, por un lado, la óptica señalada por Lacan al decir que a cada uno le toca reinventar el psicoanálisis y por otro (en íntima relación) que desde la singularidad, cada caso es paradigmático, tanto en lo sintomático como en la angustia.

* Presentado en “Nuevos síntomas nuevas angustias” XIII Jornadas anuales de la EOL. Noviembre 2004.

1 Miller, J.-A., “Improvisación sobre *Rerum Novarum*”, Revista *Lacanianana de Psicoanálisis*, N° 2, Bs. As., 2004.

2. *Lo nuevo*

Lo nuevo siempre es contemporáneo y plantea al psicoanálisis el interpretarlo, tanto a nivel del uno por uno, como a nivel de las tendencias del mercado. En estas coordenadas escuchamos variaciones de la demanda: curen los síntomas, acallen la angustia. Variaciones que ubico en una tendencia que empuja a la desaparición del psicoanálisis. Entonces, la interpretación que conviene es tomar posición frente a las demandas del mercado, frente a los intereses del mismo y también frente al “destino” que el mercado le plantea al psicoanálisis. Una resistencia activa, como señaló y desarrolló Eric Laurent en su conferencia “La imposible adaptación del psicoanálisis a las normas de evaluación”. Normas de evaluación que un autor de ciencia-ficción, Philip Dick, en muchas de sus novelas, aborda desde el tema del entrecruzamiento de la subjetividad con las determinaciones y manipulaciones producto de los amos del mercado. Encontramos allí una ficción que nos presenta y que nos acerca de manera brutal a las consecuencias de una sociedad del no-todo cuya finalidad es generar beneficios a las megaempresas, donde se destacan los laboratorios productores de fármacos y la omnipresencia a través de mecanismos de regulación y control cuya aspiración es borrar todo vestigio de subjetividad. No faltan en ellas –las novelas de Dick– las terapias dirigidas y los decretos que anulan la existencia del psicoanálisis, pero tampoco faltan en ellas psicoanalistas portátiles, asesores y portavoces del mejor de los mundos posibles. La ficción de Dick no es lejana y la aplicación del psicoanálisis, su actualización, preservando el núcleo analítico de la práctica, es nuestra interpretación y nuestro desafío. Esto nos implica de muchas maneras; destaco una señalada por Graciela Brodsky: “Es necesario que se sepa más allá de nuestra parroquia quiénes somos, cómo practicamos y qué se puede esperar de nuestra acción”.²

2 Brodsky, G., “Discurso de Comandatuba”. Extraído de la web de la AMP: <http://www.wapol.org>

3. La anticipación de Lacan

Tomo dos preguntas como ejemplo de la extraordinaria anticipación al momento actual por parte de Lacan en 1964.³ La primera: ¿puede el analista cobijarse en esta antigua investidura (se refiere al sacerdote y también al médico), cuando, laicizada, se dirige hacia una socialización que no podrá evitar ni el eugenismo, ni la segregación política de la anomalía? La segunda: ¿tomará el psicoanalista el relevo, no de una escatología, sino de los derechos de un fin primero? Lo nuevo, la socialización que no podemos evitar. Pensemos un minuto en las manifestaciones y las consecuencias que se nos presentan de las aplicaciones de las leyes biológicas de la herencia (generación) para el perfeccionamiento de la especie humana. Ni hablar de los efectos de segregación. Pero, lo que me interesa destacar en estas notas es la pregunta: ¿tomará el psicoanalista el relevo, no de una escatología, sino de los derechos de un fin primero? Si vamos por el lado de la escatología, ¿a qué se refiere Lacan?; se trata de la diferencia con la religión, con la conversión del psicoanálisis en una mántica (es decir un conjunto de ritos y prácticas adivinatorias) ya que esto tiene afinidad con lo escatológico, no del lado del tratado de cosas excrementicias, sino más bien del conjunto de creencias y doctrinas referentes a la vida de ultratumba. A esta perspectiva opone los derechos de un fin primero.

¿Tomará el psicoanalista los derechos de un fin primero? Este es el desafío del psicoanálisis, de su existencia como tal, en tanto su lugar en la cultura, en gran parte, depende de los psicoanalistas; y no podemos cobijarnos en las vestiduras señaladas y –agreguemos– tampoco cubrirnos en la tradición de la figura silenciosa del psicoanalista. Es decir, lo nuevo interroga la figura laicizada del analista. Una figura que el discurso de la ciencia tiende a llevar al eugenismo, a ponernos al servicio de mejorar la especie humana, en el plano de la

3 Lacan, J., “Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista”, *Escritos II*, Siglo XXI editores, Bs. As., 1975.

salud mental, una figura que el discurso capitalista convoca para ser agente de una política segregativa de la anomalía. El psicoanálisis no podrá evitar estos hechos: pero, seguramente no debe convertirse en su portavoz. Propongo así oponer a la tendencia del psicoanalista portátil (extraída de una ficción, pero constatada) el analista extraño. Tomo esta segunda expresión del curso de J.-A. Miller, donde dice: el analista “que solo puede operar (lo subrayo) a condición de responder él mismo a la estructura de lo extraño”.⁴ Relaciono y articulo la definición de Miller con la pregunta de Lacan y, aun a riesgo de condensar demasiado, sostengo que un fin primero remite a la posición del analista y que toda posición deviene de un deseo. Por lo tanto, la aplicación del psicoanálisis como fin primero implica el deseo del analista. Conexión entre el fin primero y último, ya que el analista, del lado de la estructura del analizante, se pone en juego en la coyuntura de entrada, no solo en la obtención del sujeto como respuesta, no solo en la significación del inconsciente (apertura y cierre), no solo en la constitución del sujeto supuesto saber, sino que también, de entrada, está en juego en su ser pulsional, vía la satisfacción sustitutiva que está implicada en el síntoma o señalada con su angustia. Todo esto nos habla del fin último en el fin primero. Llegar al saber singular que llamamos fantasma y que es una articulación entre:

(\$	◇	a)
Castración		Goce pulsional

4. ¿Y en última instancia qué opera?

Formulo la pregunta en tanto tengo una respuesta, y la misma remite a la página 833 de los *Escritos*: “Pues, lo hemos dicho sin entrar en el resorte de la transferencia, es el deseo del

⁴ *Ibíd.*

analista el que en último término opera en el psicoanálisis”.⁵ Subrayo el ‘opera’ y agrego que esta definición se encuentra en relación a lo que antes ubiqué como la anticipación de Lacan. Destaquemos, en extensión y, en intensidad “en último término opera” y sostengámoslo en, y con, la dimensión clínica, en, y con, la política y en, y con, la epistémica. Tomemos esta definición como una tesis y en toda su dimensión operativa. Definición que se encuadra en el desarrollo de la enseñanza que en escritos y seminarios realiza Lacan sobre el programa que enuncia en estos términos unos años antes (1958): “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista”.⁶ El ‘está por formularse’ del ‘58 se irá gestando y de allí es donde extraigo que el programa de Lacan implicó, e implica, una ética bajo la égida del deseo del analista, no solo en el cómo operar, sino como operación y también como aplicación del psicoanálisis. Una ética, desde esta perspectiva, implica que estamos incluyendo, pero también y, fundamentalmente, que estamos incluidos en el campo de una praxis, en la búsqueda de respuesta (interpretación) a los emergentes de crisis de sentido; también supone una respuesta al pragmatismo y al utilitarismo, a los efectos de la ciencia y de la política. Una ética, lo subrayo, por supuesto, nos implica con relación a conceptos cargados de significación tales como: enfermedad, discriminación y angustia. A todo esto, y más, al decir una ética bajo la égida del deseo del analista, ubico la aplicación del psicoanálisis en tanto la misma es un juicio sobre nuestra acción, en la “medida de nuestra acción”, como sostiene Lacan.

5 Miller, J.-A., *Curso de la Orientación Lacaniana*, Clase del 16 de junio del 2004. Inédito.

6 Lacan, J., “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *Escritos II*, Siglo XXI Editores, Bs. As., 1975.

5. *Los principios del fin primero*

Aclarar nuestros principios implica poder deducir nuestra acción y el marco de nuestro acto, es decir, situar las coordenadas para alojar la indeterminación del sujeto. Así, se puede aplicar una práctica que mantenga la puerta abierta a lo singular y no a parámetros estandarizados. Así se sostiene nuestra práctica ante los nuevos síntomas y angustias que presentan, justamente, la particularidad de los goces, pero no desde el sufrimiento, sino desde un estado de conciencia escéptico (tomando la expresión de Hegel) o, dicho de otra manera, que nos presentan un goce desarticulado del decir y del deseo.

6. *Lo preliminar: una posición de principio*

El lugar para el psicoanálisis que posibilita el lazo analítico es una posición que no es ni de rechazo, ni de autoexclusión. Esta acción nos presenta el desafío de cómo tomar la cuestión del sentido en aquellos casos que se presentan como habiendo llegado a un sin sentido o desde un desierto de sentido, presentado en el trastorno y no como consecuencia del recorrido de su síntoma.

J.-A. Miller, en su curso sobre *El lugar y el lazo*, cuando toma la disyuntiva entre repetición e inercia, señala una orientación que relaciono con la herramienta fundamental ante lo nuevo, las entrevistas preliminares. Si lo nuevo se ubica bajo la inercia imaginaria que condensa lo real, una posición de principio implica llevar esa imagen al decir y a los dichos y esto es, en un sentido, una operación inicial de dirección de un fin primero. La paradoja de estos casos es que nos presentan un estado –diríamos– de aparente final de análisis sin haberlo atravesado, una verdad que no ha pasado por el saber, por la construcción de saber, una verdad desconectada del síntoma. Clínicamente observamos, y tenemos que operar, con un individuo prendido a una imagen de un trastorno que no remite a nada (ej., el ataque de pánico) que presenta el goce pulsional,

la satisfacción pulsional, si así podemos decir, en un estado puro. Pasar de la inercia a la repetición: un pasar por el sentido y, servirnos de él, para ir más allá, vía el síntoma.

De lo expuesto concluyo: operar convenientemente con, y desde, el deseo del analista, para hacer existir, ante lo nuevo, el psicoanálisis, generando las condiciones de posibilidad para su aplicación. Y desde ella, relanzar, una y otra vez, el deseo extraño del analista, en la transformación del psicoanálisis.

Pruebas y marcas sobre el deseo del analista¹

Con este título quiero introducir en la conversación un aspecto, un eje, y a la vez, un rasgo de nuestra tarea. No el único que, a mi entender, ayuda en la búsqueda, entre los miembros de la Escuela, a quien recomendar su posible nominación como AME (Analista Miembro de la Escuela). Insisto, no es la única vía, pero no carece de peso.

No me detendré demasiado en la cuestión de las marcas ya que entiendo que las mismas se verifican a través del dispositivo del pase; es el idóneo para tal fin. Los nominados como AE (Analista de la Escuela) y sus testimonios nos transmiten sus marcas. Esto no es condición absoluta para nuestra recomendación, pero tampoco debemos dejarlas de lado. Es decir, simplemente, nosotros como Comisión de la Garantía, podemos servirnos de ellas.

Ahora bien, como marco, solamente recuerdo que si los diferentes títulos y nominaciones (AE, AME, AP) señalan que hay personas que funcionan como analistas y que dan pruebas, esta constatación de la función no asegura la existencia del analista, sino que la hace probable.

Si por el lado del pase tenemos un imperativo de demostración de existencia y de emergencia de la marca y no solo de la prueba del deseo del analista, la marca señala una consistencia sobre la causa analítica. ¿La prueba no es también un indicador?

1 Trabajo presentado en la Noche de la Garantía de la EOL, 2012.

Además, si el pase es poner en juego lo que le costó a cada uno conformar su deseo al deseo del analista (como sostiene J.-A. Miller), sumado a la consideración de las bases neuróticas sobre el deseo del analista, estas bases no jugarían solo en relación a las marcas sino también en las pruebas. Entonces, esquematizando:

Marcas → Prueba directa, explicitación en el Testimonio

Pruebas → Tenemos que inferir a partir de ellas. Suponemos la existencia de las marcas.

Entonces, desde este esquema, presento el tema que es partir de la idea, y de una definición de lo que entiendo sobre el deseo del analista. Con la salvedad de pecar de reduccionista, diré que entiendo al mismo como el deseo de hacer existir el psicoanálisis, y esto lo ubico tanto en la práctica, en la política, como en relación a la teoría del discurso analítico. Es más, sostengo que, en un sentido, el deseo del analista anuda las tres cuestiones señaladas.

Ahora bien, ¿de qué significaciones me sirvo para hablar de prueba? Por un lado, de los efectos de la acción que muestran, para el caso los miembros de la Escuela, ya que en esa acción tenemos la razón, la demostración, los documentos, a través de presentación de casos, sus intervenciones, sus artículos, una diversidad donde se puede inferir las maneras de hacer existir el psicoanálisis. Me atrevo a considerarlas como maneras de testimoniar sobre su deseo. También, como analogía, podemos pensar la prueba en fotografía: es negativa cuando los claros y los oscuros salen invertidos y positiva cuando los volvemos a invertir. Al fin, quedan en el negativo las reales luces y sombras. Pero, también, cuando se dice “da prueba”, se hace referencia a aquello a lo que se aplica la consistencia y/o firmeza de una cosa o cuestión, de un deseo.

Simplemente para terminar, diré que sostengo que es posible obtener las pruebas; pero para ser más precisos, no se trata de obtener, sino de leer entre líneas sobre lo producido

por el miembro. Leer y escuchar en la conversación interna de la comisión los efectos de las mismas en los colegas; y digo conversación, porque la misma tiene un fin, una finalidad, destacar los nombres a proponer en el devenir de la Escuela y su incidencia en la ciudad.

La Escuela

I

Después de haber tenido cinco reuniones de este ciclo y de que se hayan presentado más de catorce intervenciones, a las que se han sumado numerosas participaciones, puedo inscribir este comentario en el clima de apertura generado. Además, esta vectorización de producción y elaboración sobre los temas que nos conciernen como Escuela –es mi impresión– se desarrolla, no desde una posición u óptica de fin de la historia en la que los conceptos que se debaten no se nos presentan desde una “forma pura”, sino en su desarrollo o, como los ubica J.-A. Miller al final de la clase del 13-12-89, página 116: “Todos los conceptos analíticos son del registro del querer ser”. Además, considero una suerte que me haya tocado intervenir sobre la clase VII, “Los cuatro conceptos”, en tanto en ella J.-A. Miller –es mi lectura– decanta una posición que se traslucía en las clases anteriores, y me permite poner a discusión mi punto de vista; no le doy al mismo un carácter dogmático y lo situó bajo el axioma de que todo lo que exponga puede ser dicho y pensado de otra manera, desde otro ángulo; pero, sí, al decirlo de una forma se toma en ella partido, es decir, hay implicada una elección y la inscribo en

1 Presentación realizada en el ciclo de comentarios sobre el Curso de J.-A. Miller, *El banquete de los analistas*. Publicado en *El Caldero de la Escuela* N° 88, Bs. As., 2002.

la afirmación que da J.-A. Miller en este curso –remito a la página 127– donde sostiene que el problema en el psicoanálisis es que nada de lo que se pueda decir impide que se siga con el festín. Por lo tanto, sintetizo este primer punto diciendo que no es obviamente mi intención poner fin al festín sino tratar de situarme en la orientación que da J.-A. Miller al mismo.

II

Al titular esta intervención “1964”, quiero señalar que el nudo, la trama a la que se refiere, no se limita al desarrollo del *Seminario 11*; por supuesto, lo incluye y subraya las “operaciones epistémicas” que desarrolló Lacan y que son razonadas por Miller en este Curso. Pero, además, en 1964 situamos las consecuencias de “La excomunió”, el “Acto de fundación” y la “Proposición de 1967”. Esta última, no coincide temporalmente; pero, desde ella, retroactivamente, se ordenan una serie de cuestiones. Destaco que en la página 49 del curso, Miller plantea que 1964 anticipa la relación necesaria entre el crecimiento de la extensión y el vacío de la intensión (elementos y coordenadas, por cierto, de una renovada actualidad para el devenir de la AMP). También, me permito agregar a la trama 1964, la referencia a un texto de Lacan que está en los *Escritos*, “Del *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista”, y no solo tomarlo por las definiciones que allí encontramos sino, porque me permite situar una matriz para ubicar este nudo que titulamos “1964”, crucial para la historia del psicoanálisis; y, al decir historia, no estamos en la perspectiva del pasado, sino del presente y futuro del mismo. Además, esta matriz –repito, provisoria– me permite ubicar lo que considero es la operación de orientación que desarrolla J.-A. Miller en este curso que tituló *El banquete de los analistas*. Nudo en la historia del psicoanálisis, en tanto se extraen de él las lecciones que conllevan la puesta en forma de los principios (no solo por sus inicios) políticos, epistémicos y clínicos, en su lógica, es decir, los principios de lo que funda y fundamenta una acción. Ac-

ción que, para ubicarla en las referencias de 1964, situamos como los principios de la praxis, los principios de los conceptos (en su estatuto no definitivo) y los principios de la Escuela. Los correlaciono con el desarrollo que hace Miller, quien al principio de su curso dice: “En el banquete de los analistas me propongo seriamente examinar cómo se articulan los tres órdenes de relación que un analista mantiene con sus analizantes, con el psicoanálisis y con los analistas” (p. 12). Escribimos la correlación establecida:

1964	1989	2001
Principios de la praxis	Relación a los analizantes	Eje clínico
Principios de los conceptos	Relación con el psicoanálisis	Eje epistémico
Principios de la Escuela	Relación con los analistas	Eje político

III

Escribimos ahora la matriz que nos permite plantear algunos comentarios sobre la clase elegida, sin el ánimo de agotar las derivaciones y declinaciones de la misma.

Freud	<i>Trieb</i>	Asociación
↓		↓
Lacan	Deseo del analista	Escuela
↓		↓
Miller.....	Orientación Lacaniana	Realización

Es posible establecer relaciones en las líneas verticales y en las horizontales. Por ejemplo, se puede ubicar en el primer eje horizontal cómo Miller toma los desarrollos freudianos y decir que tienen el estatuto de prueba de verdad para su “re-

construcción" de los problemas subyacentes en la enseñanza de Lacan. Recordemos que en "Lacan clínico", Miller afirma: "Yo muestro no al profeta clamando a todos los vientos sus certezas, sino a un Lacan que se da réplica a sí mismo más que a nadie y que nunca es tan afirmativo como cuando se desmiente a sí mismo". Lo que me interesa destacar, es el corte ubicado en las tres líneas horizontales y, sobre esto daremos algunas consideraciones. Entre los elementos que pone en juego Miller, en el corte producido en la relación de Lacan con Freud en 1964, en esta clase VII de *El banquete...*, destacaremos: "... la determinación extremadamente firme por parte de Lacan de no conocerlo", teniendo en cuenta que Lacan no solo era curioso sino que, en correspondencia con su estructuralismo, el hecho de ver por sí mismo tenía un valor fundamental". Enlacemos esto a lo que, en clases anteriores (por ejemplo, página 58), cuando Miller introduce la cuestión del deseo analista, opone la cercanía de Lacan a Freud durante el periodo de "Retorno" y ubica la posición de Lacan en 1964 como la de aquel que busca con una "preocupación ligeramente maliciosa", en Freud, los puntos de debilidad. Sirvan estas cuestiones para resaltar la compleja relación de transferencia que Lacan mantuvo con Freud; que podemos ubicar en el nudo 1964 para establecer el eje de los principios políticos; se trata de la constatación, por parte de Lacan, de que Freud estaba muerto a partir de la degeneración de la IPA. Subrayo, entonces, que en ese contexto es donde Lacan introduce el deseo del analista en oposición al *Trieb* freudiano.

IV

Respecto de "El *Trieb* de Freud y del deseo del psicoanalista", vemos que no se trata de un escrito extenso, sino que, por el contrario, implica una extrema condensación. Además, es un texto que nos remite a Roma (como "Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis") ya que es un resumen de una intervención realizada por Lacan en enero de

1964, justamente unos pocos días antes de iniciar *Los cuatro conceptos...* De este escrito, no solo resaltamos la oposición entre *Trieb* y deseo del analista, sino además que este es definido como lo que en última instancia opera en el psicoanálisis. Y, en mi lectura, veo que Lacan retoma esto en la clase sobre la Excomuni3n, donde se pregunta en qu3 está autorizado a ense1ar y transmitir el psicoanálisis (remito a la página 14 del Seminario) y verán que la pregunta que encuadra esta reflexi3n es: ¿qué es una praxis?; pero, la segunda pregunta, la que cierra el apartado, es: ¿cuál es el deseo del analista?, y qué ha de ser para que ‘opere’ de manera correcta. Resumiendo desde estas articulaciones, propongo a la discusi3n que en el ‘opere’ se puede leer la posici3n de Lacan en tensi3n a lo que él define como la pulsión tal como es construida por Freud. La reconstrucci3n que desarrolló Lacan en su seminario sobre el concepto de pulsión, me parece, demuestra el corte epistémico con Freud; ya no se trata del Retorno, sino de –repetimos– un corte, pero que no implica una disyunci3n.

V

Pasemos a la tercera de las líneas de la matriz. Tomando lo que Miller sostiene en la primera de las lecciones de *El banquete...*, poniendo en claro que su intenci3n es hacer volver a los que lo están escuchando (agreguemos a los que lo estamos leyendo) a ese momento crucial de 1964 y al seminario *Los cuatro conceptos...*, cuando se produjo, pocos días antes de la última lecci3n de Lacan, la creaci3n de su Escuela, en la que todavía estamos. De aquí se desprenden por lo menos tres puntos, que son retomados en la VII lecci3n del curso. Primero, la clara intenci3n de J.-A. Miller. Segundo, que la misma implica que el nudo crucial 1964 no se reduce al dictado del seminario *Los cuatro conceptos...* Tercero, la Escuela en la que todavía estamos. Tomo esta cuesti3n como que hay una continuidad de realizaci3n, más allá de la discontinuidad de los intentos institucionales, y que, a su vez, realizaci3n se opone

a la idea de que estaríamos en relación al concepto de Escuela en el fin de la historia. De esta manera señalo por qué ubiqué en la matriz el término de realización para situarme en la operación que orienta Miller.

Con respecto al corte entre Asociación y Escuela, me parece que el mismo se ve claramente cuando Miller (página 125) sostiene que, la primera, responde al deseo de Freud, a una estrategia del padre del psicoanálisis, y que Lacan no se apoya en ella para la creación de su Escuela. Su Escuela, su propio Banquete, no está amparado en el Retorno a Freud. Ya no se trata de una desviación a encauzar, sino –me atrevo a agregar– del deseo de Lacan como deseo del analista que articula su enseñanza y su praxis con la Escuela.

VI

Por lo tanto, tenemos en un marco de Banquete a estas noches en la EOL, noches “De la orientación lacaniana” y entiendo que no se trata de participar desde una posición erudita, sino de intentar poner en juego lo que se articula en él, el lazo social que establecemos y cómo lo sostenemos. Y en esta articulación de la mesa del banquete, una mesa de tres patas (ejes epistémico, político y clínico), a la cual no se le puede sacar una sin el riesgo de caída. Pero siguiendo con la analogía, también debemos tener en cuenta que la mesa siempre tiene una tendencia a caerse, en tanto lo real no se deja “atrapar”; por lo tanto, entiendo la “orientación lacaniana” como la manera de tratar lo real en el lazo social del banquete de los analistas; cómo tratar lo real que aparece en la diversidad de puntos que tocan la formación de los analistas, garantía, pase, tendencias a la “igualdad democrática”, efectos de grupo, y las diversas manifestaciones hacia la homogeneización que tienden a nivelar hacia la pulsión de muerte.

**Sobre el libro *Lacan. Un esbozo de una vida,
historia de un sistema de pensamiento*,
de E. Roudinesco***

Presentación

Nuestro comentario sobre el libro *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, se encuadra dentro de la generalidad denominada historias del psicoanálisis, y conlleva las preguntas sobre el sentido de la historia¹ y, más específicamente, sobre cómo escribir la historia del psicoanálisis.² Sin el ánimo de ser exhaustivo, las menciono para ubicar al lector en los puntos de referencia que guían este trabajo.³

Lacan... es un libro de historias del psicoanálisis, no solo porque la autora lo encadena como el tercer volumen de *La historia del psicoanálisis* en Francia, la batalla de los cien años,⁴ sino porque, fundamentalmente, es un texto de estructura narrativa en pasado. Aclaremos que el comentario gira solamente sobre este tercer volumen, en tanto autorizados por la au-

* Editorial Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 1994. Publicado en *El Caldero* N° 32, junio 1995.

- 1 Wilkins, B.T., *¿Tiene la historia algún sentido?*, Fondo de Cultura Económica, Breviarios 363, México, 1983.
- 2 Carr, E. H., *¿Qué es la historia?* Ariel S.A., Barcelona, 1983.
- 3 Leserre, A., *Intereses del psicoanálisis*, Anáfora. Bs. As., 199, "Lacan, historiador del psicoanálisis", en *Rev. Uno por Uno* N° 27/28. Bs. As., 1992.
- 4 Roudinesco, E., *La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*, Tres volúmenes. Ed Fundamentos. Madrid, 1993.

tora al decir: puede leerse independientemente de los otros.⁵ Por lo tanto, será un comentario como lector, pero implicado en una polémica que el libro busca, y que nos concierne en tanto practicantes del psicoanálisis.

¿Biografía o ensayo?

Lacan... nos presenta no solo una narración en pasado, sino también una estructura de biografía.⁶ Sin embargo, el carácter de las interpretaciones de la autora se recuesta en el ensayo: sobre la vida, las influencias, la práctica, etc., de Jacques Lacan. Y sobre todo, sobre las consecuencias de su enseñanza y de las decisiones que la acompañaron. Pero, el problema de las *interpretaciones* de la autora es que implican, entre otras cuestiones, un desplazamiento desde el sujeto histórico de la biografía (suponiendo que esto fuera posible), al sujeto Roudinesco, que interpreta, y es sobre este desplazamiento que planteamos nuestro comentario, en tanto recubre como una “verdad histórica”, criterios y posiciones sobre la política actual del psicoanálisis.

La narración histórica

Cuando hablamos de narración histórica suponemos algo tan simple como que, de una trama uniforme o no de hechos, algunos se destacan y, como tales, tienen el carácter de acontecimientos. En consecuencia, discernir entre hechos y acontecimientos es un primer nivel de selección, mientras que un segundo nivel de interpretación es ya la selección misma de esos

5 Roudinesco, E., *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*, Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 1994, p. 11.

6 Si bien la autora argumenta que no se trata de una biografía clásica, la cronología en referencia a los antecedentes y a la propia vida de Lacan es una línea estructural del libro.

acontecimientos. Esto nos lleva a afirmar, con Collingwood,⁷ que la selección es inherente a escribir historia. Sin embargo, se debe resaltar que todo acontecimiento adquiere significado histórico gracias a su relación con acontecimientos posteriores a los que el historiador concede importancia en función de intereses presentes.

No está de más introducir aquí la pregunta sobre qué intereses son los de la autora, ya que la respuesta nos da su posición en función de los mismos. Destaquemos de su texto la idea de pluralismo: las recomendaciones sobre las instituciones adecuadas para la organización de los analistas y sobre todo sus indicaciones sobre qué dejar de lado y qué tomar de la enseñanza de Lacan. Y por lo tanto, afirmando que la narración histórica no es un mero vehículo de información, como a veces la autora intenta destacar –sea ensayo o no–, sino un procedimiento de producción de significado. Y en esta producción de significado, el historiador, el biógrafo, no establece su discurso desde una neutralidad, una objetividad positivista, ni una reflexión impersonal. *Lacan...* nos presenta justamente una reflexión personal de una gran ambición, y también en este sentido, no constituye una clásica biografía. Baste como ejemplo el modo en que la autora selecciona y desarrolla las influencias en el pensamiento de Lacan.

Si desde un punto de vista general, se puede suponer que los lectores de biografías se inclinan a dar por cierto los hechos que se presentan (y este caso no está exento de esto; los comentarios de prensa ante la salida del libro y lectores de la comunidad analítica lo atestiguan), no parecen estar conscientes de que el libro presenta un acto de composición, al que se le suma tanto la intención de la autora, como las consecuencias de la estructura narrativa. En síntesis, la posición de la autora nos indica que no estamos ante la presencia de un compendio, con alguna clase de orden cronológico, sino frente a una composición que remite a una teoría particular de selección y a un

7 Collingwood, RFG., *Idea de la historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.

código de oportunidad. Y nuestra lectura no acuerda con su código de oportunidad, es decir, con la visión del “biógrafo” que nos presenta una forma y una imagen de Lacan. Produciendo y subrayando un “personaje” que la Sra. Roudinesco adjetiviza “ávido, queriéndolo todo, pretencioso, mentiroso, arribista, obsesionado por el dinero”, “diferente a los demás”, “arrogante”, de “altivez aristocrática”, “feroz voluntad de poder”, de “sentimientos burgueses e imaginarios”, “que rozó en la estafa”, “extravagante”, etc. Se contrargumentará que todo esto está basado en testimonios. Ya nos referiremos a ellos. Pero este no es el problema; la cuestión está en que esta adjetivación, estas calificaciones de muchos pasajes del libro, intentan argumentar una relación entre la vida y la obra de J. Lacan; baste como ejemplo el desarrollo que se presenta sobre el “Nombre-del-Padre” (pág. 417-418). Pero aún más, esta posición de selección de la autora produce un desplazamiento moralista sobre la obra de Lacan, particularmente sobre su práctica y sobre su propuesta del pase.⁸ Cuestión que a nuestro entender, ubica al libro *Lacan...* como un texto pre-lacaniano en cuanto a su concepción sobre la historia del psicoanálisis.⁹

Los testimonios

Destaquemos que más de un veinte por ciento de las citas y referencias del libro están basadas en testimonios, en su gran parte orales, y que estos son la base para el “esbozo” que presenta el texto. Y, lo particular de esta selección, es que implican un cierto criterio, en tanto estos testimonios orales

8 Por ejemplo, la autora afirma al referirse a la asociación. CFRP, dice: “Al renunciar a este procedimiento (se refiere al pase), sin duda válido, pero que lleva a la locura, ese grupo aceptó la idea de un Lacanismo atemperado en el plano de la formación de didáctica...”. Ver p. 637. El subrayado es nuestro.

9 Esto fue una de las cuestiones que le planteamos a la autora directamente en una de las mesas de presentación del libro durante su visita a Buenos Aires.

están tomados al pie de la letra, sin una verificación, sin que se maticen en función de la relación a Lacan que cada uno presenta. No pedimos una verificación de los testimonios, pero sí subrayamos esta falta de matización en varios casos, que, sin embargo, no se aplica al propio Lacan, cuando este da su propio testimonio: “El juicio que hacía Lacan de su pasado no era indemne a esa fragilidad propia de todo testimonio humano” (pág. 111). A su vez, tomando una reflexión de C. Soler, los testimonios sobre la práctica de J. Lacan que presenta Roudinesco, intentan dar la ilusión de que la suma de parcialidades sobre la pericia de Lacan nos daría “La gran verdad”. Oponemos a esta operación la propia enseñanza de Lacan (sus *Escritos*, Seminarios, etc.) en tanto es allí donde se pueden encontrar los principios de su acción y, no en un decir sobre la pericia que es intransmisible.

Para concluir...

Si bien hemos tomado el libro de la Sra. Roudinesco como un ensayo, más que como una biografía, no podemos dejar de reconocer que el mismo también presenta los problemas que la narración biográfica conlleva, tal como Virginia Woolf lo expresara al decir de su sátira Orlando: “Sí... ¡escribir biografías es algo endemoniado!”. Son estas, cuestiones que se confirman al revisar las apreciaciones y las reflexiones de los que se han dedicado a escribir sobre una vida ajena (no incluimos aquí las cuestiones relativas a la autobiografía), dando sus razones a través de una pluralidad de motivos, como por ejemplo, que se enamoran del sujeto del cual escriben, por interés económico (la rama de biografías no autorizadas de políticos y artistas), porque se identifican con el personaje, o porque ese personaje se presenta como un ideal, y a su vez, están también los que buscan la fama que este personaje presenta para sí mismos, o por simple gusto o vocación.¹⁰ Sin embargo,

10 E. Roudinesco, *Lacan...*, op. cit., p. 111.

no podemos dejar de mencionar en esta serie la existencia de un deseo que opera en el autor de la biografía, y la probable relación de transferencia con el personaje a destacar. Sin embargo, no se encuentran biografías de vidas “ordinarias”, de personas que no han sobresalido en algo.¹¹ Y el libro que nos ocupa no se escapa a estas generalidades, en tanto Lacan implica un acontecimiento en la historia presente del psicoanálisis. Pero fundamentalmente, el libro de la Sra. Roudinesco se nos presenta como un libro pasional sobre la figura de Lacan, llevándolo al estatuto del personaje. Un libro pasional (amor-odio), y nos atrevemos a decir con las palabras de Michel de Certeau, que Roudinesco nos presenta “una rabia de amar”.

Para concluir, dentro de lo que hemos llamado los problemas estructurales de la narración biográfica, pensamos que no es seguro que se pueda disociar vida y obra; lo que sí afirmamos es que no se puede reducir una obra como la de Lacan (y en sentido estricto, ninguna obra) a los avatares de su vida. Y menos aún, por cuestiones de su vida, negar aspectos de su obra, sobre los cuales quizás no se esté de acuerdo por otras razones. Por lo tanto, el libro de la Sra. Roudinesco cae, en varios pasajes, e insistimos en esto, en esta presentación biunívoca entre vida y obra. Baste como ejemplo la lectura que hace de la novela familiar, o mejor dicho, de la construcción sobre la novela familiar de Lacan (véase del texto pág. 521), de donde se desprende una afirmación que establece la relación entre los síntomas de Lacan (sujeto), con las razones de su enseñanza. Seguramente, la relación posible existe, ¿pero es una lectura de biógrafo la que la tiene que destacar? Entre los principios de las biografías se destaca el objetivo de dar un semblante, una imagen. No se trata del análisis del sujeto sobre el que se hace la biografía. Y este libro –a veces– no se limita a describir claves acerca de la “verdad del sujeto” (suponiendo que esto es posible hacerlo por este medio), sino que interpreta los datos y construye una mitología sobre lo privado. Es decir, que

11 Edell, L., *Vidas ajenas. Principia biographica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

hace primar la persona Lacan sobre su enseñanza y más aún, sobre su teoría, cuando, justamente, la enseñanza de Lacan, sean cuales fueran las peripecias o avatares de su vida, sean cuales fueran las realizaciones institucionales o sus fracasos, indudablemente modificó la historia del psicoanálisis e influyó considerablemente en la cultura contemporánea, y reducirla a algunos hechos de su vida, nos parece un enfoque que bordea el psicoanálisis aplicado. Un enfoque que, parafraseando a Virginia Woolf, es demasiado extenso para ser una broma y demasiado frívolo para ser un libro serio.

La verdad está a la espera

I. Introducción

Lo que voy a presentar a la discusión son algunas consideraciones sobre uno de los temas que desarrolla Jacques-Alain Miller en su curso *El banquete de los analistas*, particularmente, en los dos capítulos sobre “El saber y la verdad”. Se trata del eje en relación al saber, a la transformación del saber en enunciado. Cuestión que Miller presenta desde una frase de la “Proposición”, que ubica al saber “en reserva”. En reserva y como aquello que opera. La prueba de esta operación es que lo sabido se ordena como marco de saber. ¿Pero, cómo el saber (en reserva) se ordena como marco? ¿Se trata del mismo saber? ¿A qué responde esta transformación? Estas son algunas de las preguntas que están en estas páginas y sobre las cuales voy a tratar de situarme en el desarrollo que expondré.

Estas dos clases presentan la transformación de la verdad en enunciado bajo la óptica del saber bajo cierta tensión entre definir al inconsciente como verdad y definirlo por el saber. Podemos deducir que la verdad va en oposición a la construcción del marco de saber. Y si nos referimos al proceso de la cura mismo, a la construcción del sujeto que el análisis implica, ubicar la idea misma de transformación supone la idea de proceso y de tiempo y, por qué no, de construcción. Además, esta transformación no implica una linealidad de la verdad al saber, sino verdad y saber al inicio, saber y verdad al final. La

cuestión –siempre a verificar– es que el análisis mismo lleva a la verdad del inconsciente, a la posición transformada de enunciado sobre el saber en reserva.

II

La verdad está a la espera, pero la espera misma pone en tela de juicio, si se quiere, cuestiona al saber. Y lo cuestiona (no sé si es el término adecuado, pero es explicativo) a través de la aparición de efectos, en los tres ejes sobre los cuales está girando gran parte de nuestra discusión: el epistémico, el político y el clínico. Epistémicamente, leemos la orientación de Miller al oponer el esfuerzo de Lacan a las concepciones y conceptualizaciones históricas del psicoanálisis, que no solo minan el desarrollo de los conceptos, sino que también –es mi lectura– reducen el discurso y el deseo del analista a tipos de enunciados que responden a la verdad supuesta y no a la posibilidad del saber expuesto.

Con respecto a la política, la verdad amenaza la formación y esto se constata a lo largo del desarrollo del curso *El banquete de los analistas*.

III

Con respecto a la cuestión clínica (obviamente anudada a los dos ejes anteriores) es donde me detengo. Entro en tema diciendo que la dialéctica entre verdad y saber en la experiencia analítica implica que la verdad deja de ser un problema para el sujeto cuando se inscribe en un marco de saber. Esto no supone que dejamos de tener un problema, sino que el saber mismo es un problema que la verdad disfraza (deja en reserva). Es decir que, al situar el problema de la transformación en relación a los puntos esenciales de la cura, su entrada y su final, momentos cruciales señalados por Freud y Lacan, podemos extraer la relación y la lógica de esta transformación de la verdad en enunciado que tiene como marco el saber.

En la entrada al análisis la verdad como no saber, y el saber bajo dos tipos: la constitución, tanto del sujeto, como del saber como supuestos y que implican que la verdad se enlace a la presencia del analista, y el saber, como reserva, entra en la operación bajo la categoría misma de supuesto.

Sobre el final: el pase clínico y el pase institucional como posibilidad. Respecto de ambos, me parece que la lectura de estas clases nos enseña la búsqueda de Lacan de verificar un saber sobre la verdad, no supuesto sino en el pasaje a lo expuesto (luego retomaremos esto).

Ya tenemos allí al saber mismo como problema y bajo cierta paradoja entre el tiempo de la experiencia y el momento de la verificación. Pasaje donde la verdad que está a la espera se puede completar con un saber sobre ella. Y la paradoja es que el saber mismo parezca ligado al cierre del inconsciente, sí, pero al cierre del inconsciente como verdad.

Por lo tanto, es una aparente paradoja, en tanto no se trata de un cierre del inconsciente, sino de una detención, a verificar, del sentido gozado. Se trata de que hay una detención, sí, pero sabiendo que no se trata de la última cifra, es decir, que no se decreta un corte al descifrado, sino un encuentro con una respuesta, si se quiere, al enigma de la neurosis que detiene, que finaliza y que debería implicar el pasaje del saber en reserva a lo expuesto.

En esta línea, me parece iluminador (remito a la pág. 336 del curso) ubicar el análisis, el progreso mismo del análisis en el no saber, es decir, como algo que avanza en el orden de la verdad del *no sé*, dejando como problema un *sé* final. Me parece una distinción simple y totalmente iluminadora –será porque pude constatarla en mi propia experiencia de pase. Quedarse al final, no con el problema de la verdad, sino con un problema ligado al *sé* final. Ubico, aquí, el tema de la responsabilidad, en tanto hay una doble responsabilidad: la del sujeto, que podemos establecer bajo diferentes variaciones de la pregunta: ¿qué hacer con ese *sé* final? ¿Guardárselo para olvidar, un “tesoro” sin destino, recubrirlo cínicamente con un “a quién le importa”? O, por ejemplo, intentar una verifi-

cación y luego una transmisión por la vía del pase. Diferentes cuestiones que hacen a qué destino darle, a cómo elaborarlo. Por otro lado, pero en conexión, la responsabilidad de la Escuela, puerta del pase a ese *sé* final de un sujeto. Responsabilidad que, en la "Proposición", no aparece como mandato o deber, sino como posibilidad y elección; responsabilidad también de posibilitar las mejores condiciones de recepción, y me parece que la confianza en el dispositivo y en su funcionamiento, son, en esencia, condiciones de posibilidad, y una buena manera de hacerse cargo de esa responsabilidad (cuestión que aquí simplemente señalo).

Recién decía que había constatado este problema en mi propia experiencia: cuando tomé la decisión de presentarme al dispositivo del pase fue a partir de ese *sé* final como problema, en tanto apareció en relación al psicoanálisis mismo, en el campo de la enseñanza, como emergente del problema del *sé* final (emergente en tanto el problema se situaba respecto de qué destino darle al final en relación a la Escuela y a mi elección por el psicoanálisis). Así fue que, en una conferencia, ante las preguntas, me encontré buscando ejemplificar desde mi propia experiencia del análisis, pero tenía que, en cierto sentido, disfrazarlo; luego de esa ocasión, dirigí la carta al secretariado. Después, ya en el procedimiento ante los pasadores, también pude responder y constatar que el pase no avanza en la misma dirección que el análisis, es decir no avanza como experiencia de verdad, sino que establece con la verdad una relación distinta a la del curso del análisis. Establece con ella una relación desde un enunciado de saber. Un enunciado de respuesta al enigma de la neurosis, un enunciado, una cifra que detuvo el desciframiento, aunque no implicó la anulación del mismo. Un enunciado de saber ligado al síntoma, al resto pulsional, y también a la transferencia, no ya encarnada en el sujeto supuesto saber, sino en relación al problema que planteamos anteriormente, el problema del *sé* final. Además, creo que no está de más decir, aunque ya haya terminado la duración de mi nominación como Analista de la Escuela, que la relación con la verdad, bajo la óptica de una transformación, se

pone en juego en el testimonio mismo. En este sentido, puedo afirmar que el testimonio mismo es un decir sobre el *sé* final como problema. Y pone en juego un esfuerzo de conexión, de elaboración, entre dos tipos de saber: el qué *sé* (saber) que uno tiene y que ya está en el inicio del análisis y el que hay, que también está al comienzo de la experiencia, pero sobre el cual, uno no dispone: es el *no sé*, sin que uno pueda decir *sé* (como ubica Jacques-Alain Miller en estas lecciones, y justamente es en la brecha entre ambos que se puede inscribir el sujeto supuesto saber que es otra manera de escribir el saber en posición de verdad). En cambio, al final, está el *sé* como problema, tanto en el pase clínico como en el pase institucional. Lo ubiqué en mi testimonio como la búsqueda, durante el último tiempo del análisis, de la diferencia entre terminar y concluir. Y lo situé en el testimonio a la comunidad como el desenlace de la transferencia. Posición de saber sobre “el ya no espero nada”, posición de saber, del *sé* final sobre la verdad de la repetición, sobre la verdad de los S_1 –significantes amos– (para ser más precisos sobre sus manifestaciones), que organizaban mi existencia, y que conllevan a una manipulación sobre un otro para instituirlo en el Otro garante de la verdad; pero, sobre el cual, el final pone una barra, la barra del *sé* final.

Otra manera de entender esto es tomar el mismo término de saber expuesto (al que me referí antes el pasaje del supuesto al expuesto) no solo en el sentido de exponer, por ejemplo, en el testimonio ante los pasadores o ante la comunidad, sino del sujeto del final expuesto ante, y en el problema, del *sé* final.

Considero el saber expuesto como dominación de la verdad por parte del saber, y de esta manera aludo apretadamente al desarrollo que hace J.-A. Miller en las páginas 339 y subsiguientes del curso, cuando subraya el intento de Lacan de despatetizar la verdad, de ubicar el matema para vaciar a la verdad de su carga pasional. Y en esta línea, Miller sostiene que el pase sobre lo no sabido (el que hay) pero sobre el cual ya uno no se puede escudar en el inconsciente como verdad y decir *no sé*, implica borrar la pasión, en el sentido de patema,

ya que el saber se ubica en otra vertiente de lo patético y del horror a la verdad, en la vertiente de la lógica de la verdad (pág. 344). De aquí extraigo dos líneas para desarrollar. La primera, que la lógica de la verdad bajo la dominación del saber es un organizador para el sujeto, para el sí mismo (léase aquí la cuestión del objeto *a*) y para el Otro que no existe, y que entonces se lo ubica en el Otro de la Escuela y no como Otro del Otro, garante de la verdad, del último juicio. En esta línea, me parece que el testimonio a la comunidad que sigue la lógica de la verdad desde el saber y que despatetiza la verdad, implica un cierto efecto de dejar, a los que esperan la versión patética, con las ganas. Y muestra un “saber hacer con”, que es la respuesta a cómo te las arreglaste con el problema del saber, de *sé* final, cómo respondiste a la pregunta de qué destino darle. Y podemos verificar, a través de la producción de los Analista de la Escuela, los tipos de respuestas a ese problema del *sé* final.

La segunda línea a desarrollar, la puedo resumir diciendo que la mirada, desde el final, del saber alcanzado, implica responder a la pregunta por la elección (condiciones de elección de objeto para el sujeto) y la constitución del sujeto supuesto saber, aunque ya, en su destitución. También a la elaboración expuesta sobre la posición como analizante durante el análisis. Y también, responder al desenlace de la transferencia, a que sobre ese Otro garante de la verdad en donde se aloja la repetición, se ubica la barra del *sé* final, como saber.

Por lo tanto, al estatuto de problema –que venimos señalando– lo podemos situar diciendo que uno ya no puede decirse *no sé* y seguir gozando, tiene algo que hacer con ese *sé* final sobre la repetición que insiste, sobre las determinaciones; tiene alguna luz. La cuestión es que uno no la apague bajo las tentaciones de la verdad y que la Escuela la reciba, en las mejores condiciones posibles, cuando el sujeto se dirige a ella. Porque, la verdad, siempre está a la espera de contrarrestar el saber.

Octubre 2001

Tal vez eso sea correcto en teoría pero no sirve para la práctica*

I

Subrayamos la actualidad del tópico enunciado, señalando tanto su uso como su rumor, en boca de los “clínicos puros”.

Vectorizando su alcance y sus resonancias, diciendo, que si ayer estuvo en boca de aquellos que defendían la “pureza de la experiencia”, hoy lo está en la de los defensores de un pragmatismo acorde con los tiempos. A ambos le sirve de argumento y de justificación en la búsqueda de “resultados”, dejando de lado principios y fundamentos de la acción analítica.

Recurrir a la historia para encuadrar nuestras reflexiones introductorias, implica señalar el uso del tema como argumento contrario a la enseñanza de J. Lacan. Ubicamos en este sentido, a modo de ilustración, dos fechas: 1953, “Escisión”; y 1964; “Excomunióón”.¹ La primera, para situarnos en las coor-

* Publicado en *Uno por Uno*, Edición Latinoamericana N° 42, Bs. As., 1995.

1 Remitimos al lector a la recopilación de Jacques-Alain Miller, *Escisión. Excomunióón. Disolución. Tres momentos en la vida de Jacques Lacan*, Manantial, Bs. As., 1987. Allí se podrán encontrar los documentos en los cuales nos apoyamos. Vale la aclaración de que solo tomamos dos de los tres momentos, no por que supongamos que el tópico, no haya sido utilizado en relación a la Disolución –todo lo contrario–; sino, porque nuestra intención no es un desarrollo puntual del uso del tópico, en tanto partimos de que su uso es un hecho histórico, actual y constante. Solo trataremos de señalar algunas de sus consecuencias.

denadas que llevaron a Lacan a escribir “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”. En su prefacio, Lacan aclara que contemporáneamente a la preparación del informe, se producía en el grupo francés una escisión, efecto de las diferentes concepciones respecto a la fundación de un instituto de psicoanálisis. Concepciones que jugaban, principalmente, en torno al tema del análisis laico. Por un lado, tenemos la postura liderada por Sachs, que planteaba la organización del instituto al servicio de la formación médica, mientras que la posición de Lacan era claramente contraria. Así lo redactó en el reglamento de 1949 donde dice que los aspirantes no médicos podrán recibir plena enseñanza psicoanalítica y obtener plenos derechos a practicar el psicoanálisis. Más que puntos de vista diferentes, se trata de posiciones divergentes con respecto a la formación, y por ende, de concepciones opuestas sobre los fundamentos del psicoanálisis en general; pero, en particular, a la posible relación entre teoría y práctica. Si la pregunta implícita es sobre los fundamentos de la práctica analítica, la respuesta de Lacan encuentra sus coordenadas en los conceptos que la fundan: su orientación en el campo del lenguaje y la ordenación de los mismos a través de la función de la palabra. Por lo tanto, 1953 implica la división entre lo que denominó sus antecedentes y el “Retorno a Freud”, bajo el desarrollo de la tesis del inconsciente estructurado como un lenguaje. Tesis interrogada desde los tres registros y desde las mutuas implicaciones de los campos denominados: teoría; práctica e institución. Por otra parte, señalamos con 1964 un punto de inflexión en la enseñanza de Lacan, momento crucial que él mismo nombra bajo el significante “Excomunió” en respuesta a las “Directivas de Estocolmo”.² No creemos aventurado colocar las recomendaciones allí expuestas como una variación del uso del tópico sobre la relación entre teoría y práctica al que hacemos referencia. Variación expresada en las directivas de la IPA para que se borre el nombre de Lacan de la lista de autorizados para ejercer la formación y para su-

2 *Ibíd.*

primir su carácter de didacta. C. Soler ha señalado la elección del significante excomunión como un ejemplo, en Lacan, de tratar el afecto a través de lo simbólico, ubicando desde allí, lo que llama el segundo "Retorno a Freud".³ Sin desarrollar en toda su dimensión este momento de la enseñanza de Lacan, situemos solamente que su respuesta, primero, implicó la suspensión del seminario sobre *Los Nombres-del-Padre*, el cual nunca fue retomado (instante de ver). Luego, el comienzo de un nuevo seminario, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, que no solo fue un cambio de título sino una nueva orientación (tiempo de comprender). Por último, el momento de concluir: el 21 de junio de 1964 funda la Escuela Freudiana de París. Señalando este desarrollo bajo las coordenadas del tiempo lógico, ubicamos la íntima relación entre teoría, práctica e institución que Lacan anuda en su enseñanza, perspectiva desde la cual consideramos el tópico: "Tal vez eso sea correcto en teoría pero no sirve en la práctica".⁴

II

La relación teoría-práctica es abordada por Lacan desde diversos ángulos, en tanto constante en su enseñanza. Por lo tanto, no es posible la exhaustividad, y solo nos introducimos al tema planteando que Lacan siempre tuvo una posición que podemos llamar: perspectiva de cientificidad. De esta manera, señalamos la constante oposición de Lacan a que el psicoanálisis, en términos de ciencia humana, se diluya en un tipo de concepción psicologista. También, al decir "perspectiva de cientificidad", expresamos la oposición a que la experiencia analítica del inconsciente se reduzca a una práctica sugestiva;

3 Referencia tomada de una conferencia dada por Colette Soler en marzo de 1986, en el Círculo Psicoanalítico de Galicia (España), de título "Seminario XI de Jacques Lacan: Segundo Retorno a Freud".

4 *Teoría y Práctica*. En torno al tema "Tal vez eso sea correcto en teoría, pero no sirve para la práctica.", Kant, Immanuel, Ed. Tecnos S.A., Madrid, 1986.

inclinación que se da en la historia del psicoanálisis cuando la experiencia del inconsciente no se articula a la primacía de una teoría. Pero, también, esta perspectiva de cientificidad subraya la propuesta de un saber sobre la división del sujeto que se puede verificar y transmitir. Como ejemplo baste pensar la propuesta del pase y el concepto de matema, que implica la idea de transmisión de un saber clínico. Como conclusión de este punto, digamos que, al señalar la estrecha relación en la enseñanza de Lacan entre teoría y práctica, estamos enfatizando que en él, es constante el esfuerzo por mantener un equilibrio dialéctico entre una búsqueda teórica indispensable y una praxis a la que acecha continuamente el peligro de la magia.

III

*Tal vez eso sea correcto en teoría pero
no sirve para la práctica*

El análisis de este tópico por parte de Kant en 1793 representa un punto de inflexión en su filosofía práctica. Se trata de la aplicación en el terreno político y jurídico de las premisas fundamentales de su formalismo ético. Contextuar el tópico implica ubicar la figura de Kant como punto de referencia fundamental en la historia de las ideas en occidente.⁵ Figura del pensamiento alemán a la que se puede ubicar entre dos polos. Uno, su producción al servicio del Estado, el otro, la libertad íntima y creativa. Baste como ejemplo de esto que el propio texto al que hacemos referencia vino a suplantarse a otro artículo censurado por sus puntos de vista sobre la religión. Valverde sostiene que los polos señalados implican un profundo desgarramiento en el pensamiento alemán, pero que, a su vez,

5 Seguimos aquí a José María Valverde en su libro *Vida y muerte de las ideas*, Ed. Planeta. Barcelona, 1980.

este desgarró es parte de lo que posibilita la creación.⁶ Las diferentes respuestas a este desgarró se pueden ejemplificar de la siguiente manera: la filosofía como razón desde la soledad (Kant), la filosofía como explicación total y divina de la estructura dinámica del ser (Hegel), la filosofía como emplazamiento crítico para cambiar el mundo (Marx), y la filosofía como destrucción de sí misma para mayor gloria del mundo (Nietzsche).

El texto de Kant sobre la relación entre teoría y práctica es expresión de lo que se ha llamado la Ilustración alemana, *Aufklärung*. Y, junto al resto de su obra, implica el giro de la filosofía clasificatoria al lema que caracteriza a esta época: *Sapere Aude*, atrevete a saber. De esta manera, señalamos una de las perspectivas de nuestro artículo, en tanto se trata del análisis del tópico kantiano no solo en relación a la historia del psicoanálisis, sino fundamentalmente, en la relación a la enseñanza de Lacan. En este sentido, podemos decir que la práctica analítica –que no es una práctica ilustrada– puede seguir el lema de la ilustración. Del lado del analista, atrevete a saber en oposición al magnetismo de la sugestión. Del lado del analizante, atrevete a saber sobre tus condiciones de goce.

IV

Recordemos que se trata de un escrito (1793) posterior a la aparición de sus tres críticas.⁷ Cuestión que indica, por un lado, que el grueso del sistema filosófico kantiano ya está elaborado, y así da un peso más específico a los puntos de vista que sostiene en él. Puntos de vista con respecto a dos famosas

6 Marx lo enuncia diciendo: “Somos contemporáneos filosóficos del presente sin ser contemporáneos históricos”. Citado por Valverde, *Ibíd.*.

7 Para destacar la fecha de publicación de la primera edición del ensayo sobre el tema por parte de Kant, 1793, señalemos que *La crítica de la razón pura* corresponde a 1781, *La crítica de la razón pura práctica*, corresponde a 1788, y *La crítica de la facultad de juzgar* a 1790.

cuestiones en tanto ejemplo de su rigorismo. Nos referimos, por un lado, a la posición contraria, por parte de Kant, a cualquier tipo de sublevación contra el poder establecido (no importa si fuese tiránico o no), por otro, su oposición al presunto derecho de mentir por necesidad o por motivos humanitarios.

No es nuestra intención desarrollar la teoría epistemológica de Kant, ni su formalismo ético. Aquí solo intentaremos tomar del desarrollo kantiano nuestros puntos de acuerdo en la búsqueda de los fundamentos de la práctica analítica, es decir, sus principios.

Por lo tanto, podemos tomar del escrito de Kant, en primer lugar, su rigor, al conceptualizar a la teoría como un conjunto de reglas, en tanto este rigor mantenga los principios con cierta universalidad. También acordamos con su definición de práctica, al puntualizar que no es cualquier tipo de manipulación, sino “solo aquella realización de un fin que sea pensada como el cumplimiento de ciertos principios representados con universalidad”.⁸ De esta manera, se presenta la relación entre teoría y práctica como una relación que más allá de la amplitud que la teoría presente, necesita de un término de enlace. Enlace en tanto que al concepto del entendimiento (que es el que contiene la regla), se le tiene que añadir un acto. Un acto de la facultad de juzgar por medio de la cual el práctico distingue si algo cae bajo la regla, o no. Hasta aquí podemos coincidir con Kant, más es prudente seguir su desarrollo y ver hasta dónde podemos llevar nuestra coincidencia. Si la relación entre teoría y práctica requiere de un enlace, acto en el sentido de acción, en relación a nuestro tópico, se implican, al menos, dos posibilidades:

1- la de que puede haber teóricos que nunca en su vida serán capaces de convertirse en prácticos, en tanto carecen de la facultad de juzgar su acto;

2- la de que sí se puede juzgar el acto, pero que la teoría sea incompleta.

Desde diferentes sesgos, ambos puntos, implican una

8 Kant, Immanuel, *Teoría y Práctica*, op. cit.

teoría que sirve poco para la práctica. Sin embargo, Kant no acepta que esto pueda cuestionar la teoría, a lo sumo pueden ser manifestaciones de la incompletud o de la falta de teoría. Citemos a Kant; "...de modo que el hombre hubiera podido aprender de la experiencia la teoría que le falta, y que es verdadera teoría aunque él no esté en condiciones de proporcionarla por sí mismo, ni de presentarla sistemáticamente en proposiciones universales".⁹ Por lo tanto, para Kant nadie puede hacerse pasar por practicante versado en una ciencia y, a la vez, despreciar la teoría, sin reconocerse ignorante en el tema. La idea es bastante clara, se trata de la oposición por parte de Kant a las respuestas apologéticas del tanteo a ciegas, sobre el terreno mismo de la experiencia. Para Kant, la posibilidad de responder a los problemas que presenta la práctica pasa por la necesidad de apropiarse con sistema, es decir "acopio de ciertos principios" -que constituyen, propiamente, lo que se denomina teoría y "considerar globalmente su quehacer". En esta línea de pensamiento, continúa nuestra coincidencia con Kant, y nos permite ubicar un punto que nos parece crucial. Se trata de que para Kant es más tolerable que un ignorante, "en su presunta Práctica" considere a la teoría como superflua, que el hecho de que un experto (informado, conocedor, estudioso), le conceda un valor puramente escolar "mientras sostiene, al propio tiempo, que en la práctica todo es bien distinto". Ubicamos allí a los "clínicos puros" que, desde la voz de su experiencia, piensan y tratan de sostener una posición de este tipo, donde lo único que valida es "su clínica", su juicio de acción, a primera vista particular, pero que es universal en tanto se presenta como el único. Universal, en tanto implica el enunciado: "la teoría carece de validez para la práctica".¹⁰

9 *Ibíd.*

10 En relación a la afirmación "Que la teoría carece de validez para la práctica", remito directamente al texto para quien quiera seguir con el razonamiento kantiano que, en este punto diferencia el cariz que toman estas posiciones cuando se trata de teorías que conciernen a objetos de la intuición (mecánica) y a objetos que solo son representados mediante conceptos (matemáticas-filosofía).

Si bien Kant establece diferencias según el cariz del objeto de las teorías, no la hay en cuanto a su posición; sea cual sea el campo, la discusión de Kant es contra “la arrogancia de reformar por medio de la experiencia la razón misma”.

A esta altura, respaldándonos en la enseñanza de Lacan, tenemos que diferenciar en qué sentido estamos de acuerdo con Kant y en qué sentido, no. Si bien tomaremos este punto en las conclusiones, puntualicemos que la arrogancia señalada por Kant es moneda corriente en el medio psicoanalítico, pero esto no implica que estemos de acuerdo con Kant en una universal defensa de la razón. Más bien, desde la práctica del psicoanálisis, podemos tomar la defensa de una teoría que justamente de cuenta de *Los tropiezos de la razón*.

Para finalizar este punto, señalemos que el escrito de Kant –sus argumentos en defensa de la razón– se divide en tres campos, en tres puntos de vista conforme a los cuales suele juzgar su objeto de hombre de honor “que tan atrevidamente reniega de teorías y sistemas”. Tres puntos de vista reflejados en:

1- el hombre privado, con ocupaciones y responsabilidades;

2- el hombre político;

3- el hombre en tanto cosmopolita (ciudadano del mundo).

Tres puntos de vista que condicionan en arremeter contra el académico que, según ellos, está perdido para la práctica, y solamente les obtura el paso a su experimentada sabiduría. Así Kant, tomando estos tres puntos de vista, divide su análisis sobre la relación entre teoría y práctica, en tres apartados:

1- Lo moral, “El bien de todo hombre”.

2- Lo político, “En relación al Bien de los Estados”.

3- El punto de vista cosmopolita, “En relación al bien del género humano en su conjunto”.¹¹

11 Los tres puntos de vista que responden a:

1- La moral, responde al Prof. Garve.

2- Derecho político, contra Hobbes.

3- Derecho internacional, contra Moses Mendelssohn.

V

Las cuestiones hasta aquí enunciadas han tenido la simple finalidad de llamar la atención sobre la actualidad de un tópico que, sin embargo, tiene sus raíces profundas en la historia del pensamiento moderno, siendo los postulados kantianos los que permiten encuadrar el mismo. Como dijimos, no es nuestra propuesta sostener totalmente nuestro juicio de acción sobre la experiencia analítica en los postulados kantianos.¹² Como primer límite a esta cuestión situamos el enunciado “El bien de todo hombre”, del primer apartado de “En torno al tópico...”, con el cual Kant intenta hacer más asequibles los principios de su teoría del conocimiento y sus tesis éticas en relación a cómo ser dignos de ser felices. Sin embargo, tampoco podemos ubicarnos en la simple oposición, ya que no es, justamente, la búsqueda del bienestar lo que rige la acción analítica.¹³ En otras palabras, el análisis del tópico muestra a las claras que la posibilidad de dilucidar el juicio de acción se encuentra teñido de problemas morales. ¿Pero, es el psicoanálisis un moralismo más comprensivo? ¿Busca un fin de armonía en el sujeto, en tanto la existencia de una universalidad del goce? La búsqueda de respuesta a estas preguntas nos conduce al análisis del tema por parte de Kant. Análisis que sostiene implícitamente una concepción sobre el deber: “No necesita aducir como fundamento ningún fin concreto, sino que invoca, más bien otro fin para la voluntad del hombre: el de contribuir con todas sus fuerzas al bien supremo posible en el mundo”.¹⁴ Si bien la experiencia analítica en torno a la neurosis¹⁵ muestra que el deber conserva su alcance universal, la teoría del psicoanálisis nos dice que el deber “no es simplemente el pensamiento del filósofo que se ocupa

12 Entendemos aquí acción analítica como la respuesta del practicante.

13 El desarrollo que J. Lacan realizó en su seminario dedicado al tema de la ética del psicoanálisis lo demuestra.

14 Kant. I., *op. cit.*

15 Ilustra el tema de la relación al deber, el neurótico obsesivo y sus enigmas alrededor del término, enigmas que le anteceden.

de justificarlo".¹⁶ Dicho de otro modo, la interrogación sobre el deber es lo universal, no la respuesta del sujeto a la cual hay que ubicar en lo singular. Respuesta que podemos situar a nivel del inconsciente diciendo: el sujeto miente, pero esa mentira es su manera de decir la verdad.¹⁷

Si el inconsciente es la memoria de lo que olvida el sujeto, la fe en la razón –expresión kantiana– es, en un sentido, la esperanza de que no haya olvido. Fe kantiana en las ciencias físico-matemáticas, que ubica sus postulados en la historia de la filosofía, en su oscilar entre el asombro ante la verdad pura, lógica –un polo–, y el afán de encontrar un sentido a la vida incluida la muerte –el otro polo. En este sentido es que Kant toma a la ciencia físico-matemática como signo esperanzador para el hombre, en la búsqueda de la armonía entre mundo, yo y Dios. Si el discurso matemático es un discurso que, por estructura, no olvida nada,¹⁸ lo que se pone en juego en la esperanza kantiana, es aquello que traerá aparejado como fin el desarrollo del discurso de la física (léase discurso de la ciencia), fin de bienestar, de armonía y de integración a la naturaleza. Es, este, otro límite de nuestro acuerdo con Kant, en tanto, justamente, el discurso de la ciencia, como tal, es un discurso engendrado por la omnipotencia del significante, y, por lo tanto, también, cabe la posibilidad, no de integración, sino de destrucción.

No podemos desarrollar aquí en toda su extensión la relación entre el imperativo moral y lo real, lo que Lacan denominó "...el culmen a la vez kantiano y sadista de la Cosa, aquello en lo cual la moral se transforma, por un lado, en pura y simple aplicación de la máxima universal, por el otro, en puro y simple objeto".¹⁹ Solamente podemos señalar que la tesis que desarrolla Lacan a lo largo de su seminario sobre la ética implica que la instancia moral, la ley moral, se presenta

16 Lacan. J., *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1988, p. 17.

17 *Ibíd.*, p. 92.

18 *Ibíd.*, p. 284.

19 *Ibíd.*, p. 87.

en la práctica estructurada por lo simbólico pero presentifica lo real. Y sobre este sesgo es que ubicamos el deber en relación con la verdad, que las máximas kantianas enuncian. Pero, en la relación teoría y práctica, en la acción analítica, la verdad que se busca no es la de una ley superior, sino una verdad singular. Singular, que no se subsume, ni en lo particular, ni en lo universal; lo singular del *Wunsch*, de carácter imperioso. La articulación implica que si en cada uno (todos) se encuentra el deseo, este se presenta en su íntima especificidad. Este carácter particular e irreductible implica que “El *Wunsch* no tiene carácter de una ley universal, sino por el contrario el de la ley más particular”.²⁰

Si bien el análisis del tópico por parte de Kant tiene en su base la verificación de universalidad, en tanto lo hace valer en todos los casos, aún en los más extremos, podemos acordar con Kant que siempre la relación entre teoría y práctica, es posible, pero no podemos llevar nuestro acuerdo a una máxima universal en el plano moral. La perspectiva teórica y práctica de nuestra acción no puede reducirse al ideal de una armonización psicológica, sino más bien, nos señala el desamparo en el que está el hombre, por el que no puede esperar ayuda de nadie, en esa relación consigo mismo que es su propia muerte.

20 *Ibíd.*, p. 35.

Niños

Algunos principios...

Introducción

Estas notas generales tienen como intención poder comprender y extraer enseñanza de una serie de articulaciones que hiciera Lacan en su “Discurso de clausura de las Jornadas sobre las psicosis en el niño”.¹ Articulaciones sobre aquello que responde al objeto *a*, entre ellas el cuerpo del niño, cuestión que, a mi entender, nos presenta un principio de la clínica de lo real en el psicoanálisis con niños (podemos decir, simplemente: en el psicoanálisis). Aunque no se trate de especialidad, la práctica con niños enseña, no solo la cercanía al inconsciente, sino también el centro –si así podemos expresarnos– de la función del objeto como condensador de goce, temática que abordaremos no por la vía de la oposición al principio de placer, sino por el principio de familia, en tanto institución y como tal, “como formación humana tiene como esencia y no como accidente, la de refrenar el goce”.²

¿Por qué principios?, para valernos de su doble acepción, la de inicios –en este caso: algunos para servirnos de introducción– y la de su sentido lógico, es decir aquello que funda y fundamenta una acción –en este caso, la práctica del psicoanálisis con niños. Doble acepción que hacemos confluir en la

1 Lacan, J., “Discurso de clausura de las Jornadas sobre las psicosis en el niño”, en Revista *El Analítico* N° 3, Barcelona, 1987.

2 *Ibíd.*, p. 8.

hipótesis de que la enseñanza de Lacan sobre la temática del objeto y su estatuto en la clínica con niños implica la posibilidad de demostrar la incidencia en lo real desde el campo de lo simbólico.

Además, nuestro título resalta “algunos” y no solo por una limitación de escritura, sino también porque en la relación práctica-teoría hay cuestiones prácticas que no se subsumen en la teoría. Es decir que, a nuestro entender, hay algo eminentemente práctico con respecto a la temática del objeto en la clínica.

La oposición entre historia y desarrollo

La práctica siempre nos presenta un reordenamiento de las “contingencias del pasado”³ y, sobre ella, J.-A. Miller ha desarrollado una serie de consecuencias en torno a la temática del tiempo.⁴ Aquí, simplemente, lo que queremos destacar es que cualquiera sean los hechos del pasado (recientes o distantes), si bien poseen un carácter contingente, ellos guardan una ligazón directa con la función inanimada del objeto *a* (lugar de causa en el fantasma).

¿Cuál sería, en nuestra práctica, una vía de acceso a este objeto causa? Una primera aproximación nos indica que ésta es por el lado de las significaciones sobre los hechos, en tanto estos no implican un sentido fijo; y además, porque, entre el hecho y el sentido, se ubica la hiancia. El uso y alojamiento de esta hiancia en transferencia es la vía que conduce a poder situar la inercia del objeto vía la repetición significante. Y es sobre esta repetición (juegos, dibujos, etc.) que se inscriben los objetos. Objetos que puede introducir el analista, pero que –me parece– es más conveniente que los introduzca el niño,

3 Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, *Escritos I*, Siglo Veintiuno, Bs. As., 1979..

4 Nos referimos en particular al desarrollo que hace en *Estructura, desarrollo e historia*.

trayéndolos o escogiéndolos de lo que puede encontrar en el consultorio. No se trata de una regla técnica, sino de la aparición de la función de elección de algo por parte del niño que nos indica, en lo animado, lo inanimado del objeto *a* (cuestión que presentamos a discusión).

En esta dinámica aparece –muchas veces como problemática– el eje del desarrollo (recordemos la obviedad de que no es lo mismo un niño de pocos años que uno que ya está escolarizado, etc.). Sabemos que la posición que nos presenta Lacan es que el psicoanálisis con niños puede quedar atrapado en la perspectiva del desarrollo, no solo convirtiéndolo en “especialidad”, sino condicionándolo a un callejón sin salida. Demostraciones de las consecuencias de esta posición se suceden en la historia del psicoanálisis desde los años veinte, en concordancia con el debate en el movimiento analítico sobre la sexualidad femenina. Nuestra posición como analistas, si bien no debe quedar atrapada en la perspectiva que prioriza el desarrollo, no puede ignorarla.

Oposición estructura-desarrollo

Nos excusamos de desarrollar con amplitud este punto –el mismo se encuentra ampliamente comentado por J.-A. Miller⁵, solamente diremos que estamos tomando el término estructura como aquello que se nos muestra, no como inmutable, sino que presenta a la clínica la posibilidad de ciertos cambios, de ciertas transformaciones; no todas son posibles, lo cual implica que la estructura define lo que no deja de no escribirse. Y esta es una cuestión muy interesante en el campo de las neurosis, para analizar la relación con los objetos que el niño toma, en tanto los mismos son libidinizados. Abundan los ejemplos donde un determinado objeto se ubica como “el objeto”; sin embargo, pasado un tiempo, el mismo ya no es

5 Miller, J.-A., *Estructura, desarrollo e historia*, Ed. Gelbo, Colombia, 1998.

más del interés del niño. Además, la perspectiva estructural ligada a la temática de los objetos implica que no todo objeto es posible, lo cual plantea el hecho de que haya un imposible –recordemos que es así como Lacan define lo real, es decir como lo imposible.

Una matriz para la investigación

Presentada la tensión entre historia-estructura, por un lado, y desarrollo, por el otro, destacamos que dicha tensión no es oposición excluyente. Cuestión que nos lleva a sostener la afirmación de que no hay (siempre en el campo de las neurosis) un solo caso que no nos presente esta tensión (más allá de la edad del paciente, pero redoblado en la práctica con niños por la presencia de los padres o por su ausencia). Afirmación que requiere de nuestra parte, por lo menos, la presentación de nuestra matriz de referencia, para ubicar los términos y/o conceptos que se ponen en juego en relación a la tensión anteriormente señalada; la misma es:

Desarrollo	→	Diacronía	→	Niño (devenir del tiempo)	→	Familia/institución
Estructura	→	Sincronía	→	Sujeto (a-temporal)	→	objeto <i>a</i> (goce)

Las relaciones entre los términos presentados se ubican tanto en el eje vertical como en el horizontal, pero son de relación y no de exclusión, en tanto situarse exclusivamente en las perspectivas del piso superior implica una posición, para el practicante, que con Lacan, podemos nombrar de muchas maneras: “ayuda samaritana”, “maternaje terapéutico”, etc., pero por otro lado, ubicarnos sin tener en cuenta el piso superior –en el caso de que esto fuera posible– sería restarle a la práctica lacaniana con niños, su operatividad.

El pasaje en Lacan de historia a estructura

Tiene más de una razón y, por supuesto, más de una implicancia. Solamente destaquemos en nuestro recorrido que ambas mantienen una tensión con las cuestiones relativas al desarrollo. De lo expuesto hasta aquí reiteremos que, por el lado del concepto de historia, éste guarda, de todos modos, un cierto carácter diacrónico, lo que no permite una claridad conceptual –con referencia a la tensión señalada–, como el concepto de estructura. Además, el peso puesto en el pasaje de historia a estructura implica la posibilidad de considerar que las contingencias de un sujeto encuentren lo imposible. Estos elementos permiten articular, en la experiencia práctica del psicoanálisis, la relación entre sentido y real, en tanto la historia del niño implica una relación entre su división subjetiva y los sentidos ligados a las contingencias de su vida.

Ahora bien, una clínica de lo real implica la operación de ligar los efectos de sentido a la inercia singular que Lacan inscribe en el vacío, en el agujero estructural, como objeto *a*. Allí es donde situar la posibilidad de que los objetos que nos presenta el niño con su elección estén ligados a esa inercia, en tanto los mismos están bajo los efectos de la repetición. “Hemos definido la demanda por el hecho de que se repite y que solo se repite en función del vacío interior que circunscribe, ese vacío que la sostiene y la constituye (...)”.⁶ Sintetizamos: se trata de la posibilidad de llegar a cierto imposible por la vía metonímica de los objetos y –si así podemos expresarnos–, esto daría la posibilidad de una modificación de sentido en una dirección diferente a la inercia de la repetición. En tanto todo sujeto, más allá de la edad, borra lo real con los objetos que percibe y libidiniza, el trayecto analítico va hacia el vacío del sujeto, vacío por el significante pero, también, dividido entre su representación y su *a* real.

6 Lacan, J., Seminario *La identificación*, clase del 30 de mayo de 1962 (Inédito).

El síntoma como principio

La vía del síntoma parece la más indicada para dilucidar el funcionamiento de lo real, y podemos situar esta cuestión bajo la frase “El síntoma como vía regia al goce”. Se ve simplemente que es una transformación de la frase de Freud: “El sueño como vía regia al inconsciente”, frase desde la cual podemos denominar a las formaciones del inconsciente, al mensaje del inconsciente. Pero, el desarrollo freudiano nos lleva al más allá del principio de placer y, con Lacan, al más allá del Edipo y, siguiendo esta línea de pensamiento, ubicamos, desde la orientación de Miller, la problemática de la última enseñanza de Lacan sobre el síntoma. Una vía que se nos presenta en la práctica con niños como la más abierta a nuestras intervenciones⁷ puede implicar que la verdad que representa el niño (respuesta) sea la verdad de lo que es la pareja en la familia (cuestión que tomaremos en el último punto de esta serie). Lo que queremos señalar es la posibilidad de considerar que los objetos que nos presenta el niño –no en todos los casos– pueden ser pensados como lo no interpretable del síntoma, lo no interpretable en la operación analítica, el resto que retorna y el cual se presenta como el trabajo del inconsciente que cifra, que interpreta, que desplaza la significación –como lo define J.-A. Miller– que desplaza la intención de significación. Allí, en ese trabajo de cifrar, encontramos el goce.

Pero, el problema, me parece que, estrictamente planteado, es que todo desciframiento posible en la vía que sea, es un cifrado. No hay algo contrario al cifrado, ya que este implica la sustitución de una cifra por otra. El desciframiento es un nuevo cifrado.⁸

Por lo tanto, me parece que trabajar esta perspectiva hace necesario tener presente que toda respuesta al enigma de la neurosis es un enunciado al que uno llega desde las diferentes enunciaciones que la repetición en la vía significativa presen-

7 Lacan, J., “Nota sobre el niño”, *Analiticon* N° 3, *op. cit.*

8 Miller, J.-A., *Los signos de goce*, Paidós, Bs. As., 1998.

ta. Y repetimos que, sobre los objetos que el niño incluye en el dispositivo y sobre lo que el niño pasa al decir, podemos ubicar la dirección de la cura en la perspectiva de aislar el S_1 como respuesta al enigma. En este sentido, no es un desciframiento último, definitivo, terminal, sino una cifra. Sin embargo, hay una diferencia radical porque la respuesta al enigma permite una construcción de saber. Una construcción sobre el sentido gozado en el análisis, en tanto la experiencia del análisis, obviamente, se desenvuelve en el campo del lenguaje, pero el mismo no solo implica la vía de la palabra, sino también a la escritura y esta vía concierne al signo de goce.

La rectificación de la frase presentada en este apartado nos parece que refleja con más precisión nuestra idea, en tanto es mucho más preciso hablar, no del síntoma en el sentido general, sino del síntoma analítico; entonces: “El síntoma analítico: vía regia al goce”, subrayando así la presencia del analista. Es decir que el pasaje del síntoma al síntoma analítico lleva a elaborar esta presencia. Recordemos que Freud, tempranamente, en el texto “Dinámica de la transferencia”,⁹ concluye diciendo que es imposible ser ajusticiado, derrotado en ausencia o en esfinge, refiriéndose a la resolución de la transferencia. Este “en ausencia o en esfinge” lo podemos leer como la imposibilidad de evitar la presencia. Es imposible ser ajusticiado si no se está presente allí. Por lo tanto, el síntoma como principio –título de nuestro apartado– refleja el eje de señalar, que una clínica de lo real es una clínica de la presencia del analista (como objeto *a*), en el marco del malentendido de la transferencia.

¿Qué se articula a la presencia del analista? Rasgos que se ligan a lo imaginario, a lo simbólico y a lo real que ella implica. Quizá, lo más trabajado es la línea de neutralizar la presencia del analista como rasgo imaginario y el manejo de la transferencia ligado al sujeto supuesto saber; pero, lo que queremos subrayar en este trabajo, es que la presencia del analista im-

9 Freud, S., “Dinámica de la transferencia”, en O.C., t. XII, Amorrortu, Bs. As., 1980.

plica lo real. ¿De qué manera? Bajo los signos del goce que la presencia misma da, y esto lo podemos encontrar en un texto contemporáneo a la “Proposición...”, nos referimos al texto ya señalado como la guía de nuestras consideraciones, es decir, la exposición que realizó Lacan en las Jornadas sobre psicosis infantil organizadas por Maud Mannoni.¹⁰ Allí Lacan, un poco en broma, marcando lo innecesario de su presencia en esas jornadas, con un dejo de amargura, y bastante irónicamente –hay que ver el contexto de los asistentes– plantea lo obtuso de los analistas –son sus palabras–, al tomar el término de ‘presencia’ cómo sinónimo de imaginario y no como debería ser, de real.

Entonces, retomando la cuestión de los objetos en la relación de transferencia, éstos se pueden ubicar en el vacío entre elección y presencia:

Elección / / Presencia

< Vacío >

$$\frac{\$}{a}$$

La división del sujeto se enlaza a ciertos rasgos dados por la presencia del analista desde su condición inconsciente de amor. Una manera de enunciar esto es decir que el enigma de la neurosis se conecta al enigma de goce que la presencia como real implica. Y desde esta elección ya podemos hablar del síntoma analítico, porque lo que se ubica en ese “vacío” es la movilidad del sujeto con relación a la verdad y el saber. Enlace de goce y sutura del sujeto en el campo de transferencia.

¹⁰ Lacan, J., “Discurso de clausura de las Jornadas sobre las psicosis en el niño”, *op. cit.*

El principio de familia

Una referencia a Lacan nos sitúa: se trata de su expresión “adulto adulterado”,¹¹ que califica –es nuestra lectura– la posibilidad de que la posición del analista permita la aparición de la “...biografía segunda, llamada original que es la de sus relaciones infantiles y que allí, al cabo de un cierto tiempo de acostumbramiento del analista, tenemos por recibidas las relaciones tensionales que se establecen en el lugar de un cierto número de términos: el padre, la madre, el nacimiento de un hermano o de una pequeña hermana que consideramos como primitivos, pero que con seguridad, no toman ese sentido, no toman ese peso más que en razón del lugar que tiene por ejemplo en la articulación que doy del saber del goce y de un cierto objeto”.¹² Una cita extensa que nos permite identificar en nuestra temática la articulación saber-goce-objeto. Nos permite señalar que el sujeto se ubica en relación a ellos (saber, goce, objeto), y va a situar las relaciones de la segunda biografía –son términos de Lacan– (segunda biografía primera –llamada infantil) como lo que no está allí más que para enmascarar la cuestión sobre la cual tendríamos nosotros que interrogarnos verdaderamente. Es decir, se trata de poner el acento sobre la biografía (cuyo resorte no es siempre evidente), en el modo en el que se han presentado lo que llamamos deseos, en el padre, en la madre; y nos incita a explorar no solo la historia sino el modo de presencia de cada uno de estos tres términos: saber, goce y objeto *a* han sido ofrecidos efectivamente al sujeto.¹³

Por lo tanto, no solo se trata de situar al niño en su punto de desarrollo, ni de solo explorar la historia, sino de situar el modo en que le han sido ofrecidos al sujeto el saber, el goce y el objeto *a*. De esta manera ubicamos el principio de fami-

11 Lacan, J., *El Seminario, Libro 18, De un Otro al otro*, clase del 21 de mayo de 1969, Paidós, Bs. As., 2011..

12 *Ibíd.*

13 *Ibíd.*

lia ampliando –si así podemos expresarnos– el registro de la transmisión de un deseo no anónimo.

El principio de familia es el malentendido

En el texto que Lacan definió como “el primer pivote de su intervención en psicoanálisis”,¹⁴ se ubica a la familia como el ámbito donde se realiza el ser hablante: “Entre todos los grupos humanos, la familia desempeña un papel primordial en la transmisión de la cultura. (...) la familia predomina en la educación inicial, la represión de los instintos, la adquisición de la lengua a la que justificadamente se designa como materna. De este modo (...) transmite estructuras de conducta y de representación cuya dinámica desborda los límites de la conciencia.

De este modo, instaura una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental (...) Este término, bastante inadecuado por su ambigüedad, tiene al menos el mérito de señalar la dificultad que enfrenta el psicólogo para no sobrevalorar la importancia de lo biológico en los hechos llamados de herencia psicológica”.¹⁵ Cita de la cual subrayamos “herencia psicológica” como un antecedente de su enfoque estructural.

Si el punto de partida es un real (organismo) con una diferencia sexual biológica-anatómica (macho-hembra), es en la estructura del lenguaje que ese real tiene que inscribirse; inscripción en una combinatoria simbólica, en un sistema de parentesco (L. Strauss) expresado en una lengua. La cuestión fundamental señalada por Freud es que esta inscripción no se produce automáticamente, ni tampoco es inmediata –nos

14 Lacan, J., “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos* 1, Siglo XXI, Bs. As., 1989.

15 Lacan, J., *La familia*, Homo Sapiens, Bs. As., 1977.

referimos a la inscripción de la diferencia sexual. La familia es la combinatoria actual donde se realiza este proceso. Una combinatoria que implica una significación social pero que no agota el sentido particular que tiene para cada uno.

Por supuesto que el recorrido señalado podría continuar con una serie de referencias donde Lacan explicita su posición con respecto al tema, pero nos permitimos dar un salto para, así, ubicarnos en su seminario sobre *La disolución* de 1980. Allí, Lacan se define como "...un traumatizado del malentendido".¹⁶ Situando esta posición en relación a la práctica del psicoanálisis, decimos que el verbo es inconsciente, o sea, malentendido. Sobre él, es imposible una revelación absoluta, "...la práctica es explotar el malentendido por el malentendido mismo teniendo en la mira sí una revelación, pero no la del sentido sino la del fantasma".¹⁷ En la línea de los principios que venimos sosteniendo, incluimos fuertemente esta definición dada por Lacan para encuadrar la temática del objeto en su doble vertiente: el objeto *a* y la aparición de los objetos en la relación de transferencia con el niño, en tanto la fórmula del fantasma se corresponde con la formulación del ser-hablante:

Ser-hablante = Sujeto + Cuerpo

Fantasma ($\$ \diamond a$)

Por lo tanto, sostenemos que es en la vía de esta correspondencia donde inscribimos la temática del objeto, en la medida en que no se trata de un reencontrar, sino de encontrar el saber sobre el malentendido. La metonimia del objeto implica que el sujeto (niño) nos presente su singularidad en el malentendido y "para eso está el análisis, no digo para entenderse totalmente, sino para saberse eso y poder desprenderse del

¹⁶ Lacan, J., Seminario *La disolución*, clase del 10 junio de 1980. Inédito.

¹⁷ *Ibíd.*

Otro, desprenderse del trauma”.¹⁸ Del trauma del malentendido, en tanto “...se nos da un cuerpo fruto del linaje y uno después se las pasa nadando en relación a ese malentendido inicial de los seres hablantes que llamamos padre y madre”.¹⁹ Y no es lo determinante que sea deseado o no, porque eso ya forma parte del malentendido de dos que no hacen uno y que se conjuran para la reproducción. “Dos que se conjuran para la reproducción, pero de un malentendido cabal, que vuestro cuerpo hará pasar con la dicha reproducción”.²⁰

Entonces, la familia posibilita el malentendido, posibilita que en un cuerpo se inscriba el inconsciente. Y no solo permite la transmisión de un deseo, sino que también permite la transmisión del principio del objeto –si así podemos decir– en tanto que la familia permite que el principio se inscriba en lo simbólico. Remitimos, ahora al lector, al primer punto de estas notas.

18 *Ibíd.*

19 *Ibíd.*

20 *Ibíd.*

Acerca de “Nota sobre el niño”*

Quiero agradecer a la Comisión de Biblioteca, y por su intermedio, al Directorio, que me permitan participar de esta presentación. Es doble el gusto ya que, por un lado guardo, desde la creación de la Escuela, una especial relación al desarrollo de la Biblioteca de la misma, y, por otro lado, porque se trata de un acontecimiento tan esperado, como la salida de los *Otros escritos*, con una edición y traducción muy cuidadas.

Otros escritos que supongo que también, a muchos de ustedes, les ordena un poco la biblioteca personal, ya que la gran mayoría de los textos aquí reunidos estaban publicados en diversas revistas, o uno los había conseguido en fotocopias; pero, tenerlos todos juntos en este volumen –como decía recién– nos permite ordenar. Pero no solo la biblioteca, sino también nuestro estudio de Lacan. Por ejemplo, las referencias bibliográficas originales de los textos recopilados (en orden cronológico) permiten ubicar, en muchos casos, el contexto de su aparición y a quién se dirigía Lacan: cuestión importante, ya que es propio de su estilo, y muchos de los textos están dirigidos a determinados interlocutores o sectores.

Pero, como ustedes saben, hay un pedido de parte de los organizadores: se trata de elegir un texto. Pedido medurado; cuando Mónica Wons estaba invitándome a presentar los *Otros escritos* y todavía no había explicitado el criterio, debo confesar que me asusté un poco. Pero bien, un poco de calma llegó y aquí estamos.

* Presentado en Noche de Biblioteca de la EOL, 2012.

La elección de un texto que particularmente, haya incidido, me haya tocado, es una elección difícil. Lo primero que hice fue ir al índice, instante de ver, y casi de inmediato concluí: "Nota sobre el niño". Una página dentro de las 643 que tiene el volumen. De aquella impresión de tener que comentar todo el libro a una sola página... no me pueden negar que hice una reducción impresionante. Pero esta elección tiene, en particular, el interés que despertó en mí la primera vez que la leí ya que su efecto inmediato fue que ordenó mi práctica con niños que, en esos momentos, era muy intensa. A tal punto que, luego, tuve que alejarme un poco para que no me convirtieran en "especialista"; aclaro: alejarme un poco de lo público con respecto al tema, pero no de mi interés, ya que comparto plenamente la afirmación de hace algunos años de Eric Laurent, quien dijo que todo practicante del psicoanálisis (especialmente los hombres), deberían tener una práctica con niños en el marco de lo que enseña el psicoanálisis con niños, al psicoanálisis.

Bien, "Nota sobre el niño", que data de 1969, también tiene su reducción, porque las primeras veces que la leí eran dos notas sobre el niño y tenían un orden inverso. Si no estoy equivocado, en castellano aparece la versión de "Dos notas..." en un libro de Manantial, *Intervenciones y textos II*. En 1988, cinco años después de su publicación en Francia. Pero tenemos dos notas y un orden inverso, ya que comienza con la cuestión del síntoma en relación a la estructura familiar y la cuestión de la familia conyugal y las funciones del padre y la madre están como los dos últimos párrafos. Sin embargo, en el mismo año 1988, aparece en la revista española *El Analítico*, número 3, como "Nota...", es decir, una sola y con el orden al que recién hacíamos referencia invertido, y esto no es una simple precisión, sino que, a mi entender, cambia el sentido y orienta la lectura. Entonces, creo que comprendemos mejor cuando leemos en las referencias: "Un examen atento permitió concluir que se trataba de un único texto"; pero además, y fundamentalmente, esta Nota invita al examen atento, y durante esos años la trabajé mucho en distintos contextos.

Invita a intentar extraer de ella su rica enseñanza, invita al lector a poner de su parte.

Lo primero que podemos decir es que es un texto que resiste la disciplina del comentario, tal como sostiene Lacan, resiste el paso del tiempo y se mantiene vigente. No se trata de una simple respuesta dada por Lacan a Jenny Aubry y a su pedido.

Pero también, al volver sobre esta página, sobre estos doce párrafos que nos dan su estructura, tuve que realizar otra reducción, respecto de la idea de presentar, tal como indica la disciplina del comentario, párrafo a párrafo su comentario, porque esto sería el trabajo de un curso y no de una presentación. Así que hice otra reducción que apunta a la secuencia lógica del texto:

- 1.- Fracaso de las utopías comunitarias.
- 2.- Posición de Lacan.
- 3.- La familia como residuo.
- 4.- La cuestión de la transmisión del deseo.
- 5.- Función Madre, función Padre.
- 6.- La relación síntoma estructura familiar.
- 7.- Las respuestas del niño.

Dicho así parece simple, pero lo que quiero destacar es que la secuencia invita al lector, al practicante, a tomar posición respecto a la dirección de la cura con niños.

En esa línea, me he permitido resaltar algunos de los ejes y la actualidad que presentan para la práctica del psicoanálisis, ya que es un texto que no tiene su acento (aunque lo parezca) en la representabilidad del sujeto mediante el significante. Aquí, no solo se trata de no representabilidad, sino además de los efectos de esa no representabilidad sobre el sujeto y sobre su goce interdicto. Es por lo tanto un texto muy clínico, en la línea no solo de que no todo es significativo, sino de que el objeto *a* resiste a lo simbólico, es clínico en la ubicación de las consecuencias de esta resistencia del objeto.

Entonces, primero Lacan toma posición con respecto a la familia. Pero no se trata de intentar mantenerla o denostarla,

tal como la conocemos, sino justamente de tomar posición en tanto vehículo de transmisión, como está aquí planteado, y no se contradice con la tesis posterior de tomar a la familia como el espacio donde se juega tanto la estructura del lenguaje como el marco de goce, bajo la idea del malentendido entre los integrantes de la pareja parental. Transmisión, si se quiere, de que no hay relación sexual; he aquí la verdad de la pareja parental y no parental. Dicho de otra manera, se trata de la hipótesis de que la familia, como estructura, se ubica en el lugar de la relación sexual que no existe. Si bien la familia varía en el tiempo –“no siempre fue tal como la conocemos”–, y hoy estamos viviendo también una transformación en curso. Esta cuestión da actualidad a la “Nota...” ya que desde ella podemos preguntarnos si esa transformación altera la transmisión. A mi entender, no, en tanto la familia y sus variaciones se presentan como discontinuidad con la naturaleza, y es este el marco para ubicar la discontinuidad del sujeto con lo real, cuestión muy diferente a fundar a la familia en la reproducción. Al ubicarla en la discontinuidad, lo que mantiene es pasar la necesidad y demanda por la lengua. Se trata del vehículo de transmisión, y de la constitución subjetiva; en otros términos, del deseo no anónimo que implica ubicar al ser vivo en el orden de la primera muerte y disponerlo al juego de la vida (significación fálica).

Tenemos, en relación a lo anterior, por parte de Lacan, la indicación tan precisa de que el niño puede ocupar la posición de síntoma, pero también la posición de objeto. Como síntoma, cuando responde con la neurosis, representando la verdad de la cadena en la cual está inscripto. Como síntoma de la pareja parental, en tanto inscripción del malentendido. La posición del niño como fetiche cuando responde con la perversión. Y por último la posición como objeto que no entra en el juego de la significación fálica y que ubica, su respuesta, como psicosis. Toda una clasificación que, sin embargo, introduce el registro de lo singular, en tanto se desprende de la posición de Lacan que si desear es representar un objeto que falta, al nacer el niño, produce la falsa ilusión de que ya no falta, pero

como ningún objeto satisface plenamente la falta de objeto, entonces ningún hijo puede satisfacer por completo el deseo, siempre hay una decepción. La “Nota sobre el niño” de Lacan nos lleva a ubicar en la práctica esa decepción singular y su marco, porque no es lo mismo el deseo de tener un hijo, que el deseo de ser madre, ni al deseo de embarazo, ni tampoco el deseo de no tenerlo, por ejemplo.

Bien, he querido simplemente dar algunas de las razones de mi elección y plantear la importancia de esta “Nota sobre el niño”, y la satisfacción de tener los *Otros escritos*, entre nosotros.

Bibliografía

Lacan, J., “Nota sobre el niño” en *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., marzo 2012.

Di Ciaccia, A., “Nota sobre el niño y la psicosis en Lacan”, en revista *El Analicón* N° 3, Ed. Correo-Paradiso, Barcelona, 1987.

Enseñanzas del psicoanálisis con niños*

I. Introducción

Nuestro título se orienta en la pregunta: ¿qué le enseña el psicoanálisis con niños al psicoanálisis? La actualidad de esta pregunta se refleja en las inquietudes de aquellos que intentan en ámbitos públicos o privados sostener la existencia del mismo. Existencia controvertida. Preguntas que el tema genera, que interrogan su estatuto en las afirmaciones de especialidad, y certezas de sugestión, en el sostener la imposibilidad de interpretar al niño. Una larga lista de dificultades, ante las cuales recordamos que Lacan situaba la cuestión sosteniendo que no es el niño el que crea problemas al psicoanálisis, sino que estos aparecen debido a las consecuencias que los practicantes extraen de su acción con ellos. Valga como ejemplo el “maternaje terapéutico” y las consecuencias del olvido del campo y función de la palabra para la experiencia analítica.

A su vez, en la línea de las controversias, una mirada a la historia misma del psicoanálisis nos señala que el tema del psicoanálisis con niños, junto a la sexualidad femenina y al psicoanálisis laico, forman un nudo, el cual a todo practicante, al ser su producto, le convendría mirar, ya que es necesario que, como analistas, tengamos un conocimiento de los con-

* Publicado en *Psicoanálisis con niños 3*, Irene Kuperwajs (compiladora), Grama ediciones, Bs. As., 2010.

ceptos y una idea de aquello que nos genera como producto. Y así, al ampliar nuestra mirada sobre la historia de la práctica analítica en su vertiente del manejo de la transferencia como motor y obstáculo en la cura, se puede afirmar que justamente tendría que ser moneda corriente –si así podemos expresarnos– que un practicante del psicoanálisis tomara indistintamente “adultos” y “niños”; sin embargo, continúa en vigencia la afirmación: “no me dedico a hacer niños” que, más allá de su ambigüedad, genera entre sus efectos, también el de la especialidad. En esta línea nos hacemos eco de la afirmación de Eric Laurent al ubicar la cuestión de la práctica con niños como una disciplina intelectual y que, por lo tanto, empuja a los analistas, a todos los analistas, especialmente a los analistas hombres, a tener una práctica con niños y a extraer las consecuencias de una clínica bajo transferencia. Una clínica donde diferenciar las vertientes imaginarias de la demanda, de su vertiente simbólica. Una clínica que enseña lo que Lacan ubicaba como la cercanía del niño al inconsciente en el encuentro con el Otro primordial. Y de esta manera situarse no solo frente al peso de los ideales, sino también frente a las manifestaciones del goce. En síntesis, sostenemos que la práctica del psicoanálisis con niños enseña que a cada uno le toca reinventar el psicoanálisis, sin perder de vista la posición ética del psicoanálisis y, por lo tanto, sin constituir una especialidad.

II. Referencias

Cuatro referencias al niño en la enseñanza de Lacan nos permiten situar algunas coordinadas de lo planteado en la introducción, las mismas son:

“Un niño no es un hombre”¹

1 “Además, el espejismo de las apariencias en que las condiciones orgánicas de la intoxicación, por ejemplo, puede desempeñar su papel, exige el inasible consentimiento de la libertad, cual aparece en el hecho de la locura solo se manifiesta en el hombre y con posterioridad

"El psicoanálisis nos demuestra que el niño es el padre del hombre".²

"El niño no está solo".³

"Los hombres, las mujeres y los niños no son más que significantes".⁴

a la 'edad de la razón', y de aquí se verifica la intuición pascaliana de que 'un niño no es un hombre'. J. Lacan "Acerca de la causalidad psíquica", *Escritos 1*, Siglo Veintiuno, Bs. As., 1989, p. 177.

- 2 "En primer lugar, el lenguaje, hasta el del amo, no puede ser más que demanda, demanda que fracasa. No es un éxito suyo, es por su repetición como se engendra algo que es de otra dimensión que he llamado la pérdida –la pérdida por la que toma cuerpo el plus de goce.

Esta creación repetitiva, esta inauguración de una dimensión que ordena todo aquello con lo que va a poderse juzgar la experiencia analítica, puede partir también de una impotencia original – para decirlo todo, la del niño, lejos de ser la omnipotencia. Si se ha podido advertir que el psicoanálisis nos demuestra que el niño es el padre del hombre, es precisamente porque debe haber, en alguna parte, algo que haga mediación y es precisamente la instancia del amo, en tanto viene a producir, como un significante, no importa cuál después de todo el significativo amo". Lacan, J., *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., p. 132.

- 3 "Como ya les dije, si estamos progresando así, hacia atrás, trazando etapas que se sucederían en una línea de desarrollo, solo es en apariencia. Por el contrario, se trata de captar siempre lo que, interviniendo desde afuera en cada etapa, reordena retroactivamente lo que se había esbozado en la etapa anterior. Esto, por la simple razón de que el niño no está solo". Lacan, J., *El Seminario, Libro 4, La relación de objeto*, Paidós, Bs. As., 1994, p. 201.
- 4 "No hay la más mínima realidad prediscursiva, por la buen razón de que lo que se forma en colectividad, lo que he denominado los hombres, las mujeres y los niños, nada quieren decir como realidad prediscursiva. Los hombres, las mujeres y los niños no son más que significantes". Lacan, J., *El Seminario, Libro 20, Aun*, Paidós, Bs. As., 1989, p. 44.

III. Comentarios

“Además, el espejismo de las apariencias en que las condiciones orgánicas de la intoxicación, por ejemplo, puede desempeñar su papel, exige el inasible consentimiento de la libertad, el cual aparece en el hecho de que la locura solo se manifiesta en el hombre y con posterioridad a la 'edad de la razón', y de aquí se verifica la intuición pascaliana de que un niño no es un hombre”.

El párrafo ubica la importancia dada por Lacan, en esos años, al estatuto de lo imaginario en la constitución del sujeto y a la oposición entre la inercia imaginaria y la dinámica simbólica. La importancia del estatuto imaginario en la constitución del sujeto es que el estatuto mismo del sujeto es interrogado por Lacan desde la prematuración del nacimiento que implica una incompletud. Lo interesante es que en función de este atraso aparece correlativamente una anticipación funcional. ¿Cuál es esta anticipación funcional?: la maduración precoz de la percepción visual, base de apoyo en Lacan para situar el nudo imaginario llamado la teoría del narcisismo y sus consecuencias clínicas. Así, “la locura solo se manifiesta en el hombre y con posterioridad a la ‘edad de la razón’, y de aquí se verifica la intuición pascaliana de que ‘un niño no es un hombre’”. Recordemos que Lacan toma la estructura de la locura en esos años como una discordancia entre el yo y el ser. Entonces, tenemos que núcleo narcisista y estructura de la locura nos indican que son las identificaciones primarias del niño (*infans*) las que determinan –aparte de las fijaciones de la neurosis–, esa locura gracias a la cual un hombre se cree un hombre. Sin embargo, esto implica para Lacan una formulación paradójica, en tanto saberse hombre no le hace saber sobre su ser. De esta manera, subrayamos una cuestión límite al decir que el proceso de identificación no implica un saber sobre el ser. No implica un saber sobre lo real sino que, más bien, vela lo real. De allí que Lacan sitúa estas primeras identificaciones del niño, como elecciones “inocentes”. Formulación paradójica, en tanto saberse hombre no le hace saber so-

bre su ser, ligado a la intuición pascaliana y su reflexión sobre la relación del hombre al universo bajo los términos de lo singular, lo individual y la fe. Lo singular es donde se establece la diferencia entre el “espíritu de geometría” y el “espíritu de finura”, diferencia que permite ubicar, separar lo singular, de lo concreto. Posibilita el pensar abstracto, es decir la mirada que, más allá de los principios universales, le permite ubicarse en la fe. “El corazón tiene razones, que la razón no conoce”.

La perspectiva señalada junto al texto de “El estadio del espejo”, donde Lacan elabora la cuestión del narcisismo bajo la denominación de lo imaginario, le permiten cuestionar la teoría clásica de las identificaciones, ya que son estas identificaciones las que permiten la constitución del sujeto. Si la fase del espejo constituye la matriz del yo, “Un niño no es un hombre” no implica reducir al niño a su yo en tanto el registro imaginario se caracteriza por el predominio de la relación con la imagen del semejante. En esta línea ubicamos el diferenciar al niño, sin que esto fundamente una especialidad; y a su vez, no nos exime o disculpa de la existencia de esas diferencias que el niño nos presenta. La cuestión en el límite es el uno por uno, sea este un niño o no. También entendemos que hay diferencias agrupables que han influido en la consideración de un psicoanálisis de niños. La cuestión, a nuestro entender, es discernir cómo se presenta en cada uno la discordancia imaginaria y sus efectos.

Pasemos ahora a nuestra segunda frase: “El niño es el padre del hombre”, que remite al romanticismo inglés, y sobre la cual Lacan afirma que esta cuestión es demostrada por el psicoanálisis. ¿Cuál es el alcance de esta demostración? Nos indica que los ideales de un sujeto se sitúan en un punto de intersección imaginario-simbólico. Pero además, si leemos con cuidado el párrafo, vemos que primero hay una afirmación por parte de Lacan; dice: “En primer lugar, el lenguaje, hasta el del amo, no puede ser más que demanda, demanda que fracasa”. Lacan ya había situado, con anterioridad, la posición de que toda palabra humana es demanda, pero aquí vemos que lo generaliza hacia todo el lenguaje. Por lo tanto, toda

necesidad pasa por el código del Otro, se humaniza. Se trata de ubicar la identificación primaria, aquella que suspende, filtra, fragmenta, modela las necesidades en los desfiladeros del significante, instalando una pérdida; en el párrafo lo dice así: “No es un éxito suyo, es por su repetición como se engendra algo que es de otra dimensión que he llamado la pérdida –la pérdida por la que toma cuerpo el plus de goce”. Una pérdida en la transformación de un organismo en un cuerpo, discontinuidad de lo real. Una pérdida por la que toma cuerpo el plus de goce, como resto que, vía la repetición, se mantendrá como un saber del inconsciente que irrumpe en la vida del sujeto. Saber paradójico, en tanto saber del goce. Goce insistente que se sustrae a todo conocimiento. Repetición que, instalada bajo transferencia con los niños, posibilita el desplazamiento en una dialéctica que apunta a lo diferente.

Además de lo que venimos señalando, encontramos en Lacan otro uso de la frase y recurriendo al seminario sobre *La ética...*, leemos: “Si el beneficio, si la novedad de la experiencia analítica debería limitarse a esto no llegaría más lejos que el pensamiento fechado que nació mucho antes que el psicoanálisis según el cual el niño es el padre del hombre. La fórmula citada con respeto por Freud mismo, es de Wordsworth, poeta romántico inglés”.⁵ Encontramos una pista al ubicar brevemente la figura de William Wordsworth (1770-1850) y el poema al que alude Lacan. Poeta inglés, quien en el siglo XIX expresara lo que Valéry en el siglo XX, al decir que se escribe mejor cuando la emoción ha cesado. Su poesía expresa, a través de la liberación de las reglas de composición y estilo establecidas por los autores clásicos –característica principal del romanticismo–, la idea de conciencia de la personalidad humana. Como rasgo peculiar de Wordsworth, citamos la siguiente frase: “El poeta no debe dejarse llevar por la emoción que conforma el poema, sino más bien por la emoción recordada con tranquilidad”.

5 Lacan, J., *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1988, p. 35.

El poema, en sus tres últimos versos, dice así:

El niño es el padre del hombre
y quisiera mis días se concierten
unidos por auténtica piedad.⁶

Estos tres versos sirven de prefacio a su extensa Oda: “Indicios de inmortalidad en los recuerdos de la primera infancia”. Tanto en la lectura de estos versos, así como en la Oda, podemos inferir que se trata de un anhelo. Anhelos que el romanticismo del autor expresó en los valores del espíritu de la tierra que revela –en una imprevista iluminación– la presencia divina en el mundo visible. Es el poeta quien revive, ante las formas de la naturaleza, la mirada del niño que no está mortificada por el raciocinio. Valor otorgado, entonces, a los recuerdos de la infancia, a los deseos del niño y sus ideales. Pero si la experiencia analítica se limitara solamente a valorar recuerdos y anhelos y valorizar los ideales (Lacan dice), “ella no llegaría más lejos que el pensamiento fechado que nació mucho antes que el psicoanálisis...”. Todo esto, Lacan lo ubica como un límite pero en el sentido de velo de lo real. Por lo tanto, vemos que la experiencia debe llevar a un más allá de “el niño es el padre del hombre”. Dicho de otro modo, debe ir más allá del Edipo. Es una cuestión central en la práctica

6 Antología poética del romanticismo inglés. *La música de la humanidad*. Selección y traducción de Ricardo Silva-Santisteban, Tusquet Editores, Barcelona, 1993.

A continuación transcribimos el poema de W. Wordsworth:
“MY HEART LEAPS UP WHEN I BEHOLD...”

Salta mi corazón cuando contemplo
un arco iris en el cielo:
fue así cuando empezó mi vida;
es así ahora que soy hombre:
así ha de ser cuando envejezca,
¡si no, morir quisiera!
El Niño es el padre del Hombre;
y quisiera mis días se concierten
unidos por auténtica piedad.

con niños cómo se plantea esta referencia a los valores de la infancia, en qué términos se plantea ya que, como génesis individual, es un límite a atravesar.

Veamos ahora la tercera de nuestras referencias en la frase de Lacan “El niño no está solo”, ubicada en una secuencia amplia sobre el niño y sus etapas que se suceden en una aparente línea de desarrollo, pero cuyo hilo conductor es el complejo de castración. Y allí sostiene Lacan: “Esto es, por la simple razón de que el niño no está solo”. No solamente por su entorno biológico, familiar e institucional, sino fundamentalmente por el orden simbólico, ya que se nutre de significantes que le vienen del Otro, las palabras que nombran al sujeto incluso antes de nacer. Por ejemplo, un niño revoltoso a quien habían puesto Agustín, debido al deseo de una madre católica, bajo la complacencia irónica del padre, que conociendo la vida del santo, sostenía el secreto deseo de que este niño se pareciera más al Agustín que había llevado una vida díscola en sus primeros años, antes de su conversión.

Si con la frase pascaliana de que “un niño no es un hombre” aludíamos a la discordancia del yo y al núcleo narcisista, considerar que “el niño no está solo” es considerar que el narcisismo es central en las relaciones interhumanas. El niño, en relación al otro, al semejante, a otros niños, nos revela la tensión agresiva y lo que significa. Tensiones a veces muy difíciles de encuadrar y que nos dicen que el yo es otro (que el yo, es desde su gestación, otro). “El yo es amo que el sujeto encuentra en el otro, y que se instala en su función de dominio en lo más íntimo de él mismo”, afirmación de Lacan que implica que en toda relación al otro se pone en juego una exclusión, es él o yo, y vemos el carácter del fantasma neurótico por excelencia: la exclusión. Por lo tanto, reducir el niño a su yo implica ubicarlo en lo ajeno. Entonces ¿qué es un niño? Decimos: es la manifestación variable de que todo equilibrio puramente imaginario con el otro siempre está marcado por una inestabilidad fundamental, y que esta hiancia de la relación imaginaria exige algo que mantenga una relación, una función y una distancia, tres cuestiones que definen según Lacan

el sentido mismo del complejo de Edipo, poniendo un coto, si se quiere, a la relación dual imaginaria, que, en sí misma, está destinada al conflicto y a la ruina. Por lo tanto, la afirmación de que el niño no está solo, no solo se refiere al otro, el semejante, sino que supone que hace falta la función de un tercero que implica una ley, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra, la instalación de la metáfora paterna, la función signifiante del Nombre del Padre que implica un orden.

Muchas cuestiones se juegan en torno al Edipo, pero resaltemos que el sujeto se encuentre capturado en la trampa de estar comprometido en el orden existente, dimensión diferente a la trampa narcisista imaginaria. Pero, justamente, darle el carácter de trampa señala la posibilidad de salida, se trata de cómo ubicarla en el dispositivo analítico para vislumbrar su más allá.

Por último, “Los hombres, las mujeres y los niños no son más que significantes”, inscripción inconsciente que lo representa para otro signifiante y mueve al sujeto vía el síntoma; es decir, un asunto de goce. En esta línea es donde se afirma que el psicoanálisis va más allá del Ideal, en el sentido de límite a atravesar. Cuestión problemática de la práctica del psicoanálisis con niños en tanto los pedidos de rectificación del Otro (social, escolar, familiar) empujan a ocupar el lugar de Ideal al analista mismo y al dispositivo con una finalidad de rectificación. La cuestión de cómo cada uno reinventa el psicoanálisis implica en algunos casos aceptar que esta finalidad no está mal, cuando no se puede por condiciones de posibilidad, el ir más allá del Ideal. Por lo tanto, parece oportuno encuadrar, matizar, sopesar afirmaciones como, por ejemplo, “el psicoanálisis no se ocupa de los ideales sino del goce”.

No hemos presentado al lector un acabado desarrollo de las posibilidades que las referencias de Lacan nos brindan. Solamente hemos querido ubicarlas, situarlas más allá de su orden cronológico, en una secuencia que –pensamos– permite al lector ir a las fuentes y relacionarlas con su práctica. De esta manera podrá extraer las enseñanzas del psicoanálisis con ni-

ños y reinventar en cada caso. Dar lugar a lo inédito, quizás, sea una de las enseñanzas mayores de la práctica con niños, no reducirla a lo conocido y, que en cada encuentro, el nudo entre transferencia y deseo del analista sea una novedad total.

Consideraciones sobre la práctica

Introducción

Estas notas generales sobre la práctica parten del supuesto de que el psicoanálisis con niños enseña al psicoanálisis; así destaco su importancia como ámbito de investigación permanente y, por lo tanto, como fuente de formación.

A su vez, si bien consideramos que la práctica con niños no implica una especialidad, no por esto se deberían dejar de lado ciertas particularidades que hacen a las condiciones de posibilidad de la misma. Valga como ejemplo el tema de lo preliminar propiamente dicho, en donde se nos presenta, y somos parte (en la mayoría de los casos) de una tríada “niño-padres-practicante”, todos implicados en una trama de discurso, en donde puede darse la posibilidad, a partir de la circulación de verdad, de que se construya un nuevo saber, y en varios casos, la posibilidad de que este continúe en un análisis. En otros, que dicha trama encauzada provoque efectos terapéuticos y se produzca una detención; sin embargo, en ellas puede situarse la precisión freudiana de dejar que los niños hagan su neurosis en paz.

Lo expuesto en la introducción nos permite continuar considerando nuestro hacer como práctica discursiva, en donde la palabra, en su marco significante, constituye la herramienta fundamental para mantener abierta la vía freudiana; el descubrimiento del inconsciente y, su correlato, el invento del psicoanalista. Respecto de este último, la posición del practicante

implica un saber hacer con la herramienta señalada, tanto en sus posibilidades como en su límite. Posición y presencia que se nutren de la operatividad y la vigencia de la enseñanza de Lacan y de su renovación del psicoanálisis. Por lo tanto, si la práctica es una cuestión de principios, lo es por la referencia a sus fundamentos lógicos que sostienen su acción. Amplío este punto diciendo que la relación entre práctica y teoría no remite a una pura unión sino, específicamente, a una intersección que llamamos operativamente transferencia y que implica la evolución, la modificación de los conceptos y su implementación, sabiendo que el movimiento conceptual no aborda totalmente la dimensión práctica y que su evolución es una tendencia al límite de lo real que se circunscribe en la práctica. Obviamente, no reduzco el tema de la transferencia al aspecto señalado, pero tomo ese eje para aclarar que no solo hay una evolución y un desarrollo del concepto, sino que, fundamentalmente, este se encuentra en íntima ligazón a las dificultades prácticas. Así, la posibilidad de cada análisis, tomado desde la orientación lacaniana, depende de poder encontrar los problemas, las dificultades clínicas y teóricas, en y desde los principios de su acción. Desde esta consideración es que me permito sostener que es en nuestra dificultad donde radica nuestra fuerza, ya que tenemos en nuestro haber lo auténtico de una experiencia de lazo y de discurso ante cada caso. La clínica del uno por uno no es ni un sintagma, ni un estándar, sino –así lo entendemos– el principio de reinventar el análisis una y otra vez. Esta perspectiva permite situar y situarnos de otra manera: cuando la práctica concierne al trabajo con niños, en la consabida disputa entre particularidades y especialidad, la relativiza. Sin embargo, no la suprime y la misma reaparece, por ejemplo, en las preguntas que giran en torno a la cuestión de si el psicoanálisis con niños, su fin y finalidad, se agota en la eficacia terapéutica. Vale la pena encuadrar esta pregunta aún sabiendo que nuestro análisis no será exhaustivo. Por un lado, considerar la práctica con niños como experiencia analítica, es decir como una experiencia significativa por la vía de la palabra (más allá de que el niño hable o no) que se sostiene

ne por la función y campo del lenguaje (lo que permite situar al niño como emergente del sujeto y discernir si estamos en una indeterminación subjetiva que indica una continuidad o una discontinuidad de lo real, es decir ante una neurosis o una psicosis), nos permite saber y operar en la experiencia con el límite que mencionamos anteriormente. Y enseña, justamente sobre ese límite del significante, sobre el límite de lo simbólico, ya que no todo puede inscribirse en la estructura del lenguaje; así, la experiencia misma con niños nos muestra, si así podemos decir, la cercanía a lo real, en tanto el niño –vía la transferencia (si la posición y presencia del analista no lo impide)– recorre y declina las fantasías desde su posición fantasmática. Otra cosa es la posibilidad, antes de la pubertad (en el sentido de resignificación de la sexualidad infantil), de construir un saber de ese acto, es decir, que el niño pueda construir un saber sobre el fantasma. Por lo tanto, si sostengo que esto no impide la travesía, me respondo que la práctica con niños no se agota en lo terapéutico. En este sentido, me parece más conducente para nuestra investigación ubicar la práctica del psicoanálisis con niños en la tensión entre el psicoanálisis puro y el aplicado, ya que de esta manera se nos permite abordar el tema desde ángulos más interesantes que situándola como diferencia, sobre todo si ésta se plantea como antinómica.

A su vez, la idea de tensión permite abordar el tema que presentamos en la introducción de estas consideraciones, el trípode “niño-padres-practicante”, implicado en una trama de discurso, como un campo que aloja lo real. Mirador privilegiado, pero que no nos permite establecernos como observadores imparciales, sino que nos obliga a tener que tomar una posición de principio y abordar el uno por uno.

De lo expuesto, pasaremos a presentar otras consideraciones. La primera es no equiparar, igualar, homologar psicoterapia a terapéutico, en tanto esta equivalencia ha conducido, en la historia del psicoanálisis, tanto en la práctica como en los desarrollos conceptuales, justamente, a la pérdida de la identidad psicoanalítica.

La segunda consideración, correlativa a la anterior, es que

constatamos la existencia del inconsciente en un saber que se verifica en tanto su lectura tiene efectos terapéuticos. Ahora bien, el deseo del analista operando implica la posibilidad de un más allá de estos efectos, pero a condición de haberse servido de ellos. Una dimensión terapéutica que no es antagónica con el psicoanálisis puro, y que es imposible de eliminar, ya que es la que permite constatar que el desciframiento del inconsciente tiene efectos sobre el síntoma y/o sobre el sujeto. De esta manera, la perspectiva terapéutica se enlaza a la orientación por el síntoma, y es el más allá del alivio lo que nos muestra la manera en cómo el sujeto se las arregla con lo que resta. Es decir, que el saldo –si así podemos expresarnos– es, no solo la identificación al síntoma, sino el manejo a partir del saber alcanzado, y esto también es posible a condición de que el sujeto se haya servido de lo terapéutico como cesión de goce. Cuestión que se nos presenta en el tratamiento con niños como exploración sobre la identificación al síntoma y verificación de la relación del sujeto con el funcionamiento del goce que se sirve del síntoma.

La tercera consideración. Se trata justamente de que no negar lo terapéutico implica encuadrarlo en el campo de una tensión, que no cierre la puerta, ni en su fin, ni en su finalidad, que mantenga la vía del deseo y al goce en su estatuto singular y radical. El goce no tiene una utilidad directa ni puede ser globalizado pese a todos los intentos por neutralizarlo. J.-A. Miller ha señalado que la provocación de Lacan llegó hasta la definición de goce como aquello que no sirve para nada, aquello que no hace el bien, que no se inscribe en la armonía de las funciones vitales. Por lo tanto, la oferta al niño, a los padres, de un psicoanálisis, debería acompañarse de una política del deseo del analista, bajo la oferta de que el psicoanálisis no trabaja para la homeostasis terapéutica, ni se enrola en un progresismo que deje de lado la incidencia del goce de lo real, porque si ese es el caso, tendrá un psicoanálisis aggiornado pero que cierra la vía abierta por Freud y, por supuesto, tendremos un psicoanálisis que será consumido pero, en su doble acepción.

La cuarta consideración. En otras ocasiones he planteado el deseo del analista como aquello que permite el trayecto del Otro al S (\mathcal{A}), hoy quisiera agregar qué nos enseña este más allá de lo terapéutico: ubica el deseo del analista como el hacer existir el psicoanálisis, y me atrevo a poner en correspondencia esta cuestión con la afirmación de Lacan "Le toca a cada uno reinventar el psicoanálisis". Reinventar es un más allá de la neutralidad, es una posición del practicante en clara disimetría con el analizante ya que su interlocutor no es el paciente sino el psicoanálisis. He ubicado estas consideraciones bajo la expresión "Aislar lo terapéutico", tomada de la "Proposición del 9 de octubre de 1967 acerca del psicoanalista de la Escuela", ya que allí Lacan la utiliza para decir que aislar lo terapéutico es la condición para que un análisis pueda tener un fin. ¿Cómo entender este aislar? Es una pregunta que en la práctica con niños implica la posibilidad de responder: plantearlo como más allá de la neutralidad homeostática de esperar resultados...

En concordancia, las consideraciones presentadas nos conducen a cuestiones de la práctica en donde se destaca la pregunta usual entre practicantes sobre la posibilidad de que el niño asocie libremente, junto a las afirmaciones sobre las dificultades en torno a las interpretaciones, o mejor dicho, a la posibilidad misma de interpretar; ambas dificultades merecen ser examinadas ya que no se trata de una cuestión estática sino que responden a un problema de posición y, como todo problema, depende de su formulación; así que tomamos ambas cuestiones, y su lazo, como indicadores de la formación de los analistas. Y de esta manera, recurrimos a Lacan, quien, en su escrito "El psicoanálisis y su enseñanza", dice: "Observemos primeramente el lugar donde el conflicto es denotado, luego su función en lo real. En cuanto al primero, lo encontramos en los síntomas que solo abordamos en el nivel en el que no tenemos únicamente que decir que se expresan, sino donde el sujeto los articula en palabras: esto si conviene no olvidar que aquí reside el principio de 'parloteo' sin respiro al que el análisis limita sus medios de acción e incluso sus

modos de examen, posición que, si no fuera constituyente y no solo manifiesta en el análisis de adultos, haría inconcebible toda la técnica incluyendo la que se aplica al niño”.¹

Una extensa cita que permite abordar lo que presento como dificultades y consideraciones, ya que tenemos claramente la indicación de ubicar dónde el conflicto es denotado: en los síntomas, y que su abordaje no implica solamente la constatación de que se expresan, de que se presentan en su gama fenoménica, sino en que el sujeto los articula en palabras. Este punto es crucial en relación a la práctica con niños, ya que este más allá del uso posible o no de la palabra, lo articula en sus dichos significantes, es decir, en su manifestación por distintas vías: la palabra, el juego, el dibujo, y es sobre ellas donde el principio de nuestra acción reside, y en esta línea recordemos que, en el contexto de la cita, el término de “técnica” es la manera de presentar, en esos años, la idea de acción analítica. Y es en torno a ella donde la posición del practicante ubica al psicoanálisis como medio de su acción. Si la asociación libre pone en juego la sobredeterminación del sujeto, la interpretación coloca al practicante en lo que Lacan denominó el “poder discrecional del oyente”. Por lo tanto, me parece que los cuestionamientos sobre la posibilidad de interpretar en la práctica con niños puede situarse de este modo: posicionarse desde el Otro, pero en función del S (\mathcal{A}). Esta operación implica diferenciar la situación analítica de las relaciones “naturales” en las que el niño está inmerso, es decir, la familia, la institución, etc. y, por lo tanto, la posición del practicante es claramente diferente a la del educador, a la del médico, en fin, a la de todas las figuras que representan, en uno u otro sentido, el principio de realidad. En síntesis, debemos privarnos (a no ser que circunstancialmente el caso lo requiera) del ejercicio del dominio, por bien intencionado que sea. Privación de dominio que implica un problema ético en tanto difiere de un deber. Se trata de una cuestión esencial de la política del psicoanálisis

1 Lacan, J., “El psicoanálisis y su enseñanza”, *Escritos I*, Ed. Siglo Veintiuno, Bs. As., 1984, p. 425.

con niños, puesto que, en general las demandas del Otro social implican un llamado a la utilidad directa. Una demanda que si bien no tomamos como la guía de nuestras respuestas, no podemos forcluirla, ya que nuestra acción, como venimos sosteniendo, implica resultados terapéuticos. Ahora bien, tomar esta demanda se acompaña necesariamente de situar al niño en la diferencia fundamental entre sujeto e individuo, lo que está en relación a las coordenadas de estructura y desarrollo. Ubiquemos, de una manera general, la estructura en relación al lenguaje (sincronía) y, el desarrollo, en relación al crecimiento (diacronía); de esta manera podemos servirnos de un articulador: la concepción de infancia en las infancias, que permite investigar las relaciones entre estructura y desarrollo desde una invariante: el sujeto (y partir, en nuestra acción, desde una indeterminación) y una variante: el niño. Una guía para no perdernos y, a su vez, para establecer algunas de las particularidades a las que hacía mención al principio de estas notas, ya que se ven con claridad, por ejemplo, las diferencias en el niño en el momento de organización de la lengua, o en su entrada al colegio, o cuando se encuentra en el aprendizaje de la escritura, etc. Se puede observar y accionar cuando en algunos de estos momentos el desarrollo se encuentra en un impasse debido a que algo del orden del Ideal de los padres, algo de una manifestación sintomática, o de una inhibición, está deteniendo al niño y realizando la invariante subjetiva.

Por último, y sin el ánimo de presentar conclusiones a estas consideraciones, señalo que, tanto en la literatura analítica como en discusiones analíticas, no es evidente de qué niño hablamos cuando decimos “niño”. Y que justamente situar al niño hace a las condiciones de posibilidad del análisis, y esto, en un sentido, vale para todo analizante. Ahora bien, las particularidades en muchas ocasiones hacen que sean los padres quienes nos presentan al niño, en una trama que destacamos al principio de estas notas y que retomamos diciendo que la misma expresa un deseo en el sentido del discurso familiar, presentifica un discurso de idealizaciones; habrá que constatar caso por caso, en qué punto inciden las mismas. Un dis-

curso que manifiesta la articulación del malentendido entre ese hombre (padre) y esa mujer (madre); pero, en esa relación, no solo se vehiculiza el deseo, sino también el goce, y si el mismo está articulado, o no, a la cadena significante.

¿Clínica y discurso? ¹

El tema de las intervenciones en la psicosis siempre se nos presenta en íntima conexión con la perspectiva de la investigación, en tanto nos lleva al campo de lo no sabido con anterioridad. Por lo tanto, me parece que presentar el título bajo la forma de pregunta, trae una serie de ventajas que trataré de dar bajo la forma de razones de la elección del título y de su forma interrogativa.

La primera ventaja de la forma interrogativa implica, siguiendo la enseñanza de Lacan, poder situar y situarnos en el problema; en un sentido podemos decir –siguiendo la perspectiva de Russell– que un verdadero problema es aquel que tiene una solución. Para ubicarlo en nuestro tema podemos decir, frente al problema que la clínica de la psicosis nos presenta: un tratamiento.

La segunda razón para presentar el título bajo una pregunta es poder ubicar la posible relación entre clínica de la psicosis, tratamiento de la psicosis y discurso analítico. De esta manera, sitúo el problema en el conectivo, entre clínica de las psicosis y discurso analítico, en el “entre”; podemos hacer pasar por allí las diferentes respuestas que en la historia del psicoanálisis encontramos a este problema. Es decir que,

1 Intervención en las Jornadas de Instigación “Intervenciones en las psicosis”. Organizadas por el Master en Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy. Publicado en Documenta Laboris N° 2, Bs. As., 1999.

el “entre” clínica y discurso, nos plantea la posibilidad o no de la intervención.

El tercer motivo implica introducir el tema de la investigación que encuadre la posibilidad de sostener o no una diferencia estructural entre psicosis en la infancia y en el “adulto”.

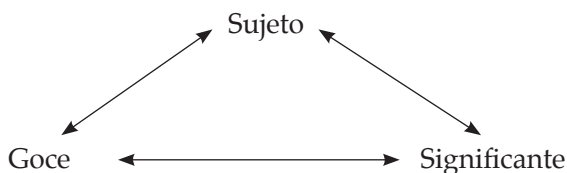
Las razones expuestas del porqué del título nos llevan directamente a ubicar en el señalado “entre” clínica y discurso la posición de Lacan al respecto, una posición que marca un antes y un después en el psicoanálisis. Posición de Lacan frente a la locura, en tanto no comparte el juicio o el prejuicio de que la psicosis sea falta de coherencia, sin sentido. Por el contrario, sostiene el rigor que se presenta bajo, por ejemplo, la búsqueda de la lógica del delirio, en oposición al sentido común y en oposición a comprender rápidamente y ejercer prontamente una lectura que dé sentido al delirio.

Enmarquemos en la relación clínica analítica-psicosis, la pregunta: ¿se puede afirmar que la psicosis de un niño implica una particularidad, una diferencia, con respecto de la del “adulto”?

Situar la respuesta implica hacer un pequeño recorrido. Si nos remitimos al año 1953, en que Lacan define como el retorno a Freud, muy cercano al dictado del *Seminario 3, Las psicosis*, encontramos un desarrollo fundamental sobre el tema de la forclusión como mecanismo esencial. Pero, justamente, un año antes, Lacan, en el seminario *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, da una respuesta afirmativa a la pregunta sobre la diferencia entre las manifestaciones de la psicosis en el niño y en el llamado “adulto”. Allí, Lacan sostiene que es discutible el diagnóstico de psicosis en niños; dice que no sabe si es correcto el uso del término de psicosis para el niño, y también dice que se ha rehusado a considerarlas como verdaderas psicosis a estas manifestaciones, y lo dice con todas las letras: que en el niño y en el adulto la psicosis no está estructurada en absoluto de la misma forma. Pero, es fundamental aclarar que esta posición es anterior al concepto y desarrollo del tema de la forclusión.

No está de más recordar que después de ubicar la diferencia

estructural, Lacan sostiene que, en rigor de verdad, el medio analítico no dispone de una firmeza conceptual para tener en cuenta la problemática que conlleva la psicosis. Lacan sitúa el problema, y da un paso, al sostener también que, como analista, se debe dar un paso más, se debe dar un paso más que otros en la concepción de la psicosis. Sintetizo este punto, Lacan da ese paso más con la conceptualización acerca de la forclusión y de la falta de significante del Nombre-del-Padre. Y una de las consecuencias de este paso es que ya no encontraremos en su enseñanza posterior la diferencia con respecto a la psicosis del niño. No la encontraremos ni cuando pone el peso en las manifestaciones que él denomina “retorno de lo real”, tampoco cuando el énfasis está puesto en la relación sujeto-significante, o en la relación sujeto-goce, o goce-significante. Sin embargo, este recorrido, sí nos permite establecer una matriz para investigar el tema de las manifestaciones de lo real en la infancia: se trata de la matriz que nos indican los tres pares de términos recientemente señalados; la podemos escribir así:



Con ella ubicamos la problemática antes señalada como el “entre” la clínica de las psicosis y el discurso analítico, términos que no solo permiten trabajar el diagnóstico, sino también el apoyo para las posibles intervenciones en la psicosis.

Sin embargo, si bien hemos contestado con Lacan la pregunta sobre la diferencia estructural entre “niño” y “adulto”, el hecho de la no diferencia anula el problema de que, en el campo de la infancia, las manifestaciones de la psicosis no cuadran con las categorías tomadas de la psiquiatría. Recordemos la analogía que da Lacan entre un tablero con sus orificios y una serie de tornillos; estos no encajan perfectamente en los orificios.

¿Cómo entender esta no adecuación entre categoría y manifestación? Doy una respuesta tentativa, ubicando las manifestaciones de lo real en la infancia en la diferencia entre el fenómeno primario de las psicosis como efecto de la forclusión y las elaboraciones secundarias de la psicosis, lo que se denomina trabajo de la psicosis –es muy claro el ejemplo del delirio. El delirio ya es un trabajo de la psicosis, efecto de la forclusión; pero, en general, en las manifestaciones de psicosis en la infancia, no encontramos formas delirantes sistemáticas, sino que observamos otro tipo de manifestaciones. Creo que podemos sostener con Lacan que si él, hace cuarenta años, formulaba la posibilidad de dar un paso más en la concepción sobre las psicosis –paso que dio–, la cuestión pasa a ser: ¿cómo podemos aprender de este paso dado en relación al problema de la clínica de la psicosis en el campo de la infancia?

No creo poder presentar todas las implicaciones, tanto teóricas como prácticas, que la matriz extraída de la enseñanza de Lacan ofrece, pero sí quisiera detenerme en que, con respecto al sujeto, no lo escribimos con la barra que implica la división, sino que lo escribimos sin ella, lo cual implica que no hablamos del sujeto dividido por el significante, es decir, que no hablamos del sujeto discontinuo en relación a lo real, porque un sujeto que ha sido representado por un significante para otro significante, es un sujeto donde opera una discontinuidad de lo real, el sujeto mismo es discontinuo en lo real. Entonces, cuando hablamos de un sujeto no dividido por el lenguaje, ¿estamos hablando de un sujeto que nos presenta una continuidad en lo real? Podemos tomarla como hipótesis de trabajo: que el sujeto de la psicosis presenta una continuidad en lo real, y ver hasta dónde es sostenible esa hipótesis. A su vez, esto nos plantea uno de los temas que se están tratando en estas jornadas, el problema de que un sujeto dividido por el significante presenta cierta adecuación con el discurso analítico y el trabajo de la transferencia; el sujeto neurótico ubica su división, su neurosis, en el dispositivo analítico, mientras que la relación entre el trabajo de la psicosis y el dispositivo analítico no es automático, y ahí me parece que

se encuadran los problemas de interpretación y de las intervenciones posibles.

La tentativa que propongo con respecto al tema señalado implica considerar al fenómeno primario de la psicosis como efecto de la forclusión y a las elaboraciones secundarias, ya, como el trabajo de las psicosis –a diferencia de las neurosis, donde tenemos que el sujeto trata los efectos de la represión (fenómeno primario, mecanismo de lenguaje) por medio del trabajo de la transferencia. Entonces, considero que se puede pensar, en una investigación sobre el tema, al sujeto efecto de la forclusión, no como discontinuidad de lo real –que sería el sujeto de la represión–, sino al sujeto como continuidad de lo real. Continuidad de lo real, que no se manifiesta –decíamos– siempre bajo la forma delirante (que es ya un trabajo de la psicosis). Pero, ¿hay un equivalente? Creo que se pueden tomar todas las manifestaciones de goce en el cuerpo y ubicarlas bajo ese trabajo de la psicosis, pero esto implica y plantea, a la posición del analista, una pregunta: ¿puede el acto analítico tener incidencia, intervenir sobre el auto-tratamiento de lo real? Es decir, sobre aquello que, forcluido de lo simbólico, se le impone al sujeto bajo diferentes formas, por ejemplo tormentos, perplejidad, deambulación, autoagresividad, hiperactividad, conductas compulsivas, etc. Cuadros que encontramos como manifestaciones de psicosis en la infancia de una manera muy corriente, que la psiquiatría reconoció y clasificó. Formas que, más allá de una clasificación, podemos ubicar estructuralmente, gracias a Lacan, a partir de los efectos de la falta, del significante del Nombre-del-Padre, como significante primordial. Eficacia de la metáfora paterna constitutiva de lo simbólico y limitación de goce. Efecto de la represión que Freud situó claramente con los conceptos de castración y de pérdida de objeto. Entonces, podemos decir que el posible tratamiento de la psicosis, a partir de la intervención analítica, implica el tratamiento del goce bajo una operación significativa. Un tratamiento sobre los trastornos de /y en lo real, e implica poder operar con el fin de civilizar el goce, bajo la idea de lazo social. Nos queda situada así, también, la siguiente cuestión:

¿podemos realizar una clínica diferencial de la continuidad de lo real según se trate de paranoia, esquizofrenia, autismo, etc.? Y, ¿son estas categorías las que delimitan correctamente las manifestaciones de la psicosis en la infancia?

Un ejemplo: se trata de un niño que, al comenzar el tratamiento en 1987, tenía aproximadamente ocho años, y que continúa actualmente. El mismo se da en el marco de una institución y, si bien hay que situar en cada tipo de institución las condiciones de posibilidad para la instauración de un ámbito que permita el dispositivo analítico, también sostenemos que, en cuanto a las intervenciones con respecto a la psicosis, el ámbito institucional puede ser pensado como un dispositivo que implique la materialidad de un discurso. Al respecto, no nos referimos al discurso analítico, sino al discurso del amo o inconsciente. La institución a la que hago referencia es de escolarización especial, no es asistencial, pero ustedes saben que muchos de los problemas que aparecen tempranamente en el niño, antes de ser diagnosticados como psicosis, se derivan o se canalizan en el campo de la educación especial. Aparecen como problemas en el desarrollo, como problemas que impiden ver la posibilidad de aprendizaje que impiden el lazo al otro. Entonces, lo que tenemos en esta dificultad es un dispositivo, sobre el cual no me extiendo, pero del cual diremos simplemente que posibilita la particularidad y no impide, por criterios o normas institucionales, el encuentro y desarrollo de un lazo transferencial.

“A” llega con un diagnóstico de autismo, con rasgos psicóticos y desorganización yoica muy importante. Todos los estudios que se le habían hecho no presentaban ningún tipo de alteración orgánica y, lo observable a primera vista eran sus movimientos bizarros, aleteo de los brazos, crisis sostenidas de gritos, un andar en vueltas en redondo en el patio, la exclusión a toda relación al otro. El inicio de la relación está marcado por el saludo en el patio –sin esperar respuesta– y su mirada sobre el hecho de que otros chicos entraban y salían del consultorio. Continúo describiendo, a grandes rasgos, las secuencias: después del saludo a distancia paso a darle la mano

que, una vez ofrecida, él la toma y, a partir de allí, se instala una repetición de entradas y salidas del consultorio solo para darme la mano e irse. No aceptaba quedarse, solo entraba, saludaba y se marchaba; así durante algunos meses. Luego de una serie de entrevistas con los padres, les propongo que lo lleven a mi consultorio particular, con la idea de ampliar la matriz instalada de entradas y salidas. Allí, en un papel, escribo su nombre y mi nombre y en otro escribo los términos: cuerpo y movimiento. Lo primero que constatamos ante estos papeles es que realiza un garabato, debajo de cada palabra, y luego, al ser nuevamente escritos por mí en letras mayúsculas y separadas, una copia por parte de él de las letras, así como una escritura condensada de su nombre (de cinco letras se reducen a tres). ¿Qué podemos inferir, hasta aquí, de la secuencia presentada esquemáticamente? Por un lado, el intento de acotar el puro movimiento, y de poder simbolizarlo; claro está que tomamos esta simbolización bajo un exclusivo predominio de lo imaginario; sin embargo, esta pequeña operación implica una cesión del goce implicado en su cuerpo a otro campo, el consultorio, el saludo, el papel, es decir que podemos constatar un desplazamiento y una pequeña cadena de objetos en donde se inscribe el desplazamiento señalado.

Con respecto a la escritura que hace “A” de su nombre, esta implica un desplazamiento en el espacio del papel que queda repleto de letras sin orden alguno y, con respecto a los términos antes señalados, estos indican el inicio de otra secuencia, ya que de los mismos, luego se pasa a frases, de la frase a la historia, y de la historia a la lectura, y de la lectura al juego de letras en el que se encuentra actualmente. Esto, recuerden, son años de tratamiento que, junto a su concurrencia regular a la institución, llevó a algunos resultados; por ejemplo, aprendió a leer y escribir, puede –y de manera muy simpática– mantener y sostener contactos y diálogos, tanto con sus compañeros, como con conocidos del barrio donde vive, etc. Pero no podemos hablar de un cambio de estructura, se mantiene en ese desplazamiento metonímico, que es tan im-

presionante. Si hay otro que le marca los límites, un orden, él lo puede seguir.

¿Por qué presentar esta secuencia? Pienso que este ejemplo nos permite trabajar e investigar sobre los efectos, en lo que respecta la creación signifiante: efectos que van más allá del valor literario, de la creación, que el efecto signifiante como metáfora o afín a la metáfora es una cuestión que no se reduce al valor literario, y que señala la posibilidad del pasaje de las formaciones de lo real al campo simbólico. Y en este pasaje, la función de la escritura posibilita –si así podemos expresarnos– una función estabilizadora. En el caso presentado, podemos inferir que la falta del signifiante del Nombre-del-Padre implica que no hay principio de finitud, sino principio de infinitud. Es decir que el desplazamiento es constante, cualquier cosa, por ejemplo, si él lee en el diario y se detiene en una palabra “talmud”, entonces es talmud, alud, mamut y va relacionando y se desplaza por allí, vuelve a mamut y pregunta si se escribe con “j”. Uno le dice que no, y él responde que si se escribiera con “j” sería “jamud” y puede estar horas escribiendo palabras, cambiando letras, las cuales producen un efecto chistoso, pero él solo se ríe si el otro presente se ríe.

Este ejemplo nos permite recordar que el posible tratamiento e intervención en la psicosis se da en el campo del lenguaje y que, justamente, la posibilidad del tratamiento implica una “organización”. En lo que concierne al ser hablante con su goce a través de la relación al lenguaje, es allí donde ubicamos el uso de la escritura. En tanto este uso implica operar con la estructura diferencial de la lengua como alternancia. El uso de la escritura me parece que permite una diferencia entre lo que puede ser para el sujeto psicótico la posibilidad de alojar el goce, es decir, cierto vaciamiento del goce, que es muy distinto a lo que ciertas prácticas producen, que ubican al sujeto en depósitos de goce. Entonces, el vaciamiento de goce a través de la posibilidad de presentar desplazamiento, pero acotando esos desplazamientos, me parece que permite una distribución y, en este sentido, a la escritura –insisto– más allá del valor literario, hay que tomarla como objeto que pro-

duce una distribución. Sin embargo, no creo que esta escritura se pueda pensar exactamente como un delirio; pero sí, como equivalente al delirio, al trabajo de la psicosis, porque es un montaje del lenguaje construido sobre un vacío. Una definición que nos presenta el plafón para ubicar los problemas a investigar, por ejemplo: ¿podemos situar como una estabilización al desplazamiento acotado del goce?, ¿hay –en el caso presentado– efecto de metáfora?, ¿hay una suplencia de la metáfora? No creo que podamos ver en el caso una clara suplencia de la metáfora paterna, pero esto no quita los efectos de estabilización, en relación a esa continuidad en lo real que nos presentan las psicosis. Un efecto de estabilización en tanto discontinuidad de la presencia o irrupción de lo real, aunque esto dependa de la presencia del otro.

Bibliografía

Lacan, J., *El Seminario, Libro 2, El yo en la teoría de Freud y en la práctica psicoanalítica*, Paidós, Bs. As., 1983.

Lacan, J., *El Seminario, Libro 3, Las psicosis*, Paidós, Bs. As., 1984.

Miller, J.-A., “La psicosis en el texto de Lacan” en *Psicosis y psicoanálisis*, Manantial, Bs. As., 1990.

Laurent, E., “El sujeto psicótico escribe”, en *Psicosis y psicoanálisis*, Manantial, Bs. As., 1990.

Di Ciaccia, A., “Nota sobre el niño y la psicosis en Lacan”, en *Revista El Analicón* N°3, Ed Correo/Paradiso, Barcelona, 1987.

El niño y la topología*

Estas breves notas tienen el interés de recomendar la lectura de este libro, que no es una novedad editorial, ya que su primera edición en francés es de 1972, y la española, de 1980. Sin embargo, lo novedoso no siempre es lo reciente. Sostengo esta recomendación por varias razones: el interés y el placer que despierta su lectura, y la claridad de exposición sobre las nociones básicas de la topología. Claridad que se corresponde con la explícita intención de los autores de integrar psicopedagogía y matemáticas. Sin embargo, la razón de fondo no se la puedo adjudicar de una manera directa a los autores, ya que se trata de un libro al que no dudo en calificar como indispensable para situar, ampliar y ubicar la concepción sobre el juego del niño.

Explicitemos brevemente algunas de las consecuencias de los intereses señalados. En primer lugar, la demostración de que el niño aprehende primero las nociones topológicas relativas al espacio antes que las proyectivas, y por supuesto, antes que las euclidianas, lo que quiere decir que en el juego del niño pequeño, primero tendremos manifestaciones, expresiones que ponen en juego nociones de continuidad y discontinuidad, de vecindad, campo y frontera, antes que

* Comentario sobre el libro *El niño ante el espacio: iniciación a la topología intuitiva. De la rayuelo a los laberintos*, de Jean y Simonne Sauvy, con prólogo del profesor Pierre Samuel. Pablo del Río Editor. 1980. Publicado en *El Caldero de la Escuela* N° 65, Bs. As., 1998.

arriba o abajo, interior y exterior; y de agujereado o no agujereado, antes que izquierda y derecha. Constatación que a nuestro entender amplía, al no reducir esta demostración a una perspectiva desarrollista, la posición del analista ante el juego desde la dimensión estructural, que por supuesto no niega el desarrollo pero lo articula. Se trata de la articulación en la que podemos pensar el espacio que pertenece a la dimensión significativa de la estructura junto a la dimensión topológica a nivel del objeto *a*.

Retomamos la primacía topológica en relación con el espacio en el niño, pero no la subsumimos a una primacía genética, sino que también la ubicamos en la evidencia de la primacía de la relación del sujeto al discurso del Otro, y la construcción del cuerpo sexuado. Así, nos parecen todo un desafío las articulaciones posibles entre la primacía del Otro y las demostraciones que los autores sostienen sobre las experiencias que posibilitan la adquisición de la vivencia topológica. Estas vivencias se presentan en orden disperso, según la ocasión favorable, o no. Creo que encontramos aquí un campo sumamente rico para la investigación, al tomar la perspectiva de los autores, pero ubicándola desde la enseñanza de J. Lacan, lo que nos abre posibilidades tales como:

“No hay sino que escuchar la tabulación y los juegos de los niños, aislados o entre ellos, entre dos y cinco años, para saber que arrancar la cabeza y abrir el vientre son temas espontáneos de su imaginación, que la experiencia de la muñeca despanzurrada no hace más que colmar”.¹ En esta línea podemos plantear que el juego no solo presenta una dimensión de repetición significativa, sino la puesta en juego de la dimensión pulsional, y ambas se relacionan en una necesidad de recurso topológico, para la ubicación del sujeto ante los otros y ante el Otro. Combinatoria de sentido y goce, si así podemos expresarnos, que muestra la matriz de la dependencia del sujeto al lenguaje, un orden simbólico que preexiste al sujeto infan-

1 Lacan, J., “La agresividad en psicoanálisis”, en *Escritos 1*, Siglo Veintiuno, Bs. As., 1989, p. 98.

til; pero también, la dimensión del espacio donde el cuerpo como discontinuidad de lo real debe encontrar su continuidad –para utilizar la dimensión topológica.

Los autores desarrollan en seis capítulos las nociones básicas de la topología, y, con sus ejercicios finales, presentan al lector la posibilidad de una comprensión y transmisión del conocimiento sobre topología, y dan al educador una guía para conducir la formación del niño y no limitar esta a las actividades espontáneas. Sin embargo, nuestra lectura –y obviamente no hacemos de esto cargo a los autores– permite tomar los ejes planteados por ellos en una dimensión que no se reduce a las posibilidades del intelecto, sino a que, quizá, podamos demostrar que el niño necesita la topología, o mejor dicho, figuras topológicas, para representar su cuerpo y así distinguir a partir de figuras agujereadas, de las llenas, y de figuras abiertas para distinguirlas de las figuras cerradas, etc.

Es demasiado pretencioso querer referirnos a todas las posibilidades de un libro, tanto en lo que dice como en lo que no dice, en un breve comentario, y no es nuestra intención. Sin embargo, cedemos ante la tentación de tomar una vía de lectura sobre el tema y tratar de extraer de ella sus consecuencias teórico-clínicas. Esta es la vía para ubicarnos en los principios de la práctica del psicoanálisis con niños. Y nuestra acción sobre el juego del niño, si así podemos decirlo, no es independiente del estatuto que tengamos de él, que, a su vez, implica un poder saber ignorado. Quizá sea este otro de los motivos de recomendación para la lectura de estas cien páginas. La orientación es clara: ubicarnos bajo una clínica de lo real en la práctica del psicoanálisis con niños, e interrogarnos e interrogar a la comunidad analítica desde la pregunta “¿qué enseña el psicoanálisis con niños al psicoanálisis?

La lectura de este libro nos ayuda en esta dirección.

El malestar

La posición de principio*

Introducción

La idea de “La práctica del psicoanálisis y el mercado de la salud” implica tomar posición; lo haré presentando algunas consideraciones bajo el título: “La posición de principio”, que ubico entre el más allá de la neutralidad analítica (es decir tomar partido, tomar posición frente a las demandas del mercado, sus intereses y al “destino” que el mercado hoy le plantea al psicoanálisis) y las perspectivas del tema: “La práctica del psicoanálisis, sin estándar; pero no sin principios”.

Principios

El término principio nos ubica con relación a una de las herramientas fundamentales de la práctica lacaniana: las entrevistas preliminares; las mismas no son solo la posibilidad de inicio de un análisis sino que, también, su uso, nos permite un marco adecuado para responder a las exigencias actuales del mercado que clama por la estandarización, por resultados. Además, nos posibilitan extraer, de nuestra práctica, criterios

* Estas notas son un extracto de lo presentado en las XIII Jornadas de la Escuela de la Orientación Lacaniana en su sección de Córdoba, junio 2004, cuyo título fue: “La práctica del psicoanálisis y el mercado de la salud”.

de evaluación, desde resultados terapéuticos con los cuales podemos responder a las exigencias de un mercado que pide: una evaluación estandarizada. Ante la misma, es nuestro desaffo verificar y demostrar la eficacia de nuestra terapéutica.

También, “Principios”, desde la acepción lógica, nos dice que se trata de aquello que funda y fundamenta una acción; podemos decir, nuestro acto enlazado a los principios lógicos de nuestra posición. En esta línea, podemos tomar la idea de principios a extraer de la enseñanza de Lacan, en tanto un principio no es la simple deducción sino que es aquello que nos permite deducir. Pero cabe la pregunta de por qué es básico tener el principio para deducir nuestras intervenciones en la clínica; y justamente, lo es porque la práctica y la clínica no son exactamente lo mismo, no son sinónimos, aunque muchas veces los utilizamos como tal. Además, la cuestión de los principios de la práctica posibilita ubicar que lo conceptual –la teoría, si ustedes quieren– no puede abordar completamente la dimensión práctica, que hay en nuestro hacer una dimensión práctica que sitúa lo real.

Entonces, posición de principio implica:

Primero, encontrar nuestros fundamentos y lo que funda nuestra práctica y no desvirtuar el psicoanálisis. Mantener abierta la vía freudiana, cuestión lograda por Lacan y que J.-A. Miller sostiene con su orientación; es decir, no la de una repetición al servicio de la homeostasis, ni la de una repetición conceptual totalmente asimilable. Se trata que las vías de acción del psicoanálisis, como discurso, mantengan la puerta abierta a la particularidad de los goces ante las tendencias igualitarias del mercado, ya que el “hoy”, en un sentido, puede ser considerado con Hegel como un periodo de desorden y fragmentación, un “estado de conciencia escéptico” en un permanente juego de diferencias, ante lo cual la democracia igualitaria de mercado se presenta como salida por la vía del progreso en lo económico y la abolición de lo político. Este mundo le dice al psicoanálisis, como un canto de sirenas: sean agentes de sentido y serán aceptados. Ante lo cual, el psicoanálisis, en sus principios, sigue ofreciendo la vía abierta por

Freud diciendo: dime de qué sufres y podrás llegar a saber de qué gozas y qué hacer con ello.

Segundo: Nuestra oferta de psicoanálisis en el dominio de la demanda social implica que debemos considerar muy concienzudamente las condiciones de posibilidad, de lugar, en tanto este debe permitir la existencia de la constitución del lazo, cuestión que pone el acento en el deseo del analista (hacer existir el psicoanálisis) y no en los imperativos de la demanda. Lo que implica la responsabilidad de responder al Otro social sin dejar de lado nuestros principios, ya que el olvidarlos llevaría al psicoanálisis a ser consumido, pero en su doble acepción.

Posición

Sobre las diferentes cuestiones que implicaría desarrollar el tema de la posición del analista, pongo a consideración algunas reflexiones sin extenderme en su desarrollo. Se puede comprobar, y decanta como un principio que, a lo largo de la enseñanza de Lacan, es posible constatar la existencia de dos variables y de una constante, la relación entre ambas. La primera variable (V1) remite a las diferentes concepciones en Lacan sobre la estructura subjetiva o, si se quiere, sobre el sujeto (\$), mientras que la segunda (V2) indica las diferentes elucidaciones de Lacan sobre la posición del practicante en la cura, en el dispositivo analítico. Lo que sostengo como hipótesis es que hay una constante relación entre ambas V1 y V2, en tanto es posible verificar que Lacan, al introducir variaciones en una de ellas, acompaña las mismas con modificaciones en la otra. Lo graficamos:

$$V1 \longleftrightarrow CTE \longleftrightarrow V2$$

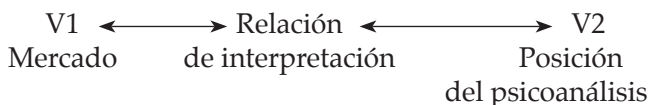
Relación

Esto nos permite afirmar que la posición del analista depende de la concepción de sujeto de que dispone, y es más,

depende de la manifestación subjetiva con la que se encuentra; claro está que aquí tiene toda su dimensión la cuestión de una práctica de principios, ya que no se trata de una simple acomodación, sino de la posibilidad de adecuarse al caso, al uno por uno, pero tomando toda la fuerza de esta posición.

Consideraciones sobre el mercado

La vía que tomo a partir del argumento de las Jornadas¹ es que un análisis sobre el neoliberalismo establece las coordenadas en donde se inscriben las condiciones del mercado de la salud. Y desde allí, planteo pensar estas consideraciones generales, con un carácter explorativo, para establecer una caracterización. Es una posición de principio, y así podemos utilizar el esquema presentado (dos variables y una constante), pero ubicando como V1 las condiciones del mercado o, si se quiere, el malestar en la civilización, y como V2 la posición del psicoanálisis con respecto a V1; lo que podemos afirmar como constante es la necesaria relación entre ambas, ya que si se encuentran divorciadas, el psicoanálisis pierde su potencialidad discursiva.



Estas Jornadas señalan la modificación en V1 y nuestra búsqueda de que las interpretaciones que nos ubiquen en V2 se correspondan con ello; de allí el interés de trabajar este tema fundamental.

1 El mercado de la salud, nos posibilita hacer un análisis sobre el neoliberalismo y el surgimiento del mercado, y a partir de allí, el pasaje de la salud como derecho a la salud como mercancía y las consecuencias que esto trae, tanto en los pacientes que pasan a ser usuarios, como en las patologías, y en las terapéuticas, que pasan a ser mercancías a consumir.

Una exploración para poder tomar una posición de principio en torno al mercado implica tener una caracterización del mismo; si uno busca bibliografía al respecto ya tiene en la misma búsqueda una característica del mercado: la abundante información sobre el mismo, que nos presenta la ilusión de tener todo al alcance de la mano; sin embargo, hay una imposibilidad temporal como manifestación del no-todo. Nuestra búsqueda está orientada hacia qué tendencia el mercado presenta al psicoanálisis. Una tendencia sostenida a partir de los 90 con la llamada unificación de los mercados y el florecimiento de propuestas, hipótesis y teorías apoloéticas clamando sobre el triunfo del capitalismo y presentándonos el inicio de una era de continua prosperidad mundial. Expansión del mercado que se presenta, desde un inicio, como el mejor de los mundos posibles (resuena en la frase la respuesta de Voltaire, en su sátira *Cándido*, a Leibnitz); teorías y autores como Fukuyama, Alvin Toffler, etc., que anunciaban con bombos y platillos el fin del todo. Dicho en sus términos, el fin de la historia, de las ideologías, de las naciones, de las diferencias culturales y sociales. Bajo el significante globalización apareció una pulverización del todo bajo las promesas de un crecimiento continuo, de mayor participación y de la posibilidad de un consumo irrestricto. Un mensaje difundido insistentemente por todos los medios, no solo en teorías sociales que justifican el estado de las cosas, sino en el bombardeo diario de noticias, etc.; un mensaje insistente que interpreta y sostiene la afirmación de mostrar los hechos como irreversibles, es decir, como un destino de la humanidad al que, por fin, hemos llegado, como la culminación de la evolución ideológica. La implicancia de este proceso es una descalificación radical, no solo de proyectos sociales, sino de cualquier otro discurso y, en este sentido, el discurso analítico es una molestia, menor si ustedes quieren, pero molestia, en tanto otra interpretación representa una amenaza que hay que borrar. Esta es la tendencia del mercado: suprimir la existencia del psicoanálisis. Desde esta perspectiva no se trata solo de describir y numerar los síntomas de la globalización, sino de situarnos ante ellos

para poder interpretarlos. No basta conocer las teorías que sostienen la globalización como el mejor de los mundos posibles, sino saber que las mismas lo hacen existir.

En nuestra interpretación, creo que no puede estar ausente el desmitificar y cuestionar las panaceas de lo inmutable y sus diferentes significaciones. Su aparición en la cultura se da a través del despotismo que tiene como herramientas a los poderosos medios de comunicación globales y su bombardeo incesante que, diario a diario, presentan ideales de vida, formas culturales, recetas para consumir más y mejor. El mundo es una gran aldea y el medio es el mensaje mismo. El valor de lo instantáneo, de lo fragmentado, en la levedad, en el aislamiento, junto al incremento de la desocupación, configurando una nueva forma del malestar en la civilización signado por la fuerte significación negativa del otro en tanto representa el rival, el competidor; no hay para todos. Malestar en la civilización que implica una exaltación del individuo y del individualismo (si hay poco, es para mí), la fragmentación de lazos, la resignación y el escepticismo, todo esto alentado por un discurso neoliberal que devalúa y fomenta esa escasez.

Por lo tanto, agrego a lo expuesto que la interpretación desde el discurso analítico tampoco puede eludir el cuestionamiento al término que marca la tendencia del mercado que lo define pero, a su vez, lo oscurece, el de globalización, en su carácter o categoría de dogma.

Relación entre el mercado y el psicoanálisis

Nuestra tesis es que la existencia del psicoanálisis implica tener una relación con el mercado sin subsumirnos en sus leyes, pero tampoco un aislamiento para “salvar” al psicoanálisis, sosteniendo que nuestros principios son puros y no nos contaminamos. Por lo tanto, caracterizar la relación parece lo más adecuado y, así, la identificamos bajo el término de tensión. Se trata de que nuestra posición de principio trabaje y mantenga esa tensión, sosteniendo y verificando los resulta-

dos de nuestra eficacia y defensa de los modos de operar, es decir, de poder mantener las condiciones de posibilidad, en un sentido, el lugar para poder generar el lazo discursivo analítico. En esta línea, sitúo la orientación de J.-A. Miller cuando caracteriza el tiempo actual bajo la indicación de que el deseo se ha convertido en un factor de la economía, y simultáneamente, la economía absorbió a la política. La producción de objetos que hacen hablar (si uno, en los últimos meses, por ejemplo, ojea los diarios, ve televisión, etc., ve que es impresionante la cantidad de propagandas sobre telefonía; desde un pequeño teléfono se alimenta la ilusión de tener el mundo, de estar conectado a él, y por ejemplo, de mirarse a sí mismo saltando de una montaña); pero estos objetos que hacen hablar, quedan estrictamente determinados por su capacidad de causar el deseo. Miller precisa que el deseo ha sido reconocido, pero a los fines de ser manipulado, en el sentido de la demanda que justifica la oferta. Aquí tiene lo que desea (un teléfono). Estas consideraciones nos permiten sostener el fetiche en que se ha convertido la tecnología, al que día a día y sistemáticamente se ensalza por todos los medios y al cual, en un sentido, se le hacen suponer o presuponer propiedades especiales y hasta el sentido de la vida. El ejemplo de los teléfonos muestra a la tecnología en sí misma como fetiche, se le adjudica el poder de cambio de la civilización, de cambiar de raíz a la sociedad; fetiche que se presenta como una certeza de que su poder es ilimitado y que puede crear una nueva civilización.

Un autor como P. Dick; sus novelas, son recorridas por el cruzamiento entre los sentimientos del hombre (podemos ubicar aquí la subjetividad), y las determinaciones y manipulaciones producto de los amos del mercado, los conglomerados de poder (que están inspirados en las megaempresas). Simulacros de la realidad manejados por estas empresas, que presentan mundos inestables, una ficción que nos acerca de una manera brutal a la sociedad del no-todo y sus características más terribles. En síntesis, una ficción donde los que manejan el mercado manipulan las realidades como herramientas del poder para disciplinar, encuadrar a quienes tienen como único

destino el generar beneficios para las megaempresas mientras estas controlan todo intento de cuestionamiento. Sirviéndose de lo tecnológico y de terapias dirigidas, de narco terapias para manipular a los ciudadanos-clientes, sus ideas, inclinaciones, gustos, fobias, pensamientos, debilidades, sentimientos, etc., todo aquello que es manifestación del sujeto, queda metido y dominado por los aparatos que se le presentan como los que le traen el bienestar máximo. También, en las ficciones de Dick, donde todo es utilizado para la manipulación de la subjetividad, las megaempresas se valen de psicoanalistas portátiles que asesoran, que calman, que son los portavoces de que estos seres viven en el mejor de los mundos posibles. Es decir que, en Dick, encontramos la hipótesis de un psicoanálisis al servicio de la manipulación de la subjetividad.

Ficción y actualidad se acercan cuando el psicoanálisis, en la época de la globalización, es convocado por la máquina del no todo y como portavoz de sentido. Nuestra relación de tensión a este llamado es no disolver el psicoanálisis en una respuesta asistencial y preservar el núcleo analítico de nuestra práctica.

En un sentido, podemos inferir de lo expuesto sobre el mercado, que el malestar actual de la civilización es una máquina de demolición del lenguaje quizás supervalorando la palabra, una demolición que implica ligar la existencia al trabajo y a su falta, al consumo y a su falta, a la información y a su falta. En un sentido, la consideración que propongo es que la cultura de la globalización es enemiga del lenguaje. El lenguaje nos singulariza, y Lacan lo ubica como un don que no se puede perder; el sujeto se constituye en la trama del lenguaje. Y las entrevistas preliminares son una trama de lenguaje donde debe acontecer el sujeto.

La práctica de las entrevistas preliminares

El mercado presenta normas estéticas, un código estético global que influye en los parámetros con los que se mide sa-

lud y enfermedad, así como los criterios de evaluación; pero también favorece un modelo social hegemónico, una imagen de supuesta perfección. Así, muchas de las denominadas patologías actuales, hay que ubicarlas en el cruce de las identificaciones con los ideales y modelos dominantes. Este cruce se presenta clínicamente bajo un aparente desierto de sentido; ¿qué posición de principio tomamos ante esto? aceptar el desafío desde nuestros principios o quedarnos preguntando: ¿dónde hay un neurótico, por favor? Sin alojar lo que tenemos delante aunque no se identifique a esa conceptualización. Patologías que podemos ubicar como de incertidumbre, ante el no tener lugar en el mejor de los mundos. Estos hechos de discurso que contribuyen, que generan el terror de inexistencia (del no todo a la inexistencia como terror), la fragilidad subjetiva. Y allí el discurso del mercado de la salud homeostático se presenta como adaptacionista, y nos proclama por todos los medios, contundentemente, no ya que este es el mejor de los mundos posibles, sino que este es el único mundo posible. La pregunta la podemos formular así: ¿cómo operar para que surja el sujeto del inconsciente en el interior del individuo? Ya que estas manifestaciones de la patología de la incertidumbre nos llevan a deducir que la relación transferencial en su cara epistémica, lo que con Lacan llamamos el sujeto supuesto saber, se ve dificultada. ¿Cómo se instala la transferencia cuando el sujeto supuesto saber no es su destinatario ni su agente?

Ante esta problemática es que pienso la práctica de las entrevistas preliminares como una herramienta fundamental; por supuesto, una herramienta no limitada a lo privado del consultorio. Una herramienta que posibilita que el saber se construya, que el mismo no está constituido por anticipado, ni explicado psicosocialmente y que para que esto pueda realizarse es menester hacer carne, si así podemos decir, que el saber solo se constituye a condición de que el sujeto ponga de su parte para lograrlo. Pero, en este trayecto, la posición de principio por parte del practicante es servirse del sentido para posibilitar la indeterminación del sujeto.

Ya los términos mismos de "Entrevistas preliminares" nos

sitúan directamente con relación a la duración, señalando una temporalidad de presente que se orienta a un futuro conjetural. A su vez, a los fines de este trabajo, destaquemos el entre, que si bien indica una espacialidad, también señala una temporalidad, que me atrevo a ubicar provisoriamente, como de presente ambiguo. Se trata de un problema de tiempo presente, entre un pasado desde donde llega el paciente y un futuro a verificar, ya que implica una operación de rectificación subjetiva. En los términos de nuestra introducción, dependerá, en un sentido, de la concepción en juego, por parte del practicante, de la relación V1- V2... Por lo tanto el entre (que consideramos) implica que el futuro conjetural dejará de serlo en tanto se concrete una operación que no es automática y que no está garantizada por el solo hecho de que el practicante deje transcurrir el tiempo. Una operación de principio: la del deseo del analista.

En concordancia con lo que venimos exponiendo, ¿hasta dónde podríamos hacer nuestras las palabras de San Agustín? Él responde a la pregunta ¿qué cosa es el tiempo? de la siguiente manera: "...sé con certidumbre que si "ninguna cosa" pasara, no hubiera tiempo pasado; que si ninguna cosa sobreviniera de nuevo, no habría tiempo futuro, y que si ninguna cosa existiera, no habría tiempo presente".² Nos podemos valer de esta certidumbre y afirmar con respecto al tiempo de entre(vistas) que algo tiene que suceder en ellas, que algo nuevo tiene que acontecer para que sea posible un tiempo futuro de análisis; que retroactivamente afirmen el carácter de preliminar y no de duración indeterminada, de situación que perdure (con una posible terminación) sin conclusión, en la perspectiva de un fin de análisis. La certidumbre agustiniana ubica las dimensiones o "diferencias" del tiempo como no vacías, llenas de algo, de lo que acontece en ellas; no se trata de un pasado abstracto (en nuestro caso, el bagaje que trae el paciente, en un sentido la explicación que falla), tampoco hay

2 San Agustín, *Confesiones*. Difusión. Bs. As., 1946. Libro XI, Capítulo XIV, p. 324.

futuro en abstracto, algo sobrevendrá –recordemos la implícita aceptación de felicidad (como señala Lacan en su seminario sobre *La ética...*). Tampoco hay un puro presente sino el acontecer en cada encuentro (y en cada encuentro está en juego la relación V1-V2). Sin embargo, para Agustín –al ubicar el pasado como “ya no es” y el futuro como “todavía no es”– parecería que solo el presente tuviera peso de realidad, aunque también se escabulle en una eterna división y resulta un presente sin extensión. De esta manera, llegará a definirlo como un límite entre dos cosas que no existen, siendo su esencia el estar siempre en trance para diferenciarlo de la eternidad. Cuestión que no nos permite continuar acordando con la reflexión agustiniana y, justamente, el desarrollo de J.-A. Miller³ plantea la cuestión de Agustín para señalar que no se trata del sufrimiento de lo percedero sino del espesor que viene de la libido, y afirma con Lacan que “un discurso requiere tiempo, tiene una dimensión en el tiempo, un espesor”, para luego agregar: “No podemos contentarnos en absoluto con un presente instantáneo, pues toda nuestra experiencia va contra ello”.⁴ Desde este desarrollo nos parece más claro ubicar nuestra experiencia en contra del presente instantáneo, y así retomar el entre bajo la necesidad de un tiempo para las entrevistas preliminares, ni fijo, ni estandarizado, de una duración no determinada de antemano, pero tampoco indeterminada. De esto decanta un principio de la experiencia analítica que podemos aproximar retomando lo que antes llamamos presente ambiguo (de lo ambiguo a la rectificación). Se trata de la posición que toma el practicante ligado al psicoanálisis, ya que desde allí recibe el pedido de análisis; posición de posibilitar o, por lo menos, de no obturar la subjetividad. Subjetividad que es esencialmente temporal, es decir, un ordenamiento temporal de la cadena significativa para ubicar al sujeto dividido, para que el mismo se determine en la experiencia. Esta

3 Miller J.-A. *El tiempo lógico*. Inédito.

4 Lacan. J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As., 1999.

rectificación no va sin el espesor de la libido y se enlaza a la elección del analista; empalme de entrada que ubica la orientación del fin posible. Por lo tanto, para lo preliminar tenemos una duración necesaria pero no determinada, lo cual no quiere decir un tiempo infinito o circular como lo demanda la neurosis, ni tampoco un vector progresivo de la temporalidad sin escansiones. Ahora bien, esta duración, en cuanto al uso que le da el practicante, se inclina ¿a lo breve?, ¿a lo variable?, ¿a su conjunción?, ¿hay una respuesta única ante cada encuentro que se produce en las entrevistas preliminares?

Para intentar aproximarnos a la problemática planteada, consideremos lo que Miller señala al principio de su comentario sobre el tiempo lógico⁵ al decir que los prisioneros son sujetos que no están en conflicto con su sentimiento sobre el tiempo sino en conflicto con un problema a resolver, con la necesidad de llegar a una conclusión lógica y no probable. Enlancemos esto al tiempo entre y considerémoslo como el tiempo de instalación de la pregunta sobre el problema, y así como Lacan con respecto al problema de los prisioneros plantea que no se puede resolver, que no hay solución si no se integran datos temporales, la cuestión de lo preliminar concluye si el paciente subjetiva tener un disco, es decir, “ser objeto bajo la mirada de los otros”.⁶

Que el otro cuente y ese otro sea el analista, es esencial para que un problema insoluble se convierta en soluble; dicho de otra manera, la conclusión del tiempo entre implica la instalación del síntoma analítico definido como un cierto nudo de signos con los signos, y que lo que está precisamente en el fondo de eso que se llama síntoma analítico es que algo instalado en lo subjetivo no puede ser resuelto por ninguna forma de diálogo razonable. El analista afirma (en su posición de principio) a quien sufre, “usted no será liberado de ese nudo más que en el interior de un campo”.⁷ Entonces, la duración prelimi-

5 Miller. J.-A., *El tiempo lógico*, inédito.

6 *Ibíd.*

7 Lacan. J., *Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Inédito.

nar implica el tiempo necesario para la instalación del campo analítico, no solo en su vertiente signifiante, sino anudada a la dimensión libidinal, al espesor libidinal del goce. Nudo que sitúa no solo el desciframiento del inconsciente, sino también las condiciones de elección del sujeto, la transformación del otro que cuenta en un A, para descifrar el inconsciente; pero, en tanto se descifra se cifra, es decir se goza del inconsciente o, dicho de otro modo, se produce el sentido-gozado. Esta operación da un corte a lo preliminar instalando un principio que puede llevar al fin; en otros términos, el problema soluble implica concluir cuál es su color, tal como precisa Lacan en *RSI* al decir: uno goza de su inconsciente, en tanto el inconsciente lo determina. Dicho de otra manera, la constitución del síntoma analítico implica la variable duración en función de la coherencia y consistencia entre síntoma e inconsciente.

Desde estas perspectivas retomemos el entre como un proceso temporal donde el \$ hace nacer en otro al Otro; dicho de otro modo, un tiempo que posibilita un espacio, el del Otro que lo incluye a él mismo.⁸ La ubicación de ese otro analista como Otro introduce tiempos objetivados de razonamiento, escansiones de ese razonamiento que no dependen de la relación intersubjetiva, es decir que son escandidos por el gran Otro.⁹

Y en esta línea, sostenemos, para su discusión, que el entre responde a una lógica esencialmente intersubjetiva, pero que, el introducir al otro, implica una perturbación llamada analista.

Lo expuesto en la introducción al situar la pregunta sobre el uso del tiempo en las entrevistas preliminares deriva, en nuestro desarrollo, a la conclusión: una perturbación llamada analista nos presenta a discusión un principio de la práctica sobre el cual no podemos establecer un estándar y que formulamos de la siguiente forma: lo variable incluye lo breve, pero, ¿lo breve incluye lo variable?

8 Miller. J.-A., *Lo que hace insignia*, inédito.

9 Miller. J.-A., *El tiempo lógico*, inédito.

Insistimos, sin el ánimo de presentar un sintagma que obture la discusión. A modo de perspectivas, señalemos ahora cuatro puntos que se enlazan a la problemática presentada:

1. - Hay continuidad entre lo preliminar y el análisis propiamente dicho, pero esta continuidad no tiene que oscurecer, a través de un forzamiento, por parte del practicante, en cuanto al uso del tiempo, la discontinuidad temporal, la diferencia de modulación del tiempo que se ubica en el “entre” señalado. La dirección de la cura y la perspectiva de final (que podemos ubicar en lo que presentamos: V1 ----constante----V2) es lo que no permite que en el sentido lógico esté determinada una duración temporal infinita.

2. - Considerar las entrevistas preliminares como el tiempo T1 donde analista y analizante captan si el problema es soluble, o no, implica considerar la disimetría entre analista y analizante. En esta captación, si así podemos expresarnos, se cruzan dos vectores: uno del lado del paciente, que implica la intersubjetividad con relación al otro y desde allí al psicoanálisis, mientras que, del lado del practicante, se basa –o debería basarse– en el psicoanálisis mismo, es decir que recibe esa lógica desde el discurso analítico, que recibe al paciente desde el psicoanálisis como terceridad.

3. - No me atrevo a afirmar que el resultado de las entrevistas preliminares concluye con un sujeto de pura lógica que se distingue de los otros sobre la base de las cualidades del razonamiento, que tiene una estabilidad emocional en donde claramente se ubica en relación a sí mismo y a los otros. No me atrevo a tanto, sino, simplemente, a decir que hay sujeto y que el analizante puede encontrar las vías de su determinación. También afirmo que hay sujeto indeterminado y que la experiencia analítica, por venir, sostiene en sus principios la subjetivación de lo determinado y del resto. Por lo tanto, lo variable en cuanto el uso del tiempo por parte del practicante es una presencia en contra de la eternidad, y la perspectiva

del pase está allí también presente para las verificaciones ulteriores, no solo de los analizantes, sino de los analistas también. Sintéticamente, el entre de lo preliminar al análisis, es el pase preliminar, que posibilitará el pase.

4. – J.-A. Miller nos ha orientado sobre lo que Lacan sostiene en torno al tiempo en psicoanálisis: que el mismo no es simplemente una realidad susceptible de tomar diferentes cualidades psicológicas, sino que la perspectiva de conclusión implica que hay tiempos diferentes, estructuras lógicas y subjetivas distintas. Sostener esta diferencia con respecto al tiempo preliminar y el tiempo del análisis propiamente dicho, es una cuestión que me ha interesado señalar en esta ocasión. Hoy respondo que podemos sostener como un principio de la práctica, y sin hacer de esto un estándar, la diferencia estructural. Claro está que el límite entre estos tiempos no es objetivo y este es un problema de la práctica en cada caso, ya que no hay objetivación externa.

Para finalizar, sostenemos que el tiempo preliminar concluye con una escansión y en ella lógicamente está presente el $S(\bar{A})$ del lado del deseo del analista, lo que la hace lógicamente alcanzable por el analizante. Se trata de que la posibilidad de concluir en un fin de análisis depende de la posición de principio.

Marzo 2004

Bibliografía

- Miller, J.-A., *El lugar y el lazo*, Paidós, Bs. As., 2013.
AA.VV., “Trabajo e identidad”, Ediciones cinco/La Marea, Bs. As., 2000.
Miller, J.-A., *La erótica del tiempo*, Tres Haches. Bs. As., 2001.

Religión y nombre del padre*

La realidad religiosa y lo real del Nombre del Padre

El tema nos ubica en la anticipación de Lacan: “Lo picante de todo esto, es que en los próximos años, el discurso del analista dependerá de lo real y no al contrario”.¹ Picantes las relaciones del discurso analítico con la religión, ya que “es o el uno o la otra”, y el triunfo de la religión sería signo del fracaso del psicoanálisis. Sin embargo, la posición de fracaso implica la supervivencia del psicoanálisis en tanto lo real insiste; “pero si el psicoanálisis tiene éxito, se extinguirá por ser solo un síntoma olvidado”.² La verdadera religión triunfará; en primer lugar, por algo que comparte como rasgo común a todas las religiones; se trata de que, más allá de toda sublimación, para el sujeto, esto hay que pagarlo con algo, con goce, y la religión hace del sufrimiento su oficio y una recuperación permanente.³ Oficio religioso que se plantea como saber sobre el goce y así no solo se las arregla muy bien con las transgresiones sino que incluso las anhela en tanto la consolidan.⁴ Hecha esta introducción, situemos la pregunta: ¿cómo servir-

* Publicado en Revista *Lacaniana* N° 5/6 *Los Nombres del Padre*, Grama ediciones. Bs. As., 2007.

1 Lacan, J., “La Tercera”, en *Actas de la Escuela Freudiana de París*, Petrel, Barcelona, 1980, p. 170.

2 *Ibíd.*, p. 169.

3 Lacan, J., *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., 1988, p. 383.

4 Lacan, J., *El Seminario, Libro 19, ...0 peor*, clase del 8-03-1972, Paidós, Bs. As., 2012.

nos de los Nombres-del-Padre en esta tensión con la religión?, tanto de lo imaginario, como de lo simbólico y de lo real, así como de los enunciados que operan efectivamente en la palabra cuando nos situamos en el discurso analítico.⁵

Todos los caminos conducen a Roma

Los Nombres-del-Padre no son una excepción a este popular refrán, pero tampoco su único destino, ya que nuestro secreto público es que no hay El Nombre-del-Padre, como singular. La religión católica habla de Dios como un padre, del Padre por excelencia, y el Nombre-del-Padre figura como bendición. Función religiosa por excelencia la de ligar lo simbólico y lo imaginario que, anudados a lo real, nos muestran su función de semblante, pero también "...la función radical del Nombre-del-Padre es la de dar un nombre a las cosas en particular la de gozar, con todas sus consecuencias".⁶ Y como de consecuencias se trata, proponemos una "pequeña modificación" a nuestro título, así, dejamos religión en singular y ubicamos el plural de los Nombres-del-Padre. Pero, ¿cómo hablar, escribir, de religión hoy en día, en singular, sin remitir a un discurso sobre la salvación, sobre lo santo y lo sagrado, sobre lo consistente, en fin, sobre la pluralidad de sentido?

Nuestro Encuentro nos convoca a proseguir la huella que señalara Lacan, es decir, la evaluación permanente del peso y de la actualidad de la religión. Ya que la misma no implica simplemente un modo de evitar el vacío, sino fundamentalmente de respetarlo.⁷ Por lo tanto, cuestionemos la creencia en la alternativa que, por un lado, ubica la religión y, por el otro, la razón, las Luces, el psicoanálisis mismo. Cuestionemos la validez de las oposiciones de la tradición ilustrada tales como

5 Lacan, J., "La tercera", *op. cit.*, p. 165.

6 Lacan, J., RSI, clase del 11-3-75. Inédito.

7 Lacan, J., *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 160.

Ciencia o Religión, Mito o Logos, Razón o Revelación,⁸ ya que las mismas alimentan el doble sentido kantiano de la religión, uno, el de mero culto y, el otro, el moral que se interesa por la buena conducta en la vida (recordemos que es el cristianismo el que une lo moral a la religión). Entonces, ¿cómo hablar, escribir, de religión hoy en día?, de una “ilusión” que no ha sido disipada, como creía Freud, por el progreso científico, por la civilización, sino que, por el contrario, nos encontramos con un discurso que actúa sobre el real insoportable que debemos a la ciencia, que actúa vertiendo torrentes de sentido. Sentido monoteísta, es decir, la creencia en el Uno, en un Dios único. Sentido místico, lo que Pascal y Montaigne llamaron el “fundamento místico de la autoridad” que liga el secreto con los fundamentos del saber. Autoridad que toma distintas formas para restaurar la tradición del Padre, entre ellas, la de ubicar el “consuelo” en la creciente ruptura de los lazos sociales.⁹

En síntesis, la primera cuestión es que para hablar de religión sería ingenuo de nuestra parte tomarla como un accidente; hay que ubicar sus efectos de consistencia y de verdad. En tanto se ubica en el lugar de La Respuesta, mantiene y se mantiene en la permanente promesa de decir La Verdad, una palabra que implica al futuro en el presente. Un hacer consistir a un Otro del Otro, una verdad sobre la verdad, promesa institucionalizada e identificable que profesa el arte retórico de persuadir bajo formas excepcionalmente minuciosas. Campo de la verdad que compartimos; por lo tanto, la interpretación del discurso analítico no puede ser mezclada con la religiosa.¹⁰ La interpretación analítica, no implica zanjar esta cuestión sino simplemente situar los desencadenantes de la verdad. Ubicar cuándo la verdad, como causa, es trasladada a un juicio sobre el fin y la finalidad del mundo remitiendo, entonces, a fines escatológicos. Así, nos permitimos ubicar la caracterización de la

8 Alemán, J., “Europa inacabada: retorno de la religión”, en *El Caldero de la Escuela*, N° 58, Bs. As., 1998.

9 *Ibíd.*

10 Lacan, J., *El objeto del psicoanálisis*, clase del 23-03-1966. Inédito.

época actual bajo lo que J.-A. Miller¹¹ señala como un retorno a un Otro, un retorno de la verdad de la revelación. Interpretación que no es simplemente desciframiento, ya que este no escapa al religar.¹² En esta línea podemos articular que el análisis sostenido por Lacan prueba que se puede prescindir del Nombre-de-Padre, en la medida en que desemboca en una reducción a lo que no tiene sentido, a lo que no se religa a nada.¹³

En síntesis, mientras el discurso analítico verifique que podemos prescindir del Nombre-del-Padre –pero sirviéndonos de él– podrá seguir existiendo en tensión con la verdadera Religión. Vía que el psicoanálisis ofrece y mantiene para que el sujeto instale en la vía del sentido (esto lo comparte con la religión) una resolución al goce doloroso. Por lo tanto, asociemos el psicoanálisis a la falla, al fracaso; no es un mal lugar, le conviene en tanto la religión continúe en su vía de triunfo y los logros de la ciencia angustien.

Algunas perspectivas

En ellas no está de más ubicar en el hoy la importancia del pensamiento de William James, fundamentalmente, la actualidad de un texto, *Las variedades de la experiencia religiosa*, libro contemporáneo a *La Interpretación de los sueños* y que es considerado como un punto de inflexión para la historia de la psicología. En él, James sostiene la “religión personal”, experiencia susceptible de estudio científico. Una religión basada en el entusiasmo como don y que toma las formas de un “encantamiento lírico, la honradez y el heroísmo”, y que en relación a los otros propone una preponderancia de sentimientos

11 Miller, J.-A., Curso *Piezas de repuesto*, clase del 17-11-04. Inédito.

12 Religare “religar”, “vincular”, “atar”, etimología que Benveniste ubica como inventada por los cristianos y que une la religión con el vínculo, con la obligación, con el deber y la deuda entre hombres o entre el hombre y Dios.

13 Miller, J.-A., Curso *Piezas de repuesto*, clase del 24-11-04. Inédito.

amorosos.¹⁴ Un pensamiento –el de James– que sostiene una orientación dispuesta a cuestionar la revelación mediada por la tradición en nombre de la propia inspiración interior.¹⁵ Sí, no está de más plantear en el hoy, su importancia, ya que el pensamiento de W. James y sus concepciones sobre las emociones dan el fundamento a las actuales clínicas comportamentales.

Eficiencia, regulación; tenemos allí una activa colaboración de las ciencias cognitivistas, tanto sociales como terapéuticas, para dar fundamentos a la “voluntad de ignorar”. En este sesgo, la verdadera religión y su uso del Nombre-del-Padre alimentan con recursos insospechados e inagotables la vía del sentido para reprimir el síntoma: recursos terapéuticos, canto de sirenas para “curar” a los hombres de “la manifestación de lo real a nuestro nivel de seres vivientes”.¹⁶

Por otro lado, pero en íntima relación a la perspectiva señalada, tenemos que la religión, para cubrir lo real por el sentido y paliar los efectos perturbadores de la ciencia sobre el sujeto, construye su discurso. Valga como ejemplo los desarrollos y la posición del cosmólogo George Ellis,¹⁷ quien afirma que la ciencia no puede decidir sobre temas éticos y sostiene que la religiosidad es esencial para sentar las bases de una moral no superficial, bajo la propuesta de una ética del sacrificio útil –lo dice explícitamente– basada en una posición religiosa que dé sentido, una ética del autosacrificio que se encuentra en las tradiciones espirituales profundas de todos los credos religiosos. Su propuesta y su militancia por introducir esta ética en las relaciones entre religión y ciencia lo hace un claro ejemplo de los alcances de la religión, ante la realización del discurso de la ciencia como productora de angustia. Y ante lo cual pro-

14 James, W., *Las variedades de la experiencia religiosa*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1994, p. 363.

15 Taylor, Ch. “Las variedades de la religión hoy”, Paidós, Bs. As., 2004, p. 29.

16 Lacan, J., “Conferencia de prensa del 29 de octubre de 1974”, en *Actas de la Escuela Freudiana de París*, Petrel, Barcelona, 1980, p. 29.

17 George Ellis, especializado en cosmología y sistemas complejos. Investigador de fama mundial.

pone “Nunca se pueden cambiar los hechos pasados, pero se puede cambiar su significado, cambiando su interpretación, alterando el contexto en que se los entiende.” Cambio de significado subrayando La Vida como máximo valor y sosteniendo el futuro de la religión como productora de sentido.

Por último, recordemos que Lacan sostiene que la naturaleza ha probado la existencia de Dios, todo el mundo cree en él.¹⁸ Dios existe en la lengua y como tal produce el efecto de un nombre propio. Es decir, ya sea que la entidad llamada Dios exista o no fuera de su naturaleza, existe como signifi-cante clave en un sistema de términos en un discurso que se actualiza permanentemente. San Agustín, habiendo llegado a su idea de la trinidad de Dios, veía manifestaciones de este principio sobrenatural en todo fenómeno natural; cada tría-da, por más secular que fuera, era para él otro signo de la Trinidad. Podríamos afirmar que, de leer San Agustín a Lacan y sus Nombres-del-Padre: Imaginario, Simbólico y Real, diría que estos son una prueba más de la existencia de Dios, y Lacan no lo negaría, sino simplemente diría, sí, Dios ex-siste.

Lacan finalizó su Discurso de Roma (1953) evocando al trueno, y no por casualidad, así lo afirma 18 años después, diciendo: “No hay Nombre del Padre que se pueda sostener sin el trueno, figura misma de la apariencia”.¹⁹ Si el psicoanálisis escandalizó en un tiempo a las personas piadosas,²⁰ hoy, ¿será posible que la experiencia analítica produzca un ateo, en tanto y en cuanto los efectos de los Nombres del Padre, son de creencia?

Aristóteles ofrece este asíndeton (figura retórica para dar vigor al concepto) como ejemplo: Hablé, oíste, sabes, decide. A la religión, lo que es de la religión: Hablé, oíste, y al psicoanálisis, lo que es del psicoanálisis: el servirse del nombre del padre: Sabes, decide.

18 Lacan. J., *RSI*, clase del 8-04-1975. Inédito.

19 Lacan. J., *El seminario, Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante*, Paidós, Bs. As., 2009.

20 *Ibíd.* .

Segregación*

La definición más general sostiene simplemente que segregación es separar una parte del todo, separación que por sus fines y efectos significa marginación, racismo, exclusión y un largo etcétera; valoraciones basadas en diferencias reales o imaginadas y que buscan, en beneficio del acusador y en detrimento de su víctima, la función de justificar una acción, una agresión, que, en su base, tiene el rechazo al otro, a sus rasgos o signos de diferencia. Agreguemos que la segregación es inherente a todo sistema simbólico. No pensamos que haya margen de error para afirmar la presencia persistente de la segregación en el siglo XXI y no se trata de futurología sino de la lectura de una constante en el malestar de la cultura, cuestión situada por Lacan con la afirmación de que todo lo que existe se basa en la segregación.¹

Se trata, para nuestra práctica, de poder precisar, tanto sus formas como sus efectos, que hoy resaltan en relación a la voz (planetaria) y la mirada con su carácter omnipresente. La voz que dice de diversas maneras y constantemente “tienes todo a tu alcance”, la mirada que muestra los objetos que universalizan, a todos se les ofrece la misma mercancía, el poder adquirirlo es contingente. Pero no se trata simplemente de con-

* Publicado en *Scilicet. El orden simbólico en el siglo XXI*. VIII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, 2012.

1 Lacan, J., *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., p. 193.

sumo, sino que, como señala Lacan, “La verdadera naturaleza del bien, su duplicidad profunda, se debe a que no es pura y simplemente bien natural, respuesta a una necesidad, sino poder posible, potencia de satisfacer. Debido a este hecho, toda la relación del hombre con lo real de los bienes se organiza en relación al poder que es del otro, el otro imaginario, de privarlo de ellos”.²

Freud abordó el tema desde el narcisismo de la pequeña diferencia, dificultad del contacto con el semejante. Sus diversos desarrollos sobre hermanos, padres, cónyuges, comunidades, etc., resaltan la hostilidad y la segregación. Con el tema de la identificación, Freud³ ubica las formaciones colectivas a partir del Ideal del Yo y, desde allí, racismo y segregación son ubicados como lo diverso que altera al sujeto a partir de lo extraño y que hace o genera la alianza con el parecido contra el diferente. En última instancia la subversión freudiana que ubica la singularidad implica la discrepancia radical entre los sujetos y esto hace que sea necesaria la referencia a un tercero para que exista la posibilidad de comunidad. Y es así como Lacan lee el amor al prójimo, ya que de lo que se trata, es que el sujeto quiere el mal del prójimo incluido en su goce; claro está que la maldad habita no solo en el otro sino en uno mismo. En esta línea podemos afirmar que lo que aglutina es la relación con el odio a lo extranjero, al Otro diferente, portador de otro goce, y que se sostiene en la base pulsional, como plantea J.-A. Miller⁴ al ubicar que la soledad del sujeto en lo que hace a su goce es una soledad correlativa de su maldad, ya que la pulsión no es humanista.

La enseñanza de Lacan nos permite ubicar los conceptos que sitúan una teoría general de los discursos, un orden en lo real a través del lenguaje. A su vez, cada discurso es una

2 Lacan, J., *El Seminario, Libro 7, La ética del psicoanálisis*, Paidós, Bs. As., p. 281..

3 Freud, S., “Psicología de las masas y análisis del yo”, t. XVIII, O.C., Amorrortu, Bs. As., 1976

4 Miller, J.-A., *Curso de la Orientación Lacaniana, Vida de Lacan*, Clase VI; 24 de marzo del 2010. Inédito.

respuesta a la presencia de la ciencia en su estatuto actual. Vínculos colectivos que ubican e interrogan los efectos de la segregación tanto a nivel de lo social, de lo grupal y del sujeto. Como señala Eric Laurent,⁵ para Lacan, una colectividad no comienza por un vínculo identificatorio que constituiría una clase sino por un rechazo, una exclusión: “Un hombre sabe lo que no es un hombre”; por lo tanto, la humanidad no es definida por algún atributo positivo sino por un rechazo, por un rasgo de segregación. Marco para ubicar la cuestión freudiana según la cual, el sujeto, tiene con el prójimo la misma relación de odio que consigo mismo. No está de más acentuar que la segregación implica también aquello que en el discurso no es lenguaje, es decir, remite al goce; por lo tanto, la segregación sostiene modos de gozar.

En los textos posteriores a la Segunda Guerra Mundial y al nazismo, Lacan caracteriza la segregación anticipando los acontecimientos posteriores a la década del '70 y también dándonos una perspectiva para situar el orden simbólico del siglo XXI. Nos referimos a las selecciones sociales implicadas en la técnica que, sumadas a los efectos del “capitalismo reordenado”,⁶ nos permiten la calificación de nuestra época como la de segregación. Ya que los procesos de segregación son justamente lo que se discute, vale el término de racismo.⁷ Y no podría ser de otra manera ya que la segregación es un efecto estructural del lazo colectivo y, como señalamos al comienzo, opera sobre lo diferente. Así lo señala Lacan al referirse al racismo como el odio al goce del otro, ubicado en un conjunto con diferentes identificaciones. Entonces, no solo se trata del narcisismo de la pequeña diferencia sino de como el otro manifiesta sus arreglos con el goce, con su ser de goce. La frase que extraemos del texto “Televisión” es clara: “En el desvarío de nuestro goce solo existe el Otro para situarlo,

5 Laurent, E., “Siete problemas de lógica colectiva”, en *Estudios Psicoanalíticos*, Eolia-Dor, Madrid, p. 15-47.

6 Lacan, J., *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*, Anagrama, Barcelona 1977, p. 117.

7 Miller, J-A., *Extimidad*, Paidós. Bs. As. 2010, p. 51.

pero solo en tanto que estamos separados”.⁸ La imposición y/o el control segregativo se da, entonces, imponiendo una forma de goce. Claro está que no es un matiz que los tipos de imposiciones pueden ir de lo subliminal hasta los campos de concentración, marcando un amplio espectro. En su “Proposición”, Lacan se refiere tanto a la segregación como al racismo y al deseo del analista, cuestión que nos lleva a la pregunta de si el discurso analítico está por fuera de la regla de que todo discurso implica una segregación. No podemos suprimir la regla, pero podemos situar la finalidad del discurso analítico y decir que su función y fundamento está en oposición a una uniformización y/o universalización del goce, ya que su horizonte es el deseo singular. Su finalidad no persigue la adaptación sino el saber que es posible no aceptar lo insoponible de la segregación. Por lo tanto, a modo de conclusión, si podemos definir el deseo del analista como hacer existir el psicoanálisis, en este movimiento que no es una simple oposición entre civilización y pulsión, el discurso analítico sostiene la efectividad de tratar el callejón sin salida de idealizar la posibilidad de renunciar a la pulsión o al ideal de un universal sin segregación. Entonces, con Lacan, podemos sostener que el deseo del analista nombra no solo al psicoanalista en la civilización, sino también al psicoanálisis como práctica eficaz y su afirmación en el nuevo orden del siglo XXI.

8 Lacan, J., *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*, op. cit., p. 119.

El futuro del psicoanálisis en el capitalismo presente

Introducción

Comenzaré de manera poco ortodoxa, refiriéndome al título que –si bien me fue propuesto–, es una debilidad de mi parte haberlo aceptado. En primer, lugar en tanto no creo poder estar a la altura de desarrollarlo, de abarcar sus posibilidades; no me escudo en una falta de tiempo, sino en la magnitud del tema. También, es un título de máxima ya que propone situar el presente del capitalismo: cuestión difícil de abarcar, se trata de un amplio debate político, económico y ético sobre la globalización y sus efectos. Y, además, pretende situar el futuro del psicoanálisis en estas coordenadas tan amplias. Entonces, simplemente, unas reflexiones en curso sobre esta problemática.

¿Desde el psicoanálisis intentamos una apelación a la conciencia mundial de la civilización? No, no es exactamente eso lo que intentamos. Pienso que, como ya lo sostuvo Freud, no hay una conciencia mundial y, en esta línea no entiendo los efectos del capitalismo como una desgracia de nuestra civilización, sino que los considero en perfecta armonía con ella; son: “Una expresión necesaria de la brutalidad y falta de entendimiento que priman en la humanidad civilizada de la época presente”.¹

1 Freud, S., “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, t. XXI, Amorrortu, Bs. As, 1988.

I

Para situarnos en tema nos remitimos a los textos del psicoanálisis, sabiendo que siempre hay una dificultad de pasar de ellos al análisis de la realidad social; aún así, me parece lícito pensar que estos textos son también parte de la misma realidad. Una dificultad que reside en que los hechos, las complejas relaciones de la trama social, implican un complejo entramado, que la teoría, en cierto sentido, reduce. Como contrargumento, sostengo que, sin una teoría, no es posible tener un punto de apoyo, y somos arrastrados por estos hechos sin lograr una toma de posición. Punto de apoyo en el discurso del psicoanálisis que se sostiene en Freud en más de un siglo de existencia. En este punto del desarrollo, considero necesaria una aclaración; situar el problema no implica sostener que el psicoanálisis pueda dar una solución a los problemas políticos, sociales y económicos, sino ofrecer y sostener una interpretación al malestar y una puerta al sujeto. Recordemos el punto final de “El malestar en la cultura”, cuando Freud se pregunta por el destino de la especie humana enlazado a la eterna lucha y a la tensión de las pulsiones, y concluye con la pregunta: ¿pero quién puede prever el desenlace?²

II

“El malestar en la cultura”, texto excepcional y de absoluta actualidad, que primero había titulado *La infelicidad en la cultura*, aborda el tema de la desdicha humana con una seriedad implacable. Y al decir actualidad del texto, subrayamos que el malestar, que la infelicidad, siempre es contemporánea, siempre es actual. Es diferente ubicarnos en un psicoanálisis que ante las manifestaciones del malestar plantea una aceptación fatalista, que situarnos en un psicoanálisis que reafirma lo insoluble de la tensión pulsional, y desde allí man-

2 *Ibíd.*

tiene la vigencia del sujeto a encontrar un saber, no solo sobre su singularidad, sino, también, un saber hacer con esa tensión como respuesta al malestar.

En este sentido, el deseo de Freud fue sostenido desde mucho antes de 1930, lo constatamos ya en sus primeras manifestaciones en los *Manuscritos* y en la correspondencia con Fliess; y a lo largo de su vida, su producción se mantuvo fiel a sus convicciones y su empeño de sostener el lugar del psicoanálisis en la cultura, su relación a los discursos vigentes de nuestra contemporaneidad en tanto debemos siempre renovar la afirmación de que un futuro promisorio para el psicoanálisis no está garantizado de por sí, dependerá de cómo hacerlo existir en el mundo de hoy y en el que se prepara. Un mundo donde la generalización de los mercados hace a un estado de la cultura en una dimensión sin precedentes, debido a las perspectivas de un orden de discurso mundial que nos plantea la regla por sobre la subjetividad, que fija los lugares de distribución del sujeto en los espacios regidos por el mercado. Por supuesto que esta globalización incluye la diferencia de estos espacios en zonas y/o naciones que se arrojan con el poder de dictar los significantes amos que dictaminan sobre la vida y la muerte. Ante este presente, como Freud en el '30 ante el surgimiento del nazismo, no estamos eximidos de afrontar el malestar radical, de dar una respuesta al sujeto; pero también del discurso, cuestión que nos deja frente a las preguntas: ¿con qué contamos para ello?, ¿cuáles son nuestras herramientas?

III

¿Se trata de un retorno a la naturaleza?, ¿se impone una respuesta por el amor?, remito a ustedes al análisis que hace Freud sobre el precepto “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, exigencia caracterizada no solo por la carencia de realismo sino también que “todo el mundo” limita la posibilidad de amar mucho a alguien. Además, el valor del prójimo y del

sí mismo están doblemente “cuestionados” –si así podemos expresarnos–; por un lado, por las cuestiones que se ponen en juego en el lazo al otro: rivalidad, narcisismo, etc. Y, por el otro, por el valor cultural de dicho precepto, una defensa contra la agresividad y la crueldad humanas. Recordemos lo que dice Freud: “El hombre no es una criatura gentil, amante, digna de ser amada, sino que más bien cuenta en su dotación pulsional con una poderosa porción de inclinaciones agresivas”.³ No, no se trata de una bondad intrínseca y una sociedad que corrompe, sino de las constataciones en la historia de la humanidad de las manifestaciones de la pulsión de muerte en su vertiente de agresividad, de segregación, de exclusión, etc. Se constata en la historia, y el hoy no es una excepción: la naturaleza humana en acción no deja duda de la validez de la hipótesis freudiana. Por lo tanto, la agresividad (en todas sus variantes) como manifestación de la pulsión de muerte, también hace lazo, no solo en la relación de lazo uno a uno, o uno a lo múltiple, sino también en los lazos libidinales que ligan entre sí a los miembros de un grupo en la cooperación y defensa (sea institucionalizado o no), donde se constata que el mismo se fortalece (me refiero al grupo) si tiene caracterizados a otros como aquellos a quienes segregar y odiar, unión por el odio conveniente que conocemos como “el narcisismo de las pequeñas diferencias”: “Los hombres parecen hallar un goce especial en odiar y perseguir o por lo menos ridiculizar a sus vecinos más inmediatos...”.⁴ Cuestión que nos induce a pensar que, en el hoy, donde las distancias de vecindad se acortan, donde los mercados tienden a consolidar una globalización, se identifica rápidamente a aquel que tiene las insignias del grupo de pertenencia; repito, la vecindad se agiganta y se aproxima, y por lo tanto, la pequeña diferencia resalta y se sostiene en lazos políticos, económicos y sociales cada vez más fuertes, y los grupos se fortalecen delimitando a quién identificar por el odio. Consideración que nos lleva a

3 *Ibíd.*

4 *Ibíd.*

sostener, con Freud, una de sus principales preocupaciones: la de estar atento a los modos en que la cultura inhibe la agresión, por que vemos hoy, paradójicamente, cómo la fomenta, poniendo a prueba la tesis freudiana de que la vía más notable contra la agresión es la internalización del “superyó cultural”, que debería dirigir los sentimientos agresivos hacia la propia persona, parece que nos encontramos con un malestar al que podríamos denominar “debilidad del superyó cultural”, que se nutre y nutre al discurso capitalista. Freud no fue terminante, dejó abierta la cuestión con la pregunta: ¿podrá la civilización contener las pulsiones de agresión y destrucción? A mi juicio, vale la pena sostener esta pregunta, pero también correlacionarla con los que sostienen una supuesta igualdad basada en “la pequeña gran diferencia”, no solo del que tiene, sino de aquellos que se identifican en ser los portadores del destino de la humanidad, o, por lo menos, sus rectores. Así, me parece que no solo debemos preguntarnos con qué herramienta contamos, sino además, saber que el psicoanálisis y el psicoanalista deben ubicarse en un malestar donde la pulsión alimenta a la civilización construyendo el catálogo imperioso de la pequeña diferencia.

IV

¿Cuál es el aporte de Freud a la teoría política? Fundamentalmente, el caracterizar los efectos de la represión pulsional y su fuerza. Podemos llamar a esto la teoría sobre la naturaleza humana, que no podemos dejar de lado en ningún campo donde, justamente, lo humano esté presente. Y, en esta línea, nuestro apoyo en sus textos implica no solo, al estilo de Freud, sino su trasfondo, es decir, el lugar que da al teórico y al practicante del psicoanálisis en relación al malestar. O sea, el lugar del analista en la cultura. Y el lugar de recepción de lo subjetivo, del uno por uno acosado por el inconsciente, marcado a fuego por la incurable castración, por la ambivalencia de sus amores y odios primarios, buscando una felicidad que se es-

capa de las manos, individuo que no es rector de su propia conciencia, sujeto del lenguaje, sujetado al límite del principio de placer, sujeto a las satisfacciones de la pulsión y sujeto a que ningún objeto colmará la hiancia estructural de su deseo surgido en un entre (espacio subjetivo) las necesidades de un organismo y la demanda a un Otro. En fin, sujeto que vive la carga de una naturaleza que le dice mortal y sexual y que tiene que responder a la pregunta de ¿qué soy? como existente. Sujeto que entra en la cultura de la mano de las identificaciones y en el marco de las instituciones; y no podemos dejar de señalar en este campo, el lugar de la familia como un primer eslabón de esta cadena. Ahora bien, después de esta extensa descripción, necesaria, para poder contestar a la pregunta del aporte freudiano a la teoría sobre las instituciones que sostienen la cultura y que se sostienen en ella, digamos que la aportación freudiana fue la de sostener que se tratan de diques contra el incesto y el asesinato. Y que el malestar se corresponde, a los ojos de Freud, con las implicancias de la vida en sociedad, del lazo social como una transacción impuesta y, sobre todo, como una condición irresoluble, esencialmente irresoluble. Una tensión permanente que motoriza una supervivencia en un permanente descontento, redoblado por la propia insatisfacción del deseo y por la permanente satisfacción de la pulsión que Lacan sintetiza tan brillantemente al decir: “El sujeto siempre es feliz”, lo que no quiere decir que el individuo lo sea. Es así que, en nuestra práctica, constatamos diariamente que el goce del sujeto se manifiesta en la infelicidad de la persona en sus lazos al otro. Ante lo cual, muchas vías de la ilusión se presentan con sus cantos de sirena (religión, amor, prosperidad, etc.).

Concluyo entonces esta consideración, diciendo que el aporte freudiano es la base de lo que Lacan especificó bajo el concepto y función del “deseo del analista” como un deseo advertido, sobre el malestar y la ilusión, un deseo que presenta, ante lo irresoluble, la posibilidad de que el sujeto llegue, por la vía del análisis, a la imposibilidad, lo que no implica ni una resignación, ni tampoco un fatalismo, pero tampoco una sobreadaptación, sino un poder encontrar una respuesta

al ¿qué soy? Una respuesta singular y no necesariamente de un valor universal.

V

“Y si también se lo suprimiera por medio de la total liberación de la vida sexual, eliminando en consecuencia a la familia, célula germinal de la cultura, ciertamente serían imprevisibles los nuevos caminos que el desarrollo cultural emprendería; pero hay algo que es lícito esperar: ese rasgo indestructible de la naturaleza humana lo seguiría adonde fuese”.⁵ Tomo este párrafo de Freud y lo ligo a: “Las cuestiones básicas acerca de cómo se debería organizar la familia han sido puestos en juego por la realidad económica. Los cambios dentro del capitalismo están haciendo a la familia y al mercado cada vez menos compatible”;⁶ Incompatibilidad señalada y desarrollada por Lester Thurow que extraigo de un libro titulado *El futuro del capitalismo*; no se trata de un psicoanalista sino de un asesor de presidentes norteamericanos; no es un improvisado sino un economista distinguido y una de las voces más notables de lo que podemos decir con las palabras de Lacan, un exponente del capitalismo reordenado, que ve esta incompatibilidad como un peligro y hace un llamamiento a restablecer la función paterna desde lo económico. No lo desarrollo, pero me parece un buen ejemplo de actualidad del malestar y de cómo este puede convocar al psicoanálisis a tomar partido por un valor universal y, lo que el deseo del analista opone es la consideración de que sea posible, para cada uno, examinar lo que fue y lo que es un padre sin que esto esté obturado por un discurso establecido.

He tratado de exponer, hasta aquí, en base a cinco consideraciones, un estado de reflexión; expondré ahora algunos lineamientos como perspectivas.

5 *Ibíd*

6 Thurow, L., *El futuro del capitalismo*, Javier Vergara Editor, Bs. As., 1966.

La primera

Freud, en su época, fue un gran reformador, un subversivo de los valores de la sexualidad y, en este sentido, fue un crítico de la sociedad burguesa tal como la vivía y la percibía. Este deseo, Freud, lo sostuvo en la descripción precisa de la condición de la humanidad civilizada: los hombres no podrán vivir sin la civilización pero no podrán vivir felizmente en la civilización. Sin embargo, no promulgó un tipo de saber vivir, sino el saber sobre el deseo que hace vivir.

La segunda

Ante la globalización que afecta el vivir y nos presenta un orden terapéutico que no se apoya en lo singular, no solo presenta un interrogante al lugar del psicoanálisis, sino al psicoanalista. Nos hemos preguntado sobre las herramientas con que contamos. Contestamos, apoyándonos en las consideraciones establecidas, que tenemos en nuestro haber un concepto y una función precisada por Lacan como deseo del analista, que no solo tiene un alto valor operativo sino que es un instrumento de interpretación. Un vector de fuerza y sentido contrario a las exigencias experimentales, que no nos exige de responsabilidad; no se trata solo de declamar, de abogar por la singularidad, sino de demostrar la originalidad del psicoanálisis, que toma lo terapéutico, pero que no limita su acción a este parámetro, ni tampoco promulga una renuncia a las pulsiones, sin caer en un discurso ingenuo o iluso de un posible retorno a las bondades de la buena naturaleza pulsional.

Tercera

Sobre las bases freudianas, J. Lacan introduce la perspectiva totalmente inédita de verificar por medio de la cura analítica que se llegue hasta el punto de que aparezca un deseo

novedoso en este mundo, el deseo del analista. No es el momento de hacer una disertación sobre esta función y concepto, pero no podemos dejarlo de lado en el tema que nos convoca. Y al referirme a las bases freudianas, remito a una carta de Freud a Pfister, donde le dice: “*El porvenir de una ilusión* era un libro que tenía que escribir. No se si usted ha adivinado el vínculo secreto entre ¿*Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?* Y *El porvenir...* Con el primero quiero proteger al psicoanálisis de los médicos; con el segundo, de los sacerdotes”.⁷ Más allá del tacto de Freud, pues le escribe a un religioso, este vínculo secreto que se anuda al texto de “El malestar en la cultura” implica que no se trata de denostar sino de proteger, de poner al abrigo, al psicoanálisis y, por lo tanto, al psicoanalista, de presiones exteriores, de que la subversión que el psicoanálisis presentó y presenta no sea digerida y pierda su óptica en un reduccionismo basado en valores ilusorios. El vínculo de estos tres textos es el deseo de Freud, nítido y claro, por un lado, de no reducir el psicoanálisis a las formas existentes de legitimación, es decir, la búsqueda de una propia autoridad, referida al marco siempre a constituir. Y, en consecuencia directa, la nueva figura del invento freudiano del analista, que, obviamente, se nutrió y se nutre de personas que pueden estar referidas a otros campos de la civilización, pero cada uno deberá constar en sus deseos el deseo del analista, en la transformación de las bases neuróticas del deseo. Y, además, nos plantea la cuestión de la formación que conviene, lo que debe saber el practicante sobre la base de la experiencia personal de un análisis.

Cuarta

Aquel que realiza el trayecto de un análisis, no solo tiene beneficios terapéuticos, sino la ganancia de un saber que le

7 Correspondencia 1909-1939 S. Freud - O. Pfister, Fondo de Cultura Económica. México, 1966.

permitirá un hacer diferente al de la repetición. No es una banalidad; entrar en el discurso analítico implica que algo cambia, que cambia su idea de lo que vale la pena para él (efecto o producto de saber sobre el goce que sostiene la insatisfacción del deseo). Y lo que vale para uno no es la misma cosa que vale para otro. Y no podemos decir que esto sea una solución al malestar en la cultura, ni una solución a los problemas políticos, etc. Pero tampoco nos proponemos eso, sino una salida nada despreciable, por cierto, en tanto implica una ubicación de la pulsión de muerte que no necesariamente esté destinada al otro.

Por lo tanto, concluyo con la idea de salida y no de solución, y sosteniendo que el discurso analítico, hoy, introduce una finalidad diferente de las finalidades del discurso capitalista que, hoy, en sus variantes, potencia y deja en libertad esos resortes de la agresividad, que potencia las posibilidades de una pulsión de muerte al servicio de las ganancias más extremas donde todo aquello, y todo aquel que no produce, es tomado como un exceso, como un sobrante a eliminar.

De a uno

Foucault*

I) ¿Leer a Foucault?

Al presentar a un autor, tenemos la tentación de recurrir a aquellos datos que nos darían la clave, a las referencias sobre su infancia, partida, despegue, de una verdad desarrollada a lo largo de su vida. Sin embargo, no haremos una lectura de su infancia ni de su vida, por varias razones, entre ellas, porque “la cuna de Foucault nos queda lejos”; distancia incómoda “de nuestra situación en el mundo (...) lejos, pero no como dioses, sino como argentinos”.¹ Nuestra opción resiste a diversas tentaciones, como por ejemplo: la elección de Foucault de llevar el nombre elegido por su madre, Michel, en desmedro de Paul, nombre de su padre, a quien, de adolescente, odiaba. Tentaciones ante el manifiesto apego a su hermana, o ante sus declaraciones sobre su homosexualidad.² No tomaremos estas perspectivas y remitimos al lector, a quienes ya lo han hecho. Agregamos a nuestra posición la afirmación de que no consideramos correcto, a la manera de un psicoanálisis aplicado, reducir la obra de un autor a su biografía.

Sin embargo, esto no impide destacar la influencia de los acontecimientos contemporáneos a su infancia y juventud, como los que marcan cierto destino teórico, y así lo expresamos porque es el propio Foucault quien lo dice: “Nuestra vida

* Publicado en *El Caldero de la Escuela* N° 26, Bs. As., 1995.

1 Abraham, T., “Foucault en fragmentos”, “Acerca de Foucault y los muchachos (1985)”, *Pensadores Bajos*, Catálogos, Bs. As., 1987.

2 Eribon, D., *Michel Foucault*, Anagrama, Barcelona, 1992.

privada estaba realmente en peligro. Tal vez sea este el motivo por el cual estoy fascinado por la historia y por la relación entre la experiencia personal y estos acontecimientos a los que estamos sometidos. Creo que ahí reside el punto de partida de mi afán teórico”.³

Un afán teórico constante e insaciable, que generó una extensa obra que Maurice Blanchot describe bajo la siguiente óptica: “...necesita ser estudiada (leída sin prejuicios) más que alabada (...)”,⁴ señalamiento que sitúa nuestras intenciones. Entonces, ante la pregunta “¿leer a Foucault?”, nuestra respuesta es afirmativa, simplemente, porque es un autor polémico, controvertido, filósofo irreverente y un largo etcétera de calificativos dado por una no menos extensa lista de comentaristas. Nos detenemos en la lista, en tanto Foucault “autor”, (poniendo entre comillas “autor”, para respetar su propia reflexión sobre el estatuto del género). Foucault es el autor de una extensa y polémica obra, y por lo tanto, sometida a discusión, de la cual, el psicoanálisis no está ausente.

II) Foucault y el psicoanálisis

Según M. Blanchot, Foucault nunca llegó a apasionarse por el psicoanálisis,⁵ pero también aclara que “...no entabla con el psicoanálisis ningún combate, que por lo demás sería irrisorio. Pero tampoco oculta su inclinación a no ver en él más que el desenlace de un proceso, estrechamente asociado a la historia cristiana”.⁶ Ni pasión, ni combate: relación al psicoanálisis, la cual –nos atrevemos a afirmar– acompañó a Foucault a lo largo de su vida y recorre su obra. Se nos puede contrargumentar que esta relación no explica su obra, no pretendemos tal osadía. Solamente diremos que nuestra afir-

3 Citado por Eribon, *op. cit.*, p 30.

4 Blanchot, M., *Michel Foucault tal y como lo imagino*, Pre-Textos, Valencia, 1988.

5 *Ibíd.*, p. 24.

6 *Ibíd.*, p. 63.

mación implica la pregunta ¿hay una “causa” –más allá del deseo de Foucault– que explique su obra?

La relación de Foucault al psicoanálisis tiene diversas implicancias, y señalaremos algunas. Sus recuerdos de estudiante en la *École Normale Supérieure*, calificados por él como intolerables, no contrastan con testimonios que lo ubican con un equilibrio psíquico más que frágil –autolaceraciones en el pecho, intento de suicidio, agresiones a compañeros, etc.–, cuestiones que generan su primer contacto con la institución psiquiátrica: concurre a ver al Prof. Delay por intermedio y recomendación de su padre. Entre los testimonios, Eribon cita el informe del médico de la *École*: “estos trastornos provenían de una homosexualidad muy mal vivida y muy mal asumida”.⁷ En esta línea, la mayoría de los comentarios y testimonios de esa época explican el interés de Foucault por la sexualidad, por la psicología y por el psicoanálisis como proveniente de esos años de *normalien*. Nuevamente, la tentación a la que aludíamos al comienzo, y seguir un camino que implica el riesgo de poner a la homosexualidad como causa de su interés teórico y de explicar su obra de la misma manera, cuestión en que caen varias tesis universitarias norteamericanas. Nuestro punto de vista es resaltar la conexión entre experiencia de vida e interés por el psicoanálisis y, por lo tanto, señalamos que Foucault, en sus años de estudiante, lee y estudia a Freud.

Paralelamente a su fracaso en el examen de Agregación (1950), Foucault afianza su relación con Louis Althusser, quien influye en su entrada al Partido Comunista,⁸ el que abandonará en 1953.⁹ Será Althusser quien le recomienda no acceder

7 *Ibíd.*, p. 51.

8 Con respecto a la opción político cultural de esos años, es posible la interpretación que da Tomás Abraham en: “La Larga risa de M. Foucault”, *Pensadores Bajos*, op. cit., p. 168.

9 Daría para mucho más que una mención, describir la relación de Foucault al Marxismo, y no subsumir ésta relación a su paso por el Partido Comunista Francés. Dentro de la bibliografía posible sobre esta cuestión señalamos, la complicación de Horacio Tarcus, *Disparen sobre Foucault*, Ed. El cielo por Asalto., Bs. As., 1993.

a una internación psiquiátrica y quien encargará a Jean Laplanche y a su esposa que se ocupen de él, ante la decepción que el fracaso en el examen de Agregación le había producido. Foucault aprobará en su segundo intento con una brillante exposición sobre el tema de la sexualidad, una exposición marcada por una fuerte influencia del psicoanálisis y la psicología. Foucault obtuvo su Licenciatura en Filosofía en la Sorbona, en 1948, y un año después, su Licenciatura en Psicología. Al mismo tiempo, estudiaba con Daniel Lagache y obtuvo el diploma del Instituto de Psicología de París. De estos tiempos proviene su interés por el test de Rorschach. Será Lagache quien lo orientará a emprender un análisis, ante sus requerimientos, pero pasarán algunos años para que Foucault intente la experiencia de una cura que solo durará tres semanas. Eribon señala: “Este será uno de los problemas que le persiguieron durante años: ¿es necesario hacerse psicoanalizar, o no?”.¹⁰

Como datos constitutivos del interés de Foucault por el psicoanálisis y la psicología, agregamos que, en 1952, consigue el Diploma de Psicología Patológica y concurre a varios cursos sobre psicoanálisis, lee a Lacan, a quien cita en su extenso prólogo a la traducción de “*Traum und Existenz*” de Ludwig Binswanger, que se publicará en 1954. Imparte psicología en la *École Normale Supérieure* desde 1951 hasta 1955, clases cuyo contenido se reflejan en su primer libro *Enfermedad mental y personalidad*. En 1952, es nombrado profesor adjunto de psicología en la Universidad de Lille, donde imparte clases sobre Historia de la Psicología, dedicando la mayor parte de su tiempo a Freud y específicamente a comentar las “Cinco conferencias sobre el psicoanálisis”.

Obviamente, es nuestro interés destacar como un punto especial de la relación de Foucault al psicoanálisis, aquel que implique a Lacan. Una de las versiones existentes es que Foucault asistió al seminario de Lacan a través de Jean Hyppolite quien lo hacía (Maurice Piguet –citado por Eribon– comenta que iba todas las semanas). Sin embargo, en las conversacio-

10 Eribon, D., *Michel Foucault, op. cit.*, p. 72.

nes con Ducio Trombadori (1978), Foucault dice que no asistió al seminario. Eribon, quien escuchó las grabaciones de estas conversaciones, matiza esta afirmación diciendo que, en realidad, lo que Foucault dice es que en esos años –nos referimos a los comienzos de los cincuenta– no estaba en condiciones de comprender a Lacan. Versiones; pero, lo que es un hecho es que Foucault conocía desde 1953 a Lacan, lo leía y lo citaba. Al publicar en 1961 *Historia de la locura* mencionará a Lacan como una de sus influencias junto a Blanchot, Roussel y Dumézil.¹¹ Por último, digamos que en los años sesenta, en las clases de Foucault sobre psicología general¹² en la Universidad de Clermont y en los cursos sobre Freud y la sexualidad infantil, el psicoanálisis ocupa un lugar central. “Cita con frecuencia a Lacan y recomienda a sus alumnos que lean sus artículos publicados en la revista *Pyschanalyse*”.¹³

III) Foucault: profesor, autor, militante

Entre los efectos del Mayo-francés, se encuentra la creación del Centro Experimental de Vincennes. Por petición de Canguilhem, se nominó a Foucault (filosofía) dentro del primer equipo de docentes encargados de elegir a los profesores

11 Destacamos que, entre las diversas influencias, será Dumézil quien tenga una importancia capital en el pensamiento de Foucault. “Fue él quien enseñó a analizar la economía interna de un discurso, de un modo totalmente distinto del de los métodos de la exégesis tradicional o el del formalismo lingüístico, fue él quien me enseñó como describir las transformaciones de un discurso y sus relaciones con la institución.” (Foucault, *El orden del discurso*).

12 Foucault comenzaba sus clases de psicología general avisando a sus estudiantes desde el principio que: “La psicología general, como todo lo que es general, no existe.” Aparentemente, sus clases tomaban caminos dispersos, pero los puntos en común entre ellas se verán reflejados luego en sus libros –más allá de las épocas en que se editen. En la época a la que nos referimos, el interés principal estaba en el lenguaje, en las teorías lingüísticas y en el psicoanálisis.

13 Eribon, D., *Michel Foucault, op. cit.*, p. 191.

y al cuerpo docente de la nueva facultad. Una designación cuestionada por amplios sectores de la izquierda, que le reprochan a Foucault no haber participado en los acontecimientos de Mayo —es verdad, en esos momentos se encontraba en Túnez. Surgen diversas críticas en tanto no se lo considera un hombre comprometido y se lo tilda de “gaullista”.

Foucault tratará de reclutar una nueva generación de profesores entre los discípulos de Althusser y de Lacan, especialmente al grupo fundador de *Cahiers pour l'analyse*.¹⁴ A su vez, entre los proyectos y preocupaciones de Foucault, está la de alejar a los psicólogos y la psicología, para atribuir las plazas y los presupuestos a una sección de psicoanálisis. La solución de compromiso será el nombramiento de Serge Leclair y la creación de dos departamentos de Psicología y Psicoanálisis.

Es en la década del setenta que Foucault comienza a encarnar el modelo del intelectual militante, a través de sus manifestaciones, de sus luchas y críticas. Una posición política que no lo distrae de su foco en lo intelectual. Así ubicamos sus preocupaciones, que luego se verán reflejadas en *La arqueología del saber*. De esta época merece una especial atención para nosotros su conferencia de 1969 “¿Qué es un autor?”. Disertación a la que asiste Lacan,¹⁵ participando en el debate final. Lacan interviene destacado que le parece muy pertinente lo que plantea Foucault, refiriéndose a la ubicación de Freud y Marx como ejemplos de lo que llama “Fundadores de discursividad” (en tanto sus textos implican la posibilidad de formación de otros textos, es decir establecen una posibilidad indefinida de discurso). Pero, en segundo lugar, encontramos

14 Algunos de los que se integraron a este proyecto fueron: Judit Miller, Alain Badiou, Jaques Ranciére, Francois Regnault. Didier Eribon da una descripción del desenlace del proyecto y de la suerte de sus integrantes. *Michel Foucault, op. cit.*, p. 250-256.

15 Foucault invitará a Lacan para que prosiga su seminario en Vincennes cuando la École Normale se negó a continuar albergándole por más tiempo. Finalmente, Lacan continuó su enseñanza en la Facultad de Derecho, pero aceptó dar una serie de conferencias en Vincennes.

una aclaración de Lacan que nos parece un punto crucial para situar la relación de Foucault al psicoanálisis, en tanto “retornar a”, no implica la negación del sujeto. Citamos la aclaración de Lacan: “Se trata de la dependencia del sujeto, lo que es muy diferente, y muy particularmente en el nivel de retorno de Freud, de la dependencia del sujeto en relación con algo verdaderamente elemental, y que hemos intentado aislar bajo el término de significante.”¹⁶

IV) El orden del discurso

El 2 de diciembre de 1970, Michel Foucault dicta su lección inaugural en el *Collège de France*: “El orden del discurso”.¹⁷ Momento crucial en la vida y en la obra de Foucault. Allí se encuentran las bases, las perspectivas de los que serán sus textos posteriores. Con respecto al psicoanálisis, esta lección –que ha sido ubicada como el punto de ruptura–, parece indicar, más bien, una relación de transición, en tanto Foucault se apoya en el psicoanálisis para hablar del deseo y del poder. Apoyo que deriva en que, más allá de apariencia de poca cosa del discurso referido a las regiones de la sexualidad y de la política, este muestra su vinculación con el deseo y con el poder. Luego, parece englobar al psicoanálisis, bajo el rótulo de terapéutico, en los sistemas de restricción denominados rituales. Sin embargo, sitúa el discurso sobre la sexualidad en el orden del significante.^{18, 19} Pero, si ubicamos esta lección como un momento de transición y no de ruptura, es porque finalmente, Foucault hablará de tres decisiones a las que el pensamiento se resiste, ellas son: “Poner en duda nuestra voluntad de verdad; restituir al discurso su carácter de acontecimiento;

16 Foucault. M., «¿Qué es un autor?». En *Conjetural* N° 4, Bs. As., 1984.

17 Foucault., M, «El orden del discurso», *Cuadernos Marginales*, Tusquets Editores. S.A., Barcelona, 1987.

18 *Ibíd.*, p. 12.

19 *Ibíd.*, p. 42.

levantar finalmente la soberanía del significante".²⁰ Tres perspectivas que invitan a la lectura de Foucault, pero que, a nuestro entender, también sitúan nuestra discusión: se trata de leer los fundamentos de *La historia de la sexualidad* desde la lógica del inconsciente. La discusión tiene su actualidad: si podemos ir, en el análisis del discurso, más allá del sentido, ¿podemos ir más allá de la determinación significativa?²¹ Dejemos estas preguntas en suspenso por ahora.

Las clases de Foucault en el *Collège de France* serán nuevamente un banco de pruebas de las obras que publicará en los setenta y que implican un viraje en la relación al psicoanálisis. Nos referimos a *Vigilar y castigar* y *La voluntad del saber* (Primera parte de la *Historia de la sexualidad*). Un período donde Foucault se convierte en un personaje público, a través de innumerables actividades, viajes, artículos y opiniones. Posición que Foucault desarrollará hasta 1984, año de su muerte.²²

V) La arqueología del psicoanálisis

La arqueología del psicoanálisis nos parece un título más adecuado que ruptura con el psicoanálisis, en tanto pensamos que nunca, en sentido estricto, hubo una ruptura con el psicoanálisis. En el apartado IV, resaltamos que el psicoanálisis sigue ocupando un lugar en la obra de Foucault. J.-A. Miller ubica esta cuestión diciendo:

"En *La voluntad de saber*, el psicoanálisis ocupa un lugar simétrico e inverso del lugar que ocupaba en *Las palabras y las*

²⁰ *Ibid.*, p. 43.

²¹ También nos parece adecuado señalar que, entre las perspectivas que Foucault da en "El orden del discurso", se encuentra lo siguiente: "Será necesario también estudiar un día el papel que tuvo Freud en el saber psicoanalítico..." Una constante preocupación de Foucault que en el corte de los años setenta, no olvida. ("El orden del discurso", *op. cit.*, p. 53.)

²² Remitimos nuevamente a la biografía de Eribon quien exhaustivamente, y con elegancia, describe todo este período de la vida de Foucault.

cosas. El psicoanálisis ya no está al principio de la indagación sino que es el objeto de esta".²³

La voluntad de saber (1976) y *Vigilar y castigar* (1975) son libros a los que Foucault da el carácter de cajas de herramientas de las cuales se pueden tomar ideas o análisis para interrumpir o descalificar los sistemas de poder. Textos donde se entrecruzan cuestiones relativas al marxismo y al psicoanálisis. Sin embargo, no nos parece suficiente ubicar las críticas de Foucault a los postulados del freudo-marxismo como equivalentes a críticas al psicoanálisis.²⁴ Más bien, estas críticas, se incluyen en una idea mayor que resumimos diciendo que si en *Vigilar y castigar* Foucault muestra que el poder abarca al conjunto de la sociedad mediante los "mecanismos de disciplina", en *La voluntad de saber*, enlaza los dispositivos de la sexualidad no solo con los mecanismos sino con lo que denomina "redes del poder".

Será después de los acontecimientos del Mayo francés que las cuestiones relativas a la sexualidad recobran en Foucault un renovado interés. Un interés que responde al cambio producido en la cultura francesa en general, y, particularmente, nos referimos a la extensión del psicoanálisis.²⁵ Cabe aquí citar una respuesta de Foucault a J.-A. Miller, aunque esta se produce unos años más tarde (1977): "Hay países, es cierto, en los que, por razones de institucionalización y de funcionamiento del mundo cultural, los discursos sobre el sexo no tienen tal vez,

23 Miller, J.-A., "Michel Foucault y el psicoanálisis" en: *Michel Foucault, filósofo*. Gedisa, Barcelona, 1990. Recomendamos la lectura de esta intervención de J.-A. Miller en ocasión del Encuentro Internacional sobre Foucault, París, 1988. Entre las perspectivas desarrolladas, destacamos la discusión sobre si el proyecto de Foucault sobre la sexualidad implica un más allá de Lacan, o más bien se podría, entender como un proyecto que obtiene una explicación con Lacan.

24 Para este tema ver: Etienne Balibar: «Foucault y Marx. La postura del nominalismo», en *Michel Foucault, filósofo*. op. cit., p. 48.

25 Entre los efectos posteriores al Mayo francés es de destacar el cambio producido en la relación sociedad-psicoanálisis. Ver para este punto. Sherry Turkle: *Jacques Lacan. La irrupción del psicoanálisis en Francia*, Paidós, Bs. As., 1983.

con relación al psicoanálisis, esa posición de subordinación, de derivación, de fascinación que tienen en Francia, donde la inteligencia, por su lugar en la pirámide y la jerarquía de valores admitidos da al psicoanálisis un privilegio absoluto...".²⁶

VI) Sin embargo, dicen: ruptura con el psicoanálisis

Cuando Eribon se refiere a *La voluntad de saber*, si bien lo ubica en la línea de *Vigilar y castigar*, es decir, como un intento de desbaratar las teorías del poder y los postulados marxistas, sin embargo, sobre *La historia de la sexualidad* en particular, establece que lo que constituye, sin duda, el punto de partida y el motor del libro, es la ruptura que lleva a cabo Foucault con el psicoanálisis, particularmente, con el psicoanálisis lacaniano. Los puntos de apoyo de Eribon implican la equiparación entre los postulados freudo-marxistas y el lacanismo. Por un lado, la liberación de la sexualidad de represión y censura; por el otro, la ubicación de la sexualidad bajo la formulación: "La ley es constitutiva del deseo y de la carencia que lo ins-taura". Es verdad que para Foucault ambas formas son solidarias, a pesar de que sus posiciones y conclusiones sean contrarias. Para él, ambas comparten una misma "representación del poder", una concepción jurídico-política dominada por un modelo monárquico de un poder único y centralizado. Sin embargo, este nos parece un punto central en la discusión, a la cual agregamos que, entre determinación significativa y monarquía significativa, hay más que un matiz.

El resumen de lo que se entiende por "ruptura con el psicoanálisis" es el camino de Foucault desde *Las palabras y las cosas*, donde solo tres ciencias humanas quedaban a salvo: la etnología, la lingüística y el psicoanálisis, hasta *La voluntad de saber* al que se lo considera como un texto contra Lacan. Una ruptura con Lacan y con todos los que se oponen a sus análi-

26 Entrevista a Michel Foucault publicada en la revista *Ornicar*, núm. 10, julio 1977. Traducción castellana en "Saber y Verdad". Las Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1991.

sis, por ejemplo, ideologías de liberación, freudo-marxismo, teorías del deseo, etc., englobando a todas bajo los mismos dispositivos de saber y de poder. Dispositivos que tienen la misma matriz: la confesión, que rigió la producción del discurso sobre el sexo.

Quizás valga la pena situar aquí lo que T. Abraham llama “El mito de las mariposas”, si bien no compartimos totalmente su punto de vista.²⁷ T. Abraham recomienda leer y releer a Foucault, pero lo que no “recomienda es la operación jibara de reducir cabezas y meter en las mentes compatriotas con inquietudes teóricas al fetiche Foucault, que sustituirá al lepidóptero Lacan; y así como en los últimos años supimos de significantes y cadenas, ahora copularemos con poderes y dispositivos”.²⁸ Es verdad, hasta cierto punto, que la historia y la geografía tienen más poder que la filosofía; pero también es un hecho que, en nuestra historia contemporánea, no se puede reducir el psicoanálisis, y menos a Lacan, a una simple importación cultural.

VII) Herramientas

En este apartado sumaremos algunas “herramientas” que apoyan nuestra perspectiva de lectura sobre la relación de Foucault al psicoanálisis –no se trata de comentarios, respetando el horror que Foucault expresaba por los mismos. Dicho de otra manera: “No nos hallamos frente a la muerte del libro, sino frente a otra manera de leer. En un libro no hay nada que entender, pero hay mucho que utilizar”,²⁹ matizando esta afirmación de Deleuze, en cuanto deja al libro por fue-

27 El punto de vista de Tomás Abraham, que solo compartimos en parte, está desarrollado en “La larga risa de M. Foucault”, en *Pensadores Bajos*, op. cit.

28 *Ibíd.*, p. 167.

29 Deleuze, G., y Guattari, F., *Rizoma*, Pre Textos, Valencia 1980. Citado por Miguel Morey, Prólogo al libro de G Deleuze: Foucault, Paidós Estudio, Bs. As., 1991.

ra de la determinación significativa. Acordamos con la idea de que en los libros de Foucault hay mucho a utilizar, sobre todo en función de los principios de la relación inseparable entre teoría, práctica e institución, que el psicoanálisis implica desde la enseñanza de Lacan.

a) “Enfermedad mental y personalidad” (1954)

En este texto aparece una crítica al psicoanálisis. Apoyándose en el “análisis existencial”, le reprocha que “irrealice las relaciones del hombre con su entorno”.³⁰ También es la primera vez que Foucault utiliza el término “arqueología”, aplicado a lo que el psicoanálisis denomina las “etapas arcaicas” de la evolución del individuo. Pero es también oportuno señalar que Foucault no solo modificará totalmente este libro (1962), sino que también se opondrá a su reedición y traducción al inglés. En varias entrevistas, Foucault dirá que su primer libro fue *Historia de la locura* y no *Enfermedad mental y personalidad*. Sin embargo, la aparición de *Enfermedad mental y personalidad* se puede inscribir en el clima intelectual francés de los años cincuenta, ampliamente determinado por las posiciones de Jean Paul Sartre, por la fenomenología de Husserl y el humanismo existencialista.

b) *Historia de la locura en la edad clásica*

En 1960, Foucault concluye su tesis que, actualmente, se conoce como *Historia de la locura en la edad clásica*; sus inspiradores, y a los que expresa su agradecimiento, son Georges Dumézil, Georges Canguilhem y Jean Hippolite, siendo este último a quien reconoce como el iniciador en su destino filosófico. Un iniciador que representa la apertura a los pensadores que cautivarán a toda una generación –nos referimos a Marx, Nietzsche y Freud, a quienes Foucault llama fundadores de “una nueva modalidad de interpretación”.³¹

30 Citado por Eribon, *op. cit.*, p. 104.

31 Conferencia de 1964 sobre «Nietzsche, Marx, Freud», citado en *Disparren sobre Foucault*, *op. cit.*, p. 11.

Remitimos al texto, y solo señalamos que su aparición provocó, aún en sus más calurosos receptores, que se destacara su aspecto fangoso, rebuscado y hermético. Es el propio Foucault el que, en 1972, ante su reedición dirá: "Si tuviera que volver a escribir este libro hoy en día, metería menos retórica".³²

c) *Raymond Roussel - El nacimiento de la clínica*

Son dos obras que se publican en 1963, y Foucault se preocupa de que salgan el mismo día. *El nacimiento de la clínica* (1963) es una continuación de *Folie et déraison*. Un texto que no pasa desapercibido para Lacan, al que se refiere en su seminario a los pocos días de su aparición. Agregamos que luego lo citará en sus Escritos.

d) *Las palabras y las cosas* (1966)

A diferencia de los anteriores, *Las palabras y las cosas* obtuvo, inmediatamente a su aparición, una sorprendente repercusión; su contenido se corresponde a las clases de Foucault en los años sesenta en la Universidad de Clermont^{33, 34}. El título tiene una pequeña historia, el primero fue *La Prose du monde* (*La prosa del mundo*), pero al estar muy ligado a Merleau-Ponty, Foucault lo descartó a pesar de la admiración que Foucault tenía por el filósofo. La elección pasa, entonces, por la alternativa entre *L'Ordre des choses* (*El orden de las cosas*) y *Les Mots et les choses* (*Las palabras y las cosas*). Foucault prefiere el primero pero, ante los argumentos expuestos por Pierre Nora (director de una nueva colección de Gallimard), se publicará con el título que conocemos. Sin embargo, años después, con la traducción al inglés, volverá al título inicial: *L'Ordre des choses* (*El orden de las cosas*) y, en varias entrevistas,

32 Eribon, *op. cit.*, p. 134.

33 Maurice Blanchot, *op.cit.*, p. 18.

34 Foucault cumplió funciones en la llamada "Comisión de los dieciocho", Comisión de Estudio de la Enseñanza Superior en la búsqueda de soluciones para los planes de estudio, antes del Mayo francés.

Foucault dirá que, en el fondo, este título era el más apropiado y el que se corresponde con su subtítulo: *Una arqueología de las ciencias humanas*.

Señalemos que dentro del cuestionamiento generalizado a las ciencias humanas, Foucault reconoce un lugar aparte al psicoanálisis y a la etnología.³⁵

Es difícil reconstruir –a distancia– el paisaje intelectual de esos años –nos referimos al contexto político-cultural en el que se inscribe el libro de Foucault–, pero nos parece adecuado, al escribir sobre Foucault, pensar que un proyecto intelectual y su correspondiente desarrollo solo son comprensibles en función de un espacio teórico, institucional y político. El espacio, al que llamamos panorama cultural y en el que surge *Las palabras y las cosas* (1966), implica la polémica del estructuralismo y sobre el estructuralismo. Espacio, en gran parte consecuencia del efecto producido por la aparición de *La antropología estructural* de Lévi-Strauss, que fuera considerada desde 1958 como el manifiesto de una nueva escuela, de una nueva corriente filosófica, a lo que se suma, en 1962, la posición de Lévi-Strauss sobre Sartre en *El pensamiento salvaje*, donde ubica la filosofía de este como una mitología contemporánea. Por primera vez, la dominación de más de 25 años de Sartre en el panorama y ámbito cultural francés se ve dañada; nace una nueva manera de concebir la actividad intelectual por parte de una nueva generación.³⁶ Demos la palabra a Foucault: “...hemos recibido de Sartre, de su generación, la pasión por la vida, por la política, por la existencia. Pero nosotros hemos descubierto otra pasión, la pasión por el concepto de lo que yo llamaría el 'sistema'”.³⁷

El punto de ruptura se sitúa cuando Lévi-Strauss, para las sociedades, y Lacan, en lo que se refiere al inconsciente, nos

35 Foucault, M., *Las palabras y las cosas*, Siglo Veintiuno, México, 1968, p. 362-375.

36 Ver entrevista “Foucault responde a Sartre” de Jean-Pierre El Kabbach. *La quinzaine littéraire*, núm 46, marzo 1968. Versión española en *Saber y Verdad*, Las Ediciones de La Piqueta. Madrid, 1991.

37 Eribon, *op. cit.*, p. 218.

mostraron que el “sentido” no era probablemente más que una especie de efecto de superficie, una reverberación, una espuma, y que, en realidad, lo que nos atraviesa profundamente, lo que existía antes que nosotros, lo que nos sostenía en el tiempo y el espacio era el sistema.³⁸

Con respecto al “sentido” y al “sistema”: “...la importancia de Lacan procede en que ha demostrado cómo, a través del discurso del enfermo y de los síntomas de su neurosis, son las estructuras, el propio sistema de lenguaje –y no el sujeto– quien habla... Antes de cualquier existencia humana, existiría ya un saber, un sistema que redescubrimos...”.³⁹

Sin embargo, Foucault no se reconoció nunca como estructuralista,⁴⁰ y se ubica a *La arqueología del saber* (1969) como un intento de desmarcarse de la posición estructuralista. Un ejemplo da cuenta cabal de este intento; nos referimos a que, en 1972, con motivo de la reedición de *El nacimiento de la clínica*, Foucault establece la siguiente modificación.

En la primera edición dice: “Quisiéramos intentar aquí un análisis estructural de un significado –el de la experiencia médica– en una época”, mientras que en la reedición dice: “Quisiéramos intentar aquí el análisis de un tipo de discurso –el del análisis médico– en una época”. Valga esto como ejemplo para señalar que la noción de estudio estructural desaparece de las páginas del texto. Podemos subrayar, además, que en este pasaje de estructura a discurso, para Foucault historiador, este último término –discurso– implica un medio, el camino para estudiar las prácticas. Como precisa P. Veyne: “Además, el empleo por Foucault de la palabra ‘discurso’ ha dado lugar a muchas confusiones; hay que recordar, en primer lugar, que Foucault no es Lacan ni un especialista en semántica, sino que

38 Foucault “A propósito de las palabras y las cosas”. Entrevista con Madeleine Chapsal. *La Quinzaine littéraire*, núm 5, mayo 1966. Traducción en *Saber y Verdad*, op. cit., p. 31.

39 Eribon, op. cit., p. 218.

40 Muchas son las declaraciones de Foucault al respecto. Destacamos: Paolo Caruso. *Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan*. Ed. Anagrama, Barcelona, 1987.

usa la palabra ‘discurso’ en un sentido muy particular, que no es el de ‘lo que se dice’”.⁴¹

e) *La arqueología del saber - El orden del discurso* (1969)

La arqueología del saber y *El orden del discurso* marcan el fin del período donde pretendió poner al descubierto prácticas discursivas casi puras, en el sentido de que solo remitían a sí mismas, a sus propias reglas, a su punto de partida sin autor y a desciframientos que no descubrían nada oculto”.⁴²

VIII) *El uso de las herramientas*

1) Con respecto a la aparición de *La voluntad de saber*, primer volumen de su *Historia de la sexualidad*: “...es el único que he escrito sin saber de antemano cuál sería su título”, Foucault vuelve a situar el problema ya enunciado en *La historia de la locura*: “¿Qué es lo que ha ocurrido en occidente para que la cuestión de la verdad sea planteada a propósito del placer sexual?”.⁴³ Una pregunta donde Foucault ubica al psicoanálisis y señala, desde nuestro punto de vista, las coordenadas de lectura con respecto a su obra. Coordenadas a las que aludimos con las siguientes preguntas: ¿es o no sostenible el intento de Foucault de borrar el corte que con respecto a la sexualidad se sitúa en Freud?, ¿es subsumible la práctica del psicoanálisis a la que Foucault llama la “maquinaria de confesión”?, y por último, ¿podemos considerar histórica a la sexualidad en el sentido que la toma Foucault? Las respuestas negativas a estas tres cuestiones, no solo tienen un fundamento –a desarrollar– en contestación a Foucault, sino que tienen una profunda actualidad ante el pragmatismo reinante.

41 Veyne, P., *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Alianza Editorial, AU, Madrid, 1984.

42 Maurice Blanchot, *op.cit.*, p. 18.

43 Recomendamos la lectura de la entrevista “El juego de Michel Foucault” publicado en *Ornicar? op. cit.*

2) Para G. Deleuze,⁴⁴ a Foucault no se le perdona que haya anunciado la “muerte del hombre”. Pero, ¿cuál es el sentido que da Foucault a esta afirmación? En primer lugar, nos ubica nuevamente en los descubrimientos de Lévi-Strauss, de Lacan y de Dumezil, que no solo pertenecen a lo que se ha denominado como ciencias humanas, sino que además “...lo verdaderamente característico es que todas esas búsquedas borran no solo la imagen tradicional que se tenía del hombre, sino que, a mi juicio, tienden todas a convertir en inútil, para la investigación y para el pensamiento, la idea misma del hombre. La herencia más gravosa que hemos recibido del siglo XIX –y que ya es hora de desembarazarse– es el humanismo”,⁴⁵ del cual Foucault, parafraseando a Marx, dice: “¡El humanismo finge resolver los problemas que no se pudo plantear!”. Sin embargo, “la muerte del hombre”, no es la desaparición del sujeto, y esto ubica, a nuestro entender, la discusión en lo que Deleuze, coincidiendo con Foucault llama “Enunciado” (que es diferente a una proposición, y tampoco es un concepto, ni se trata de una estructura). “Lo propio del enunciado es poder ser repetido”,⁴⁶ y como previo a la frase o a las proposiciones que lo suponen implícitamente, es creador de palabras y de objetos;⁴⁷ sin embargo, la cuestión es que quedan sin explicar las “singularidades” que el “enunciado” supone.

IX) Para continuar...

Foucault ha dicho: “Nunca he escrito otra cosa que ficciones y soy perfectamente conciente de ello. Sin embargo creo que es posible hacer funcionar a las ficciones en el interior de la verdad”.⁴⁸ Y sus palabras nos autorizan a considerar estas

44 Deleuze, «Un nuevo archivista» en *Foucault*, Paidós, México, 1987, p. 27.

45 «A propósito de *Las palabras y las cosas*», *op. cit.*, p. 34.

46 Deleuze, «Un nuevo archivista», *op. cit.*, p. 36.

47 Deleuze, «Un nuevo archivista», *op. cit.*, p. 39.

48 Citado por Blanchot. *op. cit.*, p. 50.

páginas como un somero intento de reflejar la importancia de Foucault como un pensador contemporáneo, la repercusión de su obra y los puntos de apoyo y de discusión respecto del psicoanálisis.

Hemos dicho Foucault pensador; se lo ubica y reconoce como historiador, militante, filósofo, y también una larga lista de relaciones: al marxismo, al psicoanálisis, a los derechos humanos, etc. Una lista que se corresponde con clases, conferencias, ensayos, libros, declaraciones, artículos, etc. Pero, lo simple y a la vez complejo, es que Foucault desarrolló una intuición que, a nuestro entender, P. Veyne precisa: “La intuición inicial de Foucault no es la estructura, ni el corte, ni el discurso: es la rareza, en el sentido latino de la palabra; los hechos humanos son raros, no están instalados en la plenitud de la razón, hay un vacío a su alrededor debido a otros hechos que nuestra sabiduría no incluye; porque lo que se podría ser distinto...”.⁴⁹ Una rareza que nos dice que no existe la racionalidad; y no creo que desde el psicoanálisis podamos estar en total desacuerdo, ni con la rareza, ni con la afirmación de Foucault respecto a la racionalidad, después de todo la práctica del psicoanálisis implica “...sencillamente, abrir los ojos ante la evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana” (J. Lacan, 1956).

49 Veyne, *Cómo se escribe la historia*, *op. cit.*, p. 200.

Rudimentos de una “teoría” para la investigación en Jacques Lacan*

Presentación general del problema

Uno de los ejes principales de una maestría en psicoanálisis es tomar la problemática de la realización de la investigación en psicoanálisis como una cuestión indispensable para la formación. Este marco inscribe que aquel que llega a la Maestría tiene ya un estado de formación, es decir que no parte de cero; sin embargo, no sostenemos que con la tarea a realizar alcanzaría un todo de la formación (como si este fuera posible); sino que, implicará un antes y un después para la formación, si la persona completa la realización de una tesis de maestría. En esta línea sitúo algunas preguntas como marco de esta presentación, la cual no intenta dar una respuesta acabada a las mismas: ¿una tesis es una investigación?, ¿hay una especificidad de la investigación en psicoanálisis?, ¿la metodología de investigación del psicoanálisis es la misma que la de las ciencias sociales o difiere de ella y, en ese caso, en qué consiste su especificidad?

Partiré de dos axiomas:

1) La clínica psicoanalítica no es una ciencia, pero no se excluye de su campo y, a la vez, es inseparable de la historia de las ideas.

2) Para abarcar el tema de la investigación en psicoanálisis

* Extracto de la presentación efectuada en las II Jornadas de trabajo “La investigación en Psicoanálisis”, organizada por la Escuela de Graduados, Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Argentina John. F. Kennedy

hay que ubicar tres órdenes o registros sobre la figura inventada por Freud: el psicoanalista; registros ligados entre sí pero que se pueden distinguir: la relación del psicoanalista con sus pacientes, con el psicoanálisis y con los otros psicoanalistas.¹

*Lo calificado como problema se encuadra en una difícil relación:
la del psicoanálisis con la ciencia*

Con respecto al primer axioma presentado recordemos que, si bien el psicoanálisis no se plantea como una ciencia, sin embargo, no pierde de vista la idea de cientificidad. La cuestión es cómo ubicar este axioma en la enseñanza de Lacan, ya que no hay una única y constante posición. Hay modificaciones; por ejemplo, en 1953, la particularidad se ubica en el campo de “las ciencias humanas”, mientras que en 1964 pasa a incluirse en la distinción entre buscar y encontrar. Distinción que implica la posibilidad de que el psicoanálisis arroje ciertos principios sobre lo que se entiende como ciencia. Y luego, en 1973, el psicoanálisis encuentra su lugar por un fallo, una incompletud de la ciencia. No se trata en modo alguno de que el psicoanálisis cuestione a la ciencia sino exactamente que la iguale. No he tomado arbitrariamente estas fechas, sino en tanto representan momentos cruciales de la enseñanza de J. Lacan, para diferenciar al psicoanálisis de las críticas que lo ubican como práctica esotérica. Una defensa que rescata la ambición freudiana de enfrentar y responder a los efectos de la ciencia sobre el sujeto, y además, de sostener que la ciencia y el psicoanálisis comparten –si así podemos expresarnos– al sujeto en la medida en que lo definimos tanto en su relación al saber como a la verdad. Tomemos el segundo tiempo de los tres anteriormente señalados, que nos remite a su seminario sobre *Los cuatro conceptos fundamentales...*, donde, al definir el psicoanálisis como una praxis, delimita un campo

1 Distinción tomada de J.-A. Miller en Curso *El banquete de los analistas*, curso que es una de las bases fundamentales de este trabajo.

y una función, un campo de experiencia y una función de acción sobre la misma. Por lo tanto, para presentar este segundo punto quiero subrayar que el psicoanálisis como práctica se ubica hoy en una época donde la ciencia sostiene la modificación de la realidad natural del mundo; pensemos en la transformación de la reproducción misma de la especie. En estas coordenadas, si el psicoanálisis sostiene la verdad del sujeto, allí se opone a la ciencia.

*Rudimentos de una "teoría" para la investigación
en Jacques Lacan*

Un título extenso que, en primera instancia, nos permite ubicarnos frente al término "investigación", cuya significación no escapa al malentendido. Por lo tanto, no se trata de encontrar "La significación" sobre investigación, sino de ejes que nos permitan pensar los principios lógicos. Es grande la ambición, puesto que se trata de aproximar una respuesta a ¿qué es investigar en psicoanálisis? Además, la elección del término "rudimentos" señala la acepción de primeros estudios de cualquier ciencia o profesión y nos permita presentar al psicoanálisis en tensión con ambos términos. No se reduce a una profesión a pesar de que es innegable su instalación en el campo cultural y en el campo de la salud. A su vez, la tensión con la ciencia que ya introdujimos en el punto anterior no implica una exclusión. Es un hecho que hay investigaciones en psicoanálisis de diversas ópticas y formas, tanto en la historia como en la actualidad. Sin embargo, nuestra perspectiva va un poco más allá en tanto se trata de investigar sobre el estatuto de la investigación en psicoanálisis. Lo cual implica un camino que no es ecléctico pero tampoco dogmático. No anulamos la discusión pero rechazamos la banalización del psicoanálisis. Quizás, con este camino, podamos establecer una relación con un postulado fundamental del discurso científico: se trata de que los resultados deben poder ser enseñados a todos.

La investigación en J. Lacan

En un sentido amplio toda su enseñanza es una investigación sobre el psicoanálisis, pero podemos extraer de ella los fundamentos de una metodología propia del psicoanálisis: los principios, y que estos no solo sean transmisibles sino también operatorios. Esta sería la aspiración que me parece encontrar en Lacan, la de presentar coherentemente las cuestiones acerca de la validación de los enunciados sostenidos desde el psicoanálisis y los resultados alcanzados por este clínica y teóricamente. Como también los fundamentos que sostienen el tipo particular de institución necesaria para la transmisión de sus resultados. Es decir que sostenemos una peculiaridad del psicoanálisis; sin embargo, la misma no puede aislarse de la comunidad científica y, en esta relación, dos cuestiones resaltan: el Matema y la Proposición del Pase. El matema debe ser demostrativo y comparte el para todos con la ciencia permitiendo el espacio donde el psicoanálisis se encuentra con la Universidad. Y con el Pase, Lacan formula en el psicoanálisis una cuestión fundamental, la posibilidad de transmitir la investigación particular (en el sentido del análisis) a la investigación colectiva (en el sentido de discurso). Dicho de otra manera, la posibilidad de saber sobre la verdad, y que esta (síntoma como formación privilegiada de la verdad) pueda completarse con un saber. Saber sobre lo real que pueda ser transmitido, real que Freud denominó castración y Lacan como verdad. Esta transmisión, Lacan la vehiculiza bajo la idea de transferencia de trabajo (relación a otros analistas y al psicoanálisis) y no en la posición de supuesto con sus analizantes. Es decir que funciona a partir de un analista que trabaja, del analista en tanto que investigador docente. Y me parece que un investigador docente no puede dejar de lado que Lacan se vio llevado a formular esa ambición increíble de que el saber en psicoanálisis acceda a lo real y lo determine de manera nueva y precisamente procurando que la humanidad se las arregle sin la relación sexual.

Por lo tanto, amplió lo expuesto con anterioridad ubi-

cando el psicoanálisis desde su condición de práctica y con una certeza derivada de la experiencia analítica, y este debe mantener con la ciencia y sus exigencias, no la función de un mandato superyoico: ¡Tenemos que ser científicos!, sino la de poder encontrar los medios de ubicar y transmitir las verificaciones y demostraciones posibles que afirmen un real propio al inconsciente y un modo de acceso a este real por medio de la vía simbólica. Esto, evidentemente, plantea una cierta soledad para el psicoanálisis, pero si corremos detrás de una supuesta aceptación, también corremos el peligro de modificar sus principios. Lacan no tiene la idea de alienarse a los rasgos positivos de la ciencia, sino que su idea es positivizar los aparatos adecuados a lo real de la experiencia. Por ejemplo, ¿qué hay de real en el síntoma (recordemos que su definición es del registro de la verdad y del goce); es un real propio del inconsciente, es simplemente que en el ser hablante no existe la proporción sexual; Lacan lo dice así: nacemos de un malentendido entre dos. Y que este real no se lo puede escribir. Entonces cuando Lacan sostiene “De lo real sí, pero de lo real que no se escribe”, se relaciona a la ciencia pero al mismo tiempo separa al psicoanálisis de las exigencias científicas. Por lo tanto, está en manos del psicoanálisis construir los aparatos y dispositivos que verifiquen esta certeza de la cual partió Freud: el inconsciente y que en cada análisis constatamos

Por último, sostengo que hay una diferencia radical entre la experiencia del análisis y la investigación en psicoanálisis. Aunque, obviamente, la segunda no puede desconocer a la primera, en tanto el psicoanálisis es fundamentalmente una práctica; sin embargo, tiene que encontrar las vías de una enseñanza y la investigación en psicoanálisis se puede inscribir en esa línea. En la línea de lo que permite la enseñanza del psicoanálisis. La diferencia que se puede resaltar es que el camino del analizante que llega al final implica un paso del trabajo de la transferencia a la transferencia de trabajo, y del amor al deseo de saber. Por lo tanto, también, en un sentido amplio, podemos ubicar el deseo de saber como un motor fundamental para encarar la investigación; pero, por suerte,

el amor al saber (en el sentido analítico de transferencia y del supuesto) no impide la posibilidad de encarar la investigación en psicoanálisis. Entonces, no me parece aventurado afirmar que si el objetivo de la enseñanza de Lacan es la inducción al trabajo, la investigación en psicoanálisis puede ser un medio privilegiado para tal fin.

Se mantiene por...*

Sin ánimo conclusivo, estas notas las refiero a la perspectiva señalada por Jacques-Alain Miller: “Hay lo que es atemporal y lo que es contemporáneo, y su adjunción produce todo el interés de esta investigación”.¹

El hombre con la mujer, la mujer con el hombre.

Dos relaciones de pareja, formas específicas que insisten a través del tiempo. Insistencia que al estudiar sus formas de relación nos puede llevar a una confusión etnográfica o etnológica, si uno comulga con los datos obtenidos como si estos presentaran “una relación natural”.² Nuestro ángulo se apoya en lo que descubre el psicoanálisis: la inexistencia de realidad prediscursiva para cada uno de los significantes que conforman la pareja de *parlêtres*, lo que no excluye, sino incluye, la existencia de medida, pero no como mediación que procura reconciliar y unir; Lacan lo dice claramente: “Que solo en la medida en que esta a minúscula sustituye a la mujer, el hombre la desea. Que inversamente, con lo que se enfrenta la mu-

* Publicado en *La Lettre Mensuelle*, marzo de 1998. Estas notas se refieren de una manera general a una parte del subtítulo del X Encuentro Internacional del Campo Freudiano, dando así una dirección y una especificidad.

1 Entrevista del 15 de agosto de 1997 con Jacques-Alain Miller, por Rithée Cevalco y Judith Miller. *Uno por Uno* N° 45, Latinoamericana, primavera del 97.

2 La referencia para estos comentarios encuentran su sentido en el cap. 17 de *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis*, titulado “Los surcos de la aletósfera”, Bs. As., Paidós, 1992.

jer, si es que podemos hablar de ello, es con aquel goce que es el suyo y se representa en cierto lugar por medio de una omnipotencia del hombre, precisamente aquello por lo que el hombre al articularse como amo, se halla en falta”.³ Esta cuestión, desde el punto de vista atemporal, nos da la pauta general desde donde se sostienen las parejas, manteniendo nuestra investigación y nuestra curiosidad por sus manifestaciones en lo contemporáneo.

Continuemos con Lacan, quien ha dado constantemente los puntos de apoyo y de inflexión, y ubiquemos primero al componente llamado hombre en la pareja, inscripto como castración. Las maneras de esta inscripción continúan presentando las variaciones relativas a sostener y mantener: “el tener una mujer para” o “mujeres como velo a la castración”, si así podemos expresarnos. Pero también, resultado de la experiencia analítica, no ya la “necesidad de tener”, sino también la posibilidad de la contingencia de estar con una, renunciando a la antigua y contemporánea infatuación de imaginarse que puede formar a la mujer.

Sobre el otro componente, simbolizado en el mal sentido de la palabra, con la referencia hembra, tenemos la insubstancia, el vacío que no deja de llamar al sentido, lo que nos permite incluir en un posible listado de mediaciones que sostienen a las parejas, la adquisición de letosas. Recordemos: “Si el hombre hubiera practicado menos la mediación de Dios para creer que se une con la mujer, tal vez hace tiempo que habría encontrado esta palabra, letosa”.⁴

Estas precisiones de Lacan, a la luz del tema propuesto, me han llevado a investigar cómo este es abordado por otras disciplinas. Por ejemplo, la visión de historiadores sobre la sexualidad y el matrimonio,⁵ donde encontramos desde diversos ángulos, la comprobación una vez más, de que el ma-

3 El subrayado enfatiza el sesgo que damos a estas notas.

4 *El Seminario, Libro 17, El reverso del psicoanálisis, op. cit.* n. 2.

5 *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica. Siglos XVI-XVIII*, Asunción Lavrin (coord.), México, Grijalbo, 1991.

trimonio no era el único canal de expresión sexual, ya que la homosexualidad, la bigamia, la poligamia y las diversas formas de aventuras clandestinas, entre religiosos y seglares, eran prácticas frecuentes. A su vez, la injerencia de la Iglesia y del Estado en sus roles institucionales se fue enfatizando para cumplir la función de mecanismo de control social, presentando modelos sexuales. Modelos que, tanto en su realización como en su transgresión, nos indican justamente las coordenadas de referencia a la no relación sexual. Sin extendernos demasiado en este aspecto, señalemos que la palabra de casamiento era la palabra clave para iniciar las relaciones regulares o irregulares entre el hombre y las mujeres. Palabra clave tomada de las Siete Partidas, documento que resumía las posibles interpretaciones del término casamiento para los canonistas. A pesar de que el tiempo verbal en que se expresaba dicha palabra era el futuro, la palabra iniciaba y luego la unión carnal consumaba, mientras que, para otros, la palabra dada en presente era revocable en futuro. Las posiciones se zanjaron unos cuantos años más tarde cuando el papa Alejandro III aceptó la promesa de matrimonio en el futuro como una unión no consumada (*matrimonium initiatum*) y que la promesa, la palabra dada, era revocable siempre y cuando no hubiera habido consumación sexual.⁶ No nos parece aventurado sostener que la idea de consentimiento recubre la imposibilidad de escribir, más allá de las normativas, la relación sexual. Hemos señalado someramente estos datos para ver cómo la Iglesia, intérprete de la palabra de Dios, se apoyó en el conocimiento que tenía sobre los deseos carnales, después de varios siglos de estudio, para que los hombres practicaran la mediación de Dios entre el hombre y la mujer. En la actualidad, la pregunta puede ser formulada del siguiente modo: ¿ha perdido vigencia esta mediación o ha tomado nuevas for-

6 Será en el concilio de Trento donde se establece el ritual definitivo para el matrimonio, sin modificar la idea de consentimiento mutuo, que no excluía los diversos controles sociales por parte de las familias.

mas y variantes laicas, no sacramentales? Relevo de la ciencia, intento de dominar la relación entre *parlêtres* sexuados como varón y mujer. Por lo tanto, lo que mantiene las parejas se inscribe en la proliferación de síntomas, ubicados por Freud bajo la sexualidad.

Sexualidad problemática que se lee en el síntoma y que, a su vez, es un remedio contra las dificultades del encuentro sexual. Verdad que mantiene al hombre con la mujer y a la mujer con el hombre, pero no de una forma simétrica, verdad sexual de su no relación. Por lo tanto, señalemos que si la pareja se mantiene, es para aquellos que sueñan que es posible subordinar por completo la realidad del encuentro sexual a las leyes del lenguaje, pero también para aquellos que no sueñan encontrar en su *partenaire* lo ideal. Para cada uno se mantiene desde posiciones diferentes pero, para todos, porque la sexualidad no tiene esperanza.⁷ Entonces, ni la religión, ni la ciencia, el análisis, ya que el cielo y la tierra están vacíos de Dios. Vigencia de la pregunta de Lacan en 1960: ¿el psicoanálisis es constituyente de una ética a la medida de nuestro tiempo?, pregunta de gran interés para nuestro próximo encuentro.

7 Lacan, J., Conferencia de prensa del 29 de octubre de 1974, en *Actas de la Escuela Freudiana de París*, Barcelona, Petrel, 1980.